

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO IV.—ENERO, 1927.—NÚMERO XIII

DIRECTOR: MANUEL MACHADO.

Redactor Jefe: AGUSTÍN MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO.

Administrador: ANGEL ANDARIAS.

SUMARIO

JOSÉ SUBIRÁ. — *La participación musical en los sainetes madrileños durante el siglo XVIII.*

JENARO ARTILES RODRÍGUEZ. — *Juan Alvarez Gato, poeta madrileño del siglo XV. Nuevos datos biobibliográficos y recopilación de los conocidos.*

PEDRO DE RÉPIDE. — *El costumbrismo madrileño en la pintura.*

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA. — *La vida madrileña en tiempo de Felipe IV.*

IGNACIO CALVO. — *El crimen de Don Martín Merino.*

VARIEDADES: AGUSTÍN MILLARES CARLO Y T. DÍAZ GALDÓS: *Incendio de la Plaza Mayor en 1631.* RAMÓN GARCÍA PÉREZ: *Una descripción topográfica de Madrid en el siglo XVI.* E. VARELA HERVIAS: *Notas sobre la población de Madrid durante el siglo XVII.*

RESEÑAS: *Lyell, James.-Early Book illustration in Spain.* (GERVASIO DE ARTIÑANO). — *Asocio de la extinguida Universidad y tierra de Avila. Bosquejo histórico del mismo y reglamento por que ha de regirse su Junta administrativa.* (AGUSTÍN MILLARES CARLO). — *La Cueva de Altamira y la villa de Santillana del Mar.* (E. VARELA HERVIAS). — *Hurtado de la Serna, J. y González Palencia, Angel.-Antología de la literatura española.* (EMILIO GARCÍA GÓMEZ). *Schneider, Georg.-Handbuch der Bibliographie.* (PASCUAL GALINDO ROMEO). *Torre Revello, José.-Archivo General Central en Alcalá de Henares, reseña y clasificación de sus fondos.* (MARIANO MUÑOZ RIVERO). — *Rivera Manescau, Saturnino.-Ordenanzas dadas a su villa de Peñafiel por Don Juan, hijo del infante Don Manuel.* (AGUSTÍN MILLARES CARLO). — *García Gómez, Emilio.-Un cuento árabe, fuente común de Abentofáil y de Gracián.* (J. A. R.). — *Relaciones del siglo XVIII.* (AGUSTÍN MILLARES CARLO). — *Torre Revello, José. Contribución a la historia y bibliografía de la imprenta de Montevideo.* (MARIANO MUÑOZ RIVERO). — *Kehr, P.-1: Das Papsttum und der Katalanische Prinzipat bis zur Vereinigung mit Aragon.-2: Die ältesten Papsturkunden Spaniens, erläutert und reproduziert von...* (PASCUAL GALINDO ROMEO). — *Pérez de Barradas, José.-Estudios sobre el terreno cuaternario del Valle del Manzanares.* (HUGO OBERMAIER). — *Hernández Pacheco, F.-Un nuevo yacimiento de vertebrados fósiles del Mioceno de Madrid.* (JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS).

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, plaza del Dos de Mayo, 2, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO IV

ENERO, 1927

NÚMERO 13

LA PARTICIPACIÓN MUSICAL EN LOS SAINETES MADRILEÑOS DURANTE EL SIGLO XVIII

Hace poco más de seis lustros que el director de la Biblioteca Municipal de Madrid, D. Carlos Cambronero, publicó en *Revista Contemporánea* un extenso artículo dando cuenta de que los fondos manuscritos consagrados a su dirección contenían la música de unas dos mil tonadillas. Tal nueva causó legítimo asombro entre las personas—pocas, por desgracia—que sentían inclinaciones hacia la investigación musical. Y a partir de entonces, tentados los unos por el amor a los esclarecimientos históricos, los otros por manifiestas curiosidades de orden intelectual y algunos por ocultas esperanzas de conseguir ideas melódicas ajenas para sus propias producciones «originales», han acudido bastantes personas a esa fuente riquísima, más explotada que explorada todavía, y cuyo análisis metódico global abrirá inesperados terrenos a los cultivadores de la historia artística madrileña. Los eruditos trabajos de Felipe Pedrell, primero, y de Julio Gómez, posteriormente, han contribuido a desbrozar el campo, y sus páginas, en unión de las suscritas por Rafael Mitjana, suministran materiales valiosos para la reconstrucción histórica de este género teatral.

Mas hay en la misma Biblioteca Municipal de Madrid otro género, afin a él, que, desde el punto de vista musical, sólo esporádicamente ha sido tratado a lo sumo y siempre con superficialidad manifiesta. Y, sin embargo, tiene singular importancia, pues está representado por cerca de medio millar de obras, cuyos aspectos musicales, análogos—específicamente—a los que caracterizaban la tonadilla, su contemporánea, contribuyen a perfilar la fisonomía de la música madrileña durante la segunda mitad del siglo XVIII en su

aspecto semierudito y semipopular, si es que así puede decirse. El aludido género es el sainete. Leyendo las correspondientes producciones literarias, y de un modo singular aquéllas, tan ricas bajo diferentes facetas, que firmara D. Ramón de la Cruz, se advierte al punto que la música tuvo allí una participación importante. Así es, en efecto, como he podido comprobar mediante el estudio analítico de ese caudal, cuya revisión metódica emprendí, si no con acierto, al menos con tanto entusiasmo como paciencia, y cuyos resultados sintéticos—en espera del libro que acaso logre publicar algún día, acompañado de numerosos textos musicales—constituirán la materia del presente artículo.

* * *

Ante todo ¿qué es el sainete? ¿Cuáles son sus cualidades características y sus límites propios? ¿Cuáles son las otras denominaciones sinónimas de ese vocablo? Las respuestas a estas preguntas no dejarán de ofrecer interés para las personas extranjeras que pudieran leer el presente artículo, y por eso, las expondremos aquí ahora con brevedad.

D. Emilio Cotarelo y Mori, en el magistral estudio titulado *Don Ramón de la Cruz y sus obras*, explica el sainete en los siguientes términos: «Drama sin argumento, pero no sin atractivo, redúcese a un simple diálogo en el que predomina el elemento cómico. Elige sus personajes muchas veces en las últimas capas sociales, cuyo lenguaje y estilo adopta, y por tan sencillo medio lanza sus dardos contra los vicios y ridiculeces comunes, viniendo a ser entonces una de las más curiosas manifestaciones de la sátira. La nota maliciosa es cualidad esencial en estas piececillas».

Interesante juzgamos enfrentar esta opinión nacional de un erudito contemporáneo nuestro con la de un publicista extranjero que examinó minuciosamente la vida española por la época en que tonadillas y sainetes venían constituyendo piezas obligadas de los repertorios teatrales. Ese publicista se llamaba Alexandre de Laborde, y publicó una extensísima obra bajo el epígrafe *Itinéraire descriptif de l'Espagne*. En el tomo V de la segunda edición, impresa en París el año 1809, expuso M. de Laborde lo que a continuación se traduce: «Los sainetes son breves comedias en prosa y en un acto; preséntanse en ellas al natural los usos corrientes, las costumbres de las clases más inferiores de la sociedad; representándose su modo de vivir, las aventuras particulares que entre las mismas ocurren o a las que dan origen, las intrigas menudas, los chismes y cuentos que se renuevan sin cesar, las diversas especies de las actitudes, charlas y proceder que particularizan a cada una; las escenas más o menos originales, más o menos grotescas, más o menos ridículas que se presentan entre esa gente. Todo es natural en estas piezas, y está imitada con tanta fidelidad y verdad, que el espectador se cree transportado a esas mismas capas sociales. La intriga es ordinariamente de gran sencillez, pero viva, y casi siempre la animan las agudezas y frases llenas de

sal. La actuación de los intérpretes contribuye en gran medida al éxito; los actores españoles poseen un talento inimitable para este género de obras de lo bajo-cómico; parecen haber nacido y haber vivido siempre en las diferentes jerarquías que representan; trabajan de un modo tan natural, que fácilmente se equivocaría uno si pudiese olvidar que asiste a una comedia. Los sainetes agradan singularmente a los españoles, y recrean aún más a los extranjeros cuando éstos conocen las finezas de la lengua española. Aunque no instruyen, son vivos, alegres, divertidos; hacen descansar el espíritu, fatigado frecuentemente por la abrumadora longitud y la trama cruelmente complicada de la comedia que les precede. Los hay muy lindos, y yo he visto varios donde reaparecen los modelos de un gran número de estas comedias que, durante algunos años, atraían al público de París a los teatros pequeños de esta capital».

Entre los antecedentes más remotos del sainete español menciona Cotarelo y Mori los «mimos» griegos de Sofrón y Jenano, los cuales habían sido importados de Sicilia hacia el siglo v antes de nuestra era. Entre los antecedentes posteriores a estos, cita las «atalanas», que en el teatro latino se daban como «exodium» al fin de la obra principal; posteriormente, en este mismo teatro, otros «mimos» que, a diferencia de los griegos, solían acabar en tumulto, derivándose de ellos la «pantomima»; y muchísimo después, en la España de fines del siglo xv y siglos posteriores, el «Auto del Repelón», las representaciones hechas en la noche del «Carnal» por Encina, las «farsas» de Lucas Fernández, los «pasos» de Lope de Rueda y Juan Timoneda, y los «entremeses» de Cervantes.

«Entremés» y «sainete» aparecen finalmente identificados. Durante el siglo xviii se denomina «entremés» a la pieza intercalada entre la primera y segunda jornada de las «comedias», y se denomina «sainete» la representada entre las jornadas segunda y postrera. Como una misma piecicilla de esta índole ocupaba indistintamente cualquiera de esos dos lugares, recibía su respectiva denominación genérica del lugar que en cada caso ocupaba durante la representación. Otra voz sinónima de «sainete» fué la palabra «baile», y así lo consigna el Diccionario de Autoridades con inequívoca claridad.

* * *

La participación musical en los sainetes madrileños de la segunda mitad del siglo xviii, está representada, en la Biblioteca Municipal, por los manuscritos musicales con partes de voz y bajo y partichelas de los diversos instrumentos (por lo general instrumentos de arco, salvo la viola, oboes o flautas alternativamente, y trompas), a falta de partitura y de reducción para clave. Y esos manuscritos se refieren a 480 obras.

¿Quiénes eran los autores musicales de esos sainetes? Expuestos por el número de obras que cada uno compuso, se expresan en el siguiente cuadro:

AUTORES	Número de sainetes	AUTORES	Número de sainetes
Guerrero (Antonio).....	77	<i>Suma anterior</i>	297
Laserna (Blas de)	77	Bustos	1
Esteve (Pablo).....	71	Ferrer (Guillermo).....	1
Misión (Luis).....	29	Guglielmi (Pedro).....	1
Rosales (Antonio).....	13	Hernández.....	1
Moral Pablo del).....	8	Herrando (José).....	1
Castel (José).....	4	Laporta (Isidro).....	1
Marcolini (Juan de)	4	Nebra (José).....	1
Pla	4	Pacheco (Fabián G.).....	1
Galbán (Ventura).....	3	Quijano	1
Valledor (Jacinto).....	3	Rodríguez de Hita (Antonio)	1
Acero (Bernardo Alvarez)..	2	Anónimos	173
Ferreira (Manuel).....	2		
<i>Suma y sigue</i>	297	<i>TOTAL</i>	480

Lanzando una ojeada sobre el cuadro precedente, resalta al punto el hecho singular de que más de la tercera parte de la cifra total está representada por obras anónimas, si bien su atribución, a grandes líneas, es fácil de establecer, pues la paternidad de buen número de esas producciones recayó, indudablemente, sobre los músicos que en el anterior cuadro figuran representados con mayor cantidad de sainetes. Son éstos, en primer término, D. Antonio Guerrero, artista que había consagrado una actividad de larguísima años a la música teatral, y D. Blas de Laserna y D. Pablo Esteve, compositores titulares de los teatros de la Villa y Corte durante mucho tiempo. Sigúele, ya muy atrás, D. Luis Misón, distinguido compositor y oboísta ilustre, a quien se viene atribuyendo, desde hace cerca de siglo y medio, la creación de la tonadilla en el año 1757, aunque esto es inexacto, como he podido advertir repasando el caudal manuscrito que posee la Biblioteca Municipal de Madrid. Los demás compositores de la precedente lista figuran también en dicha Biblioteca como productores de tonadillas o zarzuelas, salvo reducidas excepciones.

A veces, de un modo excepcionalísimo, un mismo sainete recibió composiciones de dos músicos. Así, por ejemplo, el famoso de D. Ramón de la Cruz *Las castañeras picadas*, que figura sin autor en la portada de la correspondiente parte de voz y bajo, tiene unas seguidillas anónimas y una «tirana», cuya paternidad, según declaración explícita, se debió a D. Juan de Marcolini. En otro sainete, titulado *El alcalde proyectista*, con música de Rosales, existe un número, que por cierto es «tirana» también, el cual tuvo por autor a Moral, como se manifiesta en una parte de voz y bajo agregada a la obra. En tales casos, con toda probabilidad, se trataba de adiciones posteriores, ya porque el número primitivo no acabase de satisfacer a los intérpretes o al público, ya porque se aspirase a fortificar el éxito con tales cambios o agregaciones de alguna pieza musical. Hay, sin embargo, alguna obra en que la

colaboración de dos autores fué simultánea, y tan voluntaria por parte de uno como involuntaria por parte del otro. Ello se ve en el sainete *El italiano fingido* (Esteve, sin año), donde se incluyó un «aria bufa» de Sacchini, el operista aclamadísimo a la sazón, para dar carácter nacional a uno de los intérpretes en su papel de extranjero. Tal «aria» comienza con las palabras «Siverola in campo armato».

Aunque no todos los sainetes gozaron de la popularidad reservada primordialmente a los de D. Ramón de la Cruz, sin embargo muchos de ellos ofrecen hoy interés por los asuntos que trataban. Entre los que se referían concretamente a ciertos actores por entonces aplaudidísimos, podemos mencionar los rotulados *El cautiverio de Ayala*, *Ayala general*, *Las persecuciones de Ayala*, y *El cumpleaños de Mariana y robo de Ayala*, con música de D. Antonio Guerrero los tres primeros, y de D. Luis Misón el último. Entre los que mostraban costumbres populares de la vida madrileña, recordaremos aquí tan sólo dos: *Los bailes de la calle de San Pedro*, con música de Marcolini, y *Los banos del río Manzanares*, con música de Esteve. Abundan los que presentaran a payos y lugareños en el ambiente cortesano.

* * *

¿En qué año fueron escritos y estrenados esos 480 sainetes con música, existentes hoy en la Biblioteca Municipal? La revisión de los correspondientes manuscritos musicales, atendiendo a lo consignado en las portadas, arroja el siguiente resultado:

AÑOS	Número de obras	AÑOS	Número de obras
1752	3		
1753	2	<i>Suma anterior</i>	143
1754	1		
1756	3	1774	1
1757	9	1776	1
1760	2	1778	1
1761	13	1779	1
1762	23	1780	1
1763	24	1785	1
1764	21	1786	1
1765	17	1787	1
1766	7	1788	1
1767	7	1789	2
1768	4	1790	3
1769	5	1799	1
1770	1	1804	1
1773	1	Sin año.....	321
<i>Suma y sigue</i>	143	TOTAL.....	480

No deben sorprender las lagunas existentes en la anterior lista, según la cual se pasaron bastantes años sin que figurase ningún sainete nuevo, y algunos en los que la producción de este género teatral aparece representada por unidades, cuando se considera que, de los 480 sainetes registrados, 321, o sea más de las tres quintas partes, omitió la referida indicación cronológica. De todos ellos, sólo uno rebasa el límite final del siglo XVIII, pero figura a la entrada del XIX, o sea en 1804, y por eso no hemos vacilado en incluirlo aquí, ya que puede decirse que la alteración de las costumbres teatrales en los teatros madrileños coincidió con la invasión francesa. Es posible—y así permite sospecharlo la caligrafía—que el año registrado en algún caso excepcional, no corresponda al año de composición y estreno, sino al de la copia de los papeles musicales. Excepcionalmente también, se mencionan varias fechas en el sainete (entremés se lo designa) de Guerrero *Las fiestas de Villamanta*, y hemos registrado en la más antigua de ellas al trazar el cuadro anterior. Hay algunos, sin expresión de año, que consignan datos cronológicos bien efímeros: tal el titulado *Sanar de repente*, anónimo, donde se lee: «Para el lunes».

* * *

¿De cuántas piezas musicales constaban los sainetes? Aquí no existía norma ni costumbre que lo fijase. Por eso, así como había sainetes sin la menor intervención musical, otros, en cambio, la tenían y muy abundante, por cierto. La siguiente enumeración muestra el número de piezas que integraban los 480 sainetes registrados:

				Total de números
Sainetes con 1 número	216	216
— 2 números	132	264
— 3 —	73	219
— 4 —	26	104
— 5 —	16	80
— 6 —	8	48
— 7 —	5	35
— 8 —	4	32
TOTAL DE SAINETES ..				480
TOTAL GENERAL.				998

Este resumen da un promedio de dos números por sainete. Debemos advertir que no todas esas piezas llegaron a ejecutarse, pues hubo algunas que se «atajaban» o suprimían, tal vez con el propósito de aligerar la duración de la obra, o acaso porque no agradasen al ensayarla. En cuanto a la extensión de tales números musicales no había normas fijas, si bien solían distinguirse por su brevedad. Algunas veces se intercalaban en el declamado fragmentos musicales cortísimos. El sainete de Navidad en *La hija de Iefé*

(Guerrero, 1761), introduce un «andante, gayta», que sólo consta de tres compases en 6 por 8, cantados con la letra «la la la lara la lara la». Y el sainete *La malicia castigada* (Esteve, sin año), introduce un «andante» de siete compases en 3 por 4. Tales casos quedaron excluidos al trazar la anterior clasificación. A los efectos de la misma se considera que formaban un sólo número los que aparecían enlazados y sin solución de continuidad, como, por ejemplo, un «minué» y un «coro»; y se han descontado aquellos de carácter popular que debían intercalarse en la representación (como fandango, polo, folías, etc.); cuando su correspondiente texto musical dejó de incluirse en la obra.

En algunos casos especiales hay una divergencia en cuanto al número de piezas pertenecientes a un sainete o entremés, pues la parte de voz y bajo contiene una cantidad ya mayor, ya menor, que las partichelas de los diversos instrumentos. El sainete anónimo y sin año *Los fugitivos*—que es, por cierto, uno de los contadísimos que conservan la partitura, y que en la parte de violín segundo no se califica de «sainete», sino de «baile»—, termina con un «vivo» de carácter onomatopéyico por lo que respecta a la letra, y este pos-trer número no figura en las partichelas, sino sólo en la partitura. En cambio, el entremés anónimo y sin año *El escarmentado*, contiene en las partichelas unas «seguidillas» que no aparecen en la parte de voz y bajo. Y el sainete *Los payos ingenuos* (Marcolini, sin año), tiene tachada, en los instrumentos de cuerda, una «jota para Aldobera», cuya parte vocal falta en los papeles de voz y bajo, por lo cual ha dejado de incluirse en la anterior clasificación.

Los traslados y sustituciones de ciertos números por otros popularizados, debían de constituir práctica, si no corriente, por lo menos admitida y empleada en algunas ocasiones, pues en el mencionado sainete *Los fugitivos* se cambió uno de sus números, «bailete», por las seguidillas del sainete *El abogado y el mercader* (anónimo).

También en alguna ocasión puede observarse que, a los números escritos primitivamente, se agregó alguno bastante tiempo después, como lo acredita el cotejo de los diversos manuscritos con sus divergencias caligráficas. De ello suministra una prueba el sainete *Los despropósitos* (Guerrero, sin año).

Debemos señalar, como un hecho importante, que, por lo general, aquellos sainetes representados por seis, siete u ocho números de música, no tienen una participación musical privativa de ellos, sino que también contienen «tonadillas» embrionarias, ligadas a ese género teatral menor en los albores de esta otra manifestación musical, es decir, cuando la tonadilla no había logrado conquistar la independencia ni festejar su nacimiento solemne; con variadas pruebas documentales expondré en algún trabajo ulterior este aspecto histórico de la música teatral española del siglo XVIII, aspecto que hasta ahora ha pasado inadvertido por haber dedicado nuestros musicólogos atención a otros problemas, desentendiéndose del que ahora se insinúa en el presente párrafo.

* * *

¿Qué clase de composiciones predominaban en los sainetes durante la segunda mitad del siglo XVIII? En realidad, las mismas de que ofrecen las tonadillas tan repetidas muestras, puesto que los mismos eran también los compositores a quienes se confiaba su producción y los intérpretes a quienes se encargaba su ejecución, así como también los auditorios para los cuales lucían sus dotes aquellos creadores y esos intérpretes.

A la sazón, la seguidilla reinaba por doquier. Ya entonada, ya vulgar, pero siempre avasalladora, constituyó durante varios decenios, algo inevitable en esas obras de arte menor. Y aún se la veía con alguna frecuencia en otras obras mayores—comedias, dramas, tragedias, etc.—, como diré cuando exponga el fruto de mis investigaciones en estas otras ramas de la producción teatral. Las seguidillas, durante larguísimo tiempo y desde el primer instante, constituían el número final de las tonadillas, tanto las satíricas y monológicas, como las de trama y para varios personajes. Además solían aparecer hasta otras dos veces, en una misma obra, de modo que se las encuentra hoy por millares en los fondos manuscritos e inéditos de la Biblioteca Municipal madrileña. Por otra parte, se las solía cantar sueltas, es decir, desligadas de la acción teatral. No es, pues, extraño que las seguidillas invadiesen el terreno saineteril. Y lo invaden, en efecto, las seguidillas a solo y a coro, ya para cantar, ya para bailar. Los 480 sainetes registrados contienen 287 seguidillas, lo cual da un promedio de más de una seguidilla por cada sainete. Y como, en números redondos, la cantidad de piezas registradas se eleva a mil, las seguidillas llenan una cuarta parte bien larga de esa cifra total.

El siguiente cuadro expone una lista del número de piezas existentes en el género teatral examinado:

DENOMINACIÓN o carácter de las piezas	Número de las existentes	DENOMINACIÓN o carácter de las piezas	Número de las existentes
Seguidillas.....	287		
A cuatros	76	<i>Suma anterior</i>	503
Coros.....	67		
Minués.....	31	Bailetes	14
Pastorales.....	28	Marchas.....	13
Villancicos.....	14	Jotas.....	10
<i>Suma y sigue</i>	503	<i>TOTAL</i>	540

Las restantes clases de piezas están representadas con cifras menores de la decena y por eso quedan omitidas en el anterior cuadro.

No debe olvidarse la ambigüedad reinante a la sazón en materia de denominaciones, ni tampoco la interpolación, relativamente frecuente, de unas en otras, o la acumulación simultánea de varias denominaciones. Ello dificulta sobremanera todo ensayo de clasificación escrupulosa. Así vemos que los «Coros» y los «A cuatros» se confunden a veces; y que a veces aparece registrado bajo el epígrafe «Coro» lo que teniendo este aspecto es un «Bai-

lete», porque se tomó en cuenta lo referente a la interpretación y no al carácter musical. Hay casos tan curiosos como el del sainete *El regimiento de la locura* (Esteve, sin año), donde alternan en un mismo número «Todos» y el «Coro». En otros casos, como el de *Los tres sacristanes* (Ferrer, sin año) —el cual ha sido reseñado en esta REVISTA, número 10—, se denomina «coro» a un conjunto de cuatro individuos determinados y señalados con sus nombres. Los mismos «A cuatros», que originariamente se cantaban por cuatro actrices en la escena, de donde recibieron su nombre, sin preocuparse del carácter musical, son después con frecuencia «A dos» en realidad, aunque conservan aquel primitivo nombre, pues, para simplificar la tarea de los intérpretes, se redujo a dos la cifra de partes de canto reales, y esto no sólo en las obras nuevas, sino también en otras antiguas, que se «reprisaban» tras largos años de olvido. Solamente la rutina pudo permitir que se los siguiera denominando de un modo como aquel, tan ajeno a la realidad de los hechos musicales y tan opuesto al motivo que impusiera dicha genérica denominación.

Entre los casos más curiosos de divergencias que resaltan al cotejar la parte de voz y bajo con las partichelas, mencionaremos aquí el recogido en el sainete *El valor y la destreza* (anónimo, sin año), pues uno de sus números aparece epigrafiado en la parte de voz y bajo con las palabras «Jácara. Canción de ciego», mientras que en las partichelas se titula «Coplas». Aunque esta última palabra, en cierto modo sinónima de «canción», tenía un valor genérico, con ella quedaba oculto lo específico en algunos otros casos. Tal sucede, por ejemplo, en el sainete *Tintorero vengado* (anónimo, sin año), que bajo el epígrafe «Copla» contiene una «tirana», cuya letra, curiosa y en cierto modo de actualidad, dice textualmente:

«Toreros y enamorados
suelen ser como los toros,
que entran por su pie en la plaza
y luego los sacan otros.

Tirana, tira tirana,
echa un traguito y andar,
que ahora lo verás, Mauricio;
ahora, Mauricio, verás.»

De un modo casi uniforme todas las piezas escritas con destino a los sainetes tenían parte vocal e instrumental. Entre las contadísimas excepciones de esta regla ofrece una el sainete *Las cazadoras y fantasías del Bosco* (Guerrero, 1764), con un «allegro» para orquesta sola, destinado a tocarse «mientras representa Ayala». También se ven otras en algunas «marchas» que ilustran varias producciones escénicas de análoga índole. Una excepción a la inversa, es decir, de melodía destinada a ser cantada sin acompañamiento, aparece mencionada en *La casa de vinos* (Esteve, sin año), donde al final del primer número se lee: «sigue cantinela sin instrumentos». Un caso mixto que, hace alternar lo cantado y lo representado sobre música, se ve en el sainete *El chico y la chica* (Rosales, sin año), donde una canción con-

fiada a la Polonia intercala en la orquesta cuatro compases con la orden de que se repitan «lo que dure el representado».

Aun esa misma intervención vocal es variable. Hay «Bailetes» con parte de canto que ha de interpretarse «a cuatro y a solo» alternativamente. Alternativamente, también, se ven números «a solo y a todos», como el «allegretto para dar fin» del mencionado sainete *La casa de vinos*; y «a dúo y a todos», como la composición inaugural del sainete *El chasco de los celos* (anónimo, sin año).

Además de las piezas citadas en el último cuadro (seguidillas, a cuatros, coros, minués, pastorales, villancicos, bailetes, marchas y jotás) existen, en cantidad que no llega a la decena—y aquí conviene tener presente la falta de criterio en el uso de las denominaciones con las ambigüedades que de ello se derivan—las que a continuación se reseñan sin orden alfabético y sin mencionar las fuentes respectivas que las suministraron, pues esto alargaría el presente artículo: «danza prima», jopeo o jopeito (con estas dos formas se presenta el vocablo en diversas obras alternativamente), jácara, aire pastoral, gaita y gaitilla (a esto debe aplicarse lo que se acaba de decir respecto del jopeo), copla de ciego, copla a lo antiguo, fandango, cumbé, contradanza, paso de vizcaínos, paso de tragedia, vaudeville, pregón, canción y «canziom» (*sic*), invocación, aria, cavatina, cantinela de payos y payas, cantina, canterrilla, «canzonetta» a solo y después a dúo, canción italiana, canción a la francesa, «canzonetta francesa», obertura con una representación pantomímica, preludio (número vocal unisonal, cantado «por todas»), recitados a solo, a dúo y a seis, dúo, terceto, bailete pastoral, aire pastoral, pastorela (como sinónimo de villancico), toques de clarines y tímboles, diversos «tañidos» para orquesta sola, «juguete» o número mosaico, y «tonada» o «tonadilla» de tipo embrionario, constituida en ocasiones por un solo número y con frecuencia por varios que se enlazaban sin solución de continuidad.

Como se indicó antes, con relativa frecuencia los compositores de sainetes exigían que se tocasen y cantasen ciertos números, cuyas notas no figuran consignadas en los respectivos manuscritos musicales, ya por su origen popular, ya porque eran tomados de otras obras. Entre los tipos de composición que se hallan en ese caso aparecen los expresados a continuación: preludio, fandango, folias, polo, caballo, alemanda, minué, paspié y contradanza, es decir canciones y danzas tanto nacionales como extranjeras; pues también el cosmopolitismo se revelaba con frecuencia, aunque de una manera tosca, en las producciones de aquellos músicos populares, a quienes no preocupaba el anhelo de granjearse con ellas ni la popularidad ni la inmortalidad, como lo revela bien claramente la muy elevada cifra de sainetes anónimos.

* * *

¿Qué caracteres ofrecía la instrumentación en los sainetes de la segunda mitad del siglo XVIII? Ya se indicó anteriormente algo al respecto. Las orques-

tas de los teatros de la Cruz y del Príncipe se componían de instrumentos de arco, dos oboes que ocasionalmente eran sustituidos por flautas, otras dos trompas reemplazadas por clarines también ocasionalmente, y clave. El refuerzo de esa orquesta reducida, por la adición de violas, clarinetes y fagotes, se realiza muy tarde, es decir, cuando se llegaba a los linderos de los límites cronológicos impuestos en esta investigación musical.

Por excepción entraban a veces—y con intención expresa, por imponerlo así el carácter de la obra o las circunstancias de la situación—algunos instrumentos más o menos populares. La sustitución de la orquesta por la guitarra sola no deja de ser usual. Bien es verdad que, hasta poco antes del período reseñado, la guitarra solía acompañar los números que los actores cantaban en la escena para dar variedad a la comedia representada. A veces la guitarra tocaba detrás de bastidores, para acompañar a la voz, como se ve en el sainete *Los celos aparentes* (Esteve, sin año), donde una «cantinela»—número que por cierto en las partichelas recibe una denominación italiana al consignar las palabras «canzonetta tacet»—se canta en esa forma y «sin bajo». Otras veces iba reforzada por el bajo, siguiendo una costumbre tradicional. En ciertas ocasiones la guitarra recibía el refuerzo puramente rítmico de «sonajas», ofreciendo una muestra de ello el sainete *Los desconfiados* (Rosales, 1767) en una pieza donde, según consigna el manuscrito musical, tomaban parte «Garrido, Granadina y Caramba, con guitarra y sonajas».

Generalmente eran seguidillas las composiciones que se acompañaban con guitarra sola. También ese mismo tipo de composición aparece excepcionalmente acompañado por panderos solos en el sainete *La oposición a las fiestas* (Anónimo, sin año), pues en la parte de voz y bajo se lee al respecto: «Estas seguidillas se cantan con panderos solos.» En las partichelas aparecen las notas correspondientes a dicho número, pero tachadas con unas líneas, y al final dicen: «Se repiten como pintan.»

Contrastando con el uso de estos instrumentos populares, hallamos un ejemplo curiosísimo de composición para «salterio» obligado, en el sainete *El baile sin mescolanza* (Laserna, sin año).

En algunos casos, las circunstancias imponían el empleo de instrumentos solistas, para dar carácter a la situación. Así vemos un tañido para «clarines solos» en la segunda parte del sainete *La Crítica* (Estéve, sin año). Reclama el «fagot solo», en un momento determinado, el sainete de Navidad *La hija de Jefe* (Guerrero, 1761), donde, por cierto, se entabla un diálogo, interesante desde el punto de vista musical, que dice así:

- | | |
|--------------------|---|
| «NICOLÁS, GALÁN. | De músicos nos comemos,
dice un refrán castellano. |
| MARTÍNEZ, BARBA. | Por eso, con mi violín,
a acompañarte yo salgo. |
| MANUEL, 2.º GALÁN. | Yo, con mi arpa punteada,
también por los dedos hablo. |
| GUZMANA. | Y yo, con mi bandurrita,
también voy contrapunteando. |

PACA. Yo, con mi gaita gallega,
llevaré el cuerpo y las manos.
Todos. Entre usted, alandengue, alendango,
que aquesto no es jota,
minué ni fandango.»

Exige «bajón solo» la «canzonetta» inaugural del sainete que en la parte de voz y bajo se titula *El corralón de los desamparados*, y en las partichelas se denomina *El corralón de los doctritos* (Laserna, sin año): es un dúo cantado por la señora Lorenza y la señora Montéis. Como este número no se tocaba por ningún instrumento de la orquesta, cabe suponer que las notas confiadas al bajón fuesen duplicadas por el clave y utilizadas por éste para improvisar sobre ellas los correspondientes acordes.

Tiene una parte de «clave obligado»—así como también una parte obligada de guitarra, con las notas escritas para este último instrumento—un número del sainete *El más amigo la pega* (Laserna, sin año).

No faltan muestras de «recitado seco» con bajo cifrado, así como tampoco las de «recitado acompañado» por la orquesta, aunque ésta era tratada en la forma elemental que se puede suponer.

El único número del sainete *El loco del juicio* (anónimo, sin año), tiene flautines, en vez de los oboes o flautas habituales.

Con carácter excepcional aparecen usados los timbales, y de un modo especialísimo en obras de carácter heroico o marcial. Asociados a los flautines, en vez de oboes, y a los clarines, en vez de trompas, se los ve en un «allegreto stacato» que es una marcha, aunque no se declare así, del sainete *El Señorito* (anónimo, pero con autógrafo musical de Laserna, sin año). Hay partichela de timbal, igualmente, en los entremeses *Los locos caseros* y *Lo que fué antaño es ogaño* (ambas de Mison, año 1763). Por cierto que en la primera de estas dos obras se lee la siguiente alusión madrileña, donde el danzario tiene un aspecto metafórico:

«En el Prado se hacen
también mudanzas,
y a su sombra entre muchos
anda la danza.
Dale, que suene,
y escarmiente el que sepa
lo que sucede.»

La adición del timbal aparece justificada por el texto en el sainete *El miralo todo* (Estéve, sin año), donde hay un «Coro» cantado por «Todos y todas», con la siguiente letra:

«Que viva y que suene
en salva marcial,
campanas, clarines,
tambor y timbal.»

En sustitución de los oboes no se requieren flautas, sino «clarinetos» (*sic*, por clarinetes) en el sainete *La oposición de los sacristanes* (anónimo, sin año). Esta misma obra contiene un número que puede considerarse como pastorela o villancico, en el que alternaban la Polonia en una «copla a solo» con varios actores más y con «todos», caracterizándose dicha pieza por tener una parte de «órgano» construída sobre doble pedal de tónica y dominante.

Ya dijimos en esta misma REVISTA, con referencia al sainete de Ferrer, *Los tres sacristanes*, la variedad instrumental que el compositor impuso. Y acerca de esta producción, bien típica bajo tal aspecto, repetiremos aquí que un coro de mozos lugareños sale «con rabeles y flautillas o matracas» a pedir el aguinaldo; a continuación, otro coro de mozas lugareñas aparece «con panderos y zambombas y panderetas» para cantar una poesía amoratoria, y mucho más adelante intervienen tres coros de un modo sucesivo, para reunirse finalmente formando uno solo. Esos «coros» no están constituídos por una masa amorfa de coristas, sino cada uno por un grupo de determinados actores, especificados individualmente, y en número de tres a cuatro en cada caso. El coro primero cantaba, con acompañamiento de órgano, una letra alusiva a «las castañuelas y el chascarraschás» desde el «aposento» en que se hallaba situado. Desde el «tabladillo», y acompañado por «bajones solos», cantaba el segundo otra letra pidiendo que los zagales entonasen «mil pastorelillas», llevando con las «tabletillas» el compás. Y desde el «theatro» o escena, y acompañado por la «orquesta» del coliseo, reclamaba el tercer coro «sonajas» y «zambombas» para bailar hasta «hacerse rajas». Constituye este extenso número un triple villancico que, por la variedad del material organográfico requerido y por el plan distributivo de los diversos grupos vocales, supera en importancia a casi todos los que en cifra de un millar constituyen el fondo musical de los sainetes examinados. Y a distancia, de un modo rudimentario, hace pensar en la Consagración del Graal de aquel *Parsifal* compuesto por Ricardo Wágner.

* * *

¿Qué nos dice esa producción saineteril en materia de dinámica y lógica musicales? Repite, no sólo en sus rasgos principales, sino también en detalles concretos, lo que se ve constantemente en las tonadillas. Y como a éstas preparo una voluminosa obra, hoy ya muy avanzada, bajo el título *La Tonadilla: sus formas literarias y musicales*, lo que allí se expone tiene aplicación al caso presente. En relación con el carácter y expresión de las obras no es inoportuno indicar que, entre las anotaciones de aire con que se encabezan los diversos números, hay «andante amoroso», «andante maxestoso», «andante maxestuoso», «andante poco adagio», «andantino», «analliegretto non molto» (*sic*), «allegretto stacato», «allegretto andante», «allegro», «con viveza», «vivito», «allegro vivo», «aspacio» (*sic*, por «despacio»), «gra-

cioso dulce», «allegro ayroso», «allegro assay», «allegro brillante», «patético», «a medio ayre», «a mº ayre», etc.

Por otra parte, el trabajo presente no es sino el avance de un libro cuya construcción quedará hecha con sólo metodizar los materiales acumulados durante mi revisión analítica de la música puesta a 480 sainetes y archivada en la Biblioteca Municipal madrileña. Si, como espero, llego a publicar este libro algún día, acompañándolo con buen número de transcripciones musicales, podrá percibirse la importancia de ese caudal artístico, donde, por mucho que desmerezca la calidad frecuentemente, hay, sin embargo, aspectos curiosos, llenos de interés y aun a veces de indiscutible belleza folklórica, que sólo puede advertir quien dedique un examen tenaz y minucioso, y que, desde luego, compensan, y con creces, la árida tarea del investigador en su larguísima y perseverante caminata a través de partichelas en número de varios millares.

JOSÉ SUBIRÁ.

JUAN ALVAREZ GATO, POETA MADRILEÑO DEL SIGLO XV

NUEVOS DATOS BIOBIBLIOGRÁFICOS Y RECOPIACIÓN DE LOS CONOCIDOS

I

De todos los escritores de la época de Enrique IV y los Reyes Católicos, pocos tan incompletamente estudiados como nuestro fácil e ingenioso poeta. Acaso por esto es el escritor de cuya vida y escritos nos han llegado menos noticias. Testimonios contemporáneos no se conocía ninguno. Sólo sabemos, por deducción de sus obras y de las de otros amigos suyos, todas contenidas en el Códice de la Real Academia de la Historia, que fué persona de representación social, en relaciones de amistad con las personas principales en armas y letras de su época, y que murió viejo (1). En cuanto al mérito literario, es de sobra conocido el admirable estudio que de él hace Menéndez Pelayo en su *Antología de Poetas líricos castellanos* (2) para que nosotros lo analicemos. Sólo añadiremos que durante cinco siglos, hasta la segunda mitad del xix, estuvo este poeta casi completamente olvidado como escritor (3).

Ciento catorce años después de su muerte se publican las primeras noticias biográficas acerca de él por Gil González Dávila (4) y Jerónimo Quintana (5).

Desde entonces, hasta la aparición del interesantísimo artículo de doña Caro-

-
- (1) Véase, acerca de este último extremo, su poesía:
Señoras las qu'estovistes
al nascer de nuestra vida;

y la hermosa carta de García de Alcocer en el Códice, fol. 102 v. (91 moderno).

- (2) Tomo VI, págs. XXXIX-LIV.

(3) El padre Sarmiento en sus *Memorias para la historia de la Poesía y Poetas españoles* obras postumas, tomo I). Madrid, Joaquín Ibarra, 1775, págs. 358-398, al hablar de los de la Corte de Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos, no menciona a Juan Alvarez Gato. Don Rafael Floranes en el comentario de esta obra (*Vida literaria de D. Pedro López de Ayala*, pág. 189 y sigts., tomo XIX de la *Col. de documentos inéditos para la Historia de España*), añade algunos nombres, pero tampoco cita el de nuestro poeta.

(4) *Teatro de la Grandeza de la Villa de Madrid, corte de los Reyes Católicos de España*. Madrid. Tomás Junti, 1623; págs. 193 y 220-221.

(5) *Historia de la Antigüedad, Nobleza y Grandeza de Madrid*. Madrid. Imprenta del Reino, 1629; fols. 220 v.-222 y fol. 296 v. Siempre que tengamos ocasión de citar esta obra, lo haremos en la forma indicada, pues su título aparece en la edición príncipe a que nos referimos, nada menos que de siete formas distintas: en la portada, en la «suma del]priuilegio», en «erratas», en la «aprouación», en la «aprouación del ordinario», en el informe del Ayuntamiento y en el encabezamiento del Libro I.

lina Michaëlis de Vasconcellos en la *Revista Lusitana* (1), refutando la supuesta alusión de García de Resende a nuestro poeta, nada nuevo se ha dicho en lo tocante a la vida de Alvarez Gato.

Gil González Dávila, al hablar en el capítulo XV de su mencionada obra, de los «*Mayordomos de Reyes, Reynas, Principes y Infantes*», dice que «el famoso poeta, noble y gran cauallero Juan Alvarez Gato, floreció en los Reynados del Rey don Juan II, Enrique III y en el dichoso de los Reyes Católicos. Por vna escritura del año 1495, consta auer sido Mayordomo de la Reyna Católica. Esta escritura y poesias, y otros muchos papeles que yo he visto, pertenecientes a esta nobilísima familia, los tiene en su poder Garci Díaz Gato (2), que reside en Chinchón, como heredero de Juan Alvarez. En su primera edad escriuió muchas cosas en verso castellano, a lo humano; y en los postreros años de su vida muchas a lo divino. He visto vn tomo de todas ellas» (3).

Hemos copiado literal e íntegramente las anteriores palabras de González Dávila porque ellas son las primeras que se escriben acerca de Alvarez Gato (4), han servido de punto de partida y referencia a todos los que posteriormente han hablado de él, y tienen toda la veracidad de quien narra cosas que, si no vió personalmente, pudo, sí, contrastar y oír de labios de descendientes y de contemporáneos de Alvarez Gato.

Unos años más tarde, en 1629, se imprimió la obra de Quintana (5), que inserta íntegras las noticias que dió González Dávila, añadiendo otras *de oídas*: trae la genealogía completa del poeta (6); repite que fué mayordomo de la reina Isabel, según escritura de 1495 (7); copia, sin indicarlo, de González Dávila estas palabras: «escribió en sus primeros años muchas cosas en verso castellano y en los postreros a lo divino... de que en el presente ha quedado un tomo en poder de sus sucesores» (8); añade que casó con Aldonza Luzón (9), y que «por no tener hijos hizo vn vínculo y mayorazgo de toda su hacienda en cabeza del hijo mayor de Fernán Alvarez Gato, su hermano, por el año 1490» (10). Una nueva noticia, íntimamente relacionada con el codicilo que insertamos más abajo, aparece ahora: la de que en remuneración de los buenos servicios prestados por Alvarez Gato resolviendo favorable y satisfactoriamente el escandaloso pleito entre el Canciller Pero López de Ayala (11) y el Regimiento y caballeros de Toledo, «le hizo (Enrique IV, dice M. Pela-

(1) *Nuevas disquisiciones acerca de Juan Alvarez Gato*, en *Revista Lusitana*, tomo VII (1902), págs. 241-244.

(2) Garci Díaz de Liana Gato, alcaide de Chinchón en 1627. (Cfr. Quintana: *Historia*, folio 222).

(3) Op. cit., pág. 198.

(4) Según Alvarez de Baena (*Hijos de Madrid ilustres*, pág. 100, núm. 1), Lucio Maríneo Sículo, habla también de él en el «lib. 22, fol. 219».

(5) *Historia de la Antigüedad, Nobleza y Grandeza de Madrid*. Madrid, 1629.

(6) Fol. 220 v.

(7) Fol. 221.

(8) Ibid., fol. 221. (Cfr. González Dávila. Gil: *Teatro*, pág. 198).

(9) Es la primera vez que aparece el nombre de la mujer de Alvarez Gato. Ya veremos como este dato está equivocado: que no fué Aldonza Luzón su mujer, sino doña Catalina Alvarez de Toledo.

(10) Op. cit., fol. 221. (Cfr. Codicilo, fol. 2 v.).

(11) Si es cierta esta narración de Quintana, se trata no del primer señor de Fuensalida, según dice él y recoge Menéndez Pelayo (*Antología*, VI, pág. XL), sino del hijo de éste y nieto del canciller Pero de Ayala, de quien habla la Crónica de Juan II, cap. LI, llamándolo *el Mozo*

yo) merced de cierta cantidad de juro cada año sobre las carnicerías viejas de Madrid, con que dotó vna memoria en la iglesia de San Saluador para que los días de trabajo se dixesse missa en su capilla de nuestra señora del Antigua, que oy dizen de la Estrella, fundación de sus antepasados, al amanecer a los trabajadores antes de ir a sus trabajos (1), y los días de fiesta después de la mayor, para que no se queden sin oírla los perezosos» (2). Estas palabras nos indican que Quintana conocía el codicilo que publicamos, no de vista, sino por tradición. De ello es buena prueba el que no sólo no lo inserta, como hace con otros muchos documentos, sino que ni siquiera lo cita, cosa que, tratándose de un historiador como Quintana, profundamente preocupado de los documentos y las fechas en todas sus afirmaciones, llama la atención. Opinión que vemos confirmada en el hecho de las inexactitudes en que incurre al relatar los fines y los medios económicos de la fundación, y al decir que casó con Aldonza Luzón, siendo así que en su codicilo habla Alvarez Gato de su mujer, Catalina Alvarez de Toledo.

Después de las noticias anteriormente recogidas, no vuelve a aparecer el nombre de Juan Alvarez Gato hasta Nicolás Antonio, que copia y publica las noticias conocidas de González Dávila (3).

En el mismo sentido se expresa más tarde, y tomándolo también del mismo autor, Alvarez de Baena (4); pero añade interesantes noticias sobre el Códice de la Real Academia de la Historia, de que más adelante hablaremos.

Los historiadores de la literatura española que posteriormente han tratado la época que nos ocupa, y los biógrafos de Alvarez Gato, no añaden ninguna otra noticia a las conocidas; pero incurren en el error de fijar fechas, que resultan completamente equivocadas. Para Ticknor (5) fué persona de importancia en los reinados de Don Juan II, Enrique IV y de los Reyes Católicos, «a todos los cuales sirvió en el departamento de Estado», afirmación que no vemos en qué se pueda fundar, y que respecto al primero de los tres reyes mencionados es, a nuestro juicio, equi-

para distinguirlo de su padre, de apodo *el Tuerto*, y de su abuelo; fué señor de Ayala y de Salvatierra de Alava, merino mayor de Guipúzcoa y, más tarde, alcalde mayor de Toledo, como lo habían sido sus antepasados; es el autor de la *Relación Genealógica de los Ayalas*, que don Luis de Salazar halló en la «Biblioteca alta de El Escorial al fin de una antigua crónica manuscrita del rey Don Alfonso XI e imprimió llamándola *fidélissima* en el tomo IV. *Pruebas de la Historia de la Casa de Lara*, págs. 56-61. (Cfr. Floranes, Rafael. *Vida literaria del canceller mayor de Castilla Don Pedro López de Ayala*, publicada en *Col. de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos XIX y XX, t. XIX, págs. 463-469). La revuelta, en Toledo, motivada por el marqués de Fuensalida, no tuvo fin amistoso: acabó con la exoneración de López de Ayala y substitución por Pedro Sarmiento, en 1445. Siendo Alcalde Pero López de Ayala, el *Mozo*, hubo otra sublevación en Toledo, contra D. Enrique IV, y a favor de su hermano D. Alfonso. Esta acabó con una avenencia entre D. Pero y D. Enrique (1467), pero no por medio de embajadores, sino yendo el rey a Toledo, como había ido también en el 45 (Vid. Martín Gámero, Antonio: *Historia de la Ciudad de Toledo*. Toledo, 1862, págs. 764-765 y 780 y sigts.)

(1) Cfr. Codicilo fol. 1 v.

(2) Op. cit., fol. 221.

(3) Nicolás Antonio: *Bibliotheca Vetus*. Madrid, 1788. Tomo II, págs. 346-347: «Elisabethae Reginae Catholicae oeconomus (Juan Alvarez Gato): quod munus eius autentico instrumento comprobari Aegidius Gundisalvi Davila in *Magnalium Matritensium* opere, pág. 198, ait». (Cfr. Gil González Dávila *Hijos ilustres de Madrid*, pág. cit.).

(4) Alvarez de Baena, José Antonio: *Hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidad, armas, ciencias y artes*. Madrid, 1789; vol. III, págs. 100-101. A este escritor siguen Amador de los Ríos y Menéndez Pelayo, al hablar de Alvarez Gato.

(5) *Historia de la Literatura española*. Madrid, 1851; tomo I, pág. 466 n. 13.

vocada, porque la mocedad de Alvarez Gato en tiempos de Juan II no autoriza para suponer que ya fuera persona de tal importancia política. Fija, además, como fecha de su muerte el año 1495, al parecer fundándose en la escritura, que dice haber visto González Dávila y recoge Quintana (1), de nombramiento de Mayordomo de la Reina Católica en ese año. Pero, además de que el hecho, si es cierto, sólo indica que vivía, no que muriera en el expresado año, el codicilo del poeta fué otorgado el año 1509, y en las adiciones posteriores se habla de que fué «otorgado» (2) en enero de 1510, lo que induce a creer que su muerte tuvo lugar en diciembre de 1509 o en los primeros días de enero de 1510.

Lanzada por Ticknor la fecha de 1495 como la del fallecimiento de nuestro poeta, ya fué admitida por los posteriores historiadores de nuestra Literatura, añadiendo la del nacimiento, tampoco comprobada (3). Más se acercó a la verdad el erudito madrileñista D. Antonio Capmany, que incidentalmente parece dar a entender que murió a mediados del año 1500 (4), fecha que admiten y dan como cierta los señores Peñasco y Cambroner (5), aunque, al parecer, sin darse cuenta de que el Juan Alvarez Gato de quien hablan sea el poeta del Cancionero; pero aún se quedan cortos uno y otros en más de nueve años.

El documento que publicamos más abajo fué otorgado por Juan Alvarez Gato en el Monasterio del Parral, extramuros de Segovia, a 8 de julio de 1509. En la pro-

(1) Vid. supra.

(2) «Otorgóse», dice el documento; pero como por la fecha de él sabemos que se otorgó el 8 de julio de 1509, el término «otorgóse» no puede referirse sino a la entrega de él al cura de la parroquia de San Salvador.

(3) Generalmente, se supone que nació en 1430. Nosotros no hemos podido averiguar en qué se funda la conjetura. Amador de los Ríos, en *Historia Crítica de la Literatura*, no da fechas; pero tanto en esta obra como en la publicada en colaboración del Sr. De la Rada y Delgado (*Historia de la Villa y Corte de Madrid*. Madrid, 1862; tomo II, pág. 82, n. 2), insiste en que vivió y alcanzó fama en tiempos de Juan II; Menéndez Pelayo, en su *Antología*, tomo VI, pág. XLI, dice que murió después de 1495, palabras que repite Cotarelo (*Cancionero inédito*, pág. XII); Fitzmaurice-Kelli, en *Historia de la Literatura española*, traducida por Bonilla y San Martín [Madrid, 1901], fija como dudosas las fechas de 1433 y 1496 (pág. 162), y en la segunda edición castellana de esta obra (Madrid, 1916; pág. 89), las de 1430, como probable, y 1496, como segura. Las mismas acepta Cejador en *Historia de la Lengua y Literatura castellana*, tomo I, pág. 337, añadiendo que «murió después de 1495»; y, por último, los Sres. Hurtado y González Palencia admiten, como probables, las fechas extremas de 1430 y 1496 (*Historia de la Literatura Española*. Madrid, 1925; pág. 194, y *Antología de la Literatura española*. Madrid, 1926; página 52).

(4) «Se dice que a mediados del año 1500, según consta en los libros de sepelio de la parroquia de San Salvador, había aquí (en la hoy calle de «Alvarez Gato», y entonces despoblado extramuros de la Villa, que por aquella parte no iba más allá de la Puerta de Guadalajara, situada hacia la confluencia de las actuales calles de Ciudad Rodrigo y Mayor) una casa antigua que llamaron del Poeta, en la que vivió D. Juan Alvarez Gato» (*Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid*. Madrid, 1863; pág. 218). En consonancia con las anteriores palabras, en 1918, por iniciativa del secretario de nuestro Ayuntamiento, D. Francisco Ruano, cuyo amor a Madrid y a su historia nunca se agradecerá lo bastante, el entonces alcalde, D. Luis Silvela, presentó una proposición al Concejo, que fué aprobada, en virtud de la cual se mudó el nombre de «Gato» que hasta entonces se daba a la calle de referencia, y era causa de absurdas suposiciones de las gentes, por desconocerse el origen de esta denominación, por la de «Alvarez Gato» que hoy lleva, en memoria de nuestro poeta. (Así resulta del Libro de acuerdos de ese año y de un expediente de «Rotulación» del mismo año, que se custodia en el Negociado de Estadística del Ayuntamiento de Madrid). Los libros de sepelio que cita Capmany, debieron existir, pero hoy han desaparecido.

(5) Peñasco Hilario y Cambroner Carlos: *Las calles de Madrid*. Madrid [1889], pág. 230.

videncia final de los contadores mayores se indica que en la fecha de aquélla, en 12 de enero de 1525, ya había fallecido nuestro poeta (1), toda vez que no es él, sino el cura de San Salvador quien dispone de las alcabalas de Leganés y demás que constituyen las mandas. Ahora bien, el codicilo está hecho para que se cumplan sus cláusulas después de la muerte del otorgante, y en la nota que lo cierra, nota que, aunque no está autorizada, tiene toda la autoridad de su antigüedad, se dice que «otorgóse ante Diego Midez, scriuano, el Biejo, en Madrid a 13 de enero [de] 1510».

¿A qué se refiere esta cláusula y este otorgamiento? No se puede tratar de un nuevo codicilo ni de una confirmación del otorgado en el Parral en 1509, porque, en este caso, el último sería el fehaciente y el que se hubiera conservado en la parroquia de San Salvador. Nosotros creemos que esta nota final hace referencia a la entrega del codicilo de 1509 al párroco de San Salvador juntamente con la posesión de los derechos que por él se le confieren. En este caso, y si esta presunción es exacta, no es aventurado fijar la fecha de la muerte de Alvarez Gato en los últimos días de diciembre de 1509.

Por otra parte, encontramos apoyada esta nuestra presunción, o, por lo menos, confirmada la seguridad de que murió mucho después de 1496 como generalmente se ha aceptado, por una de las cartas contenidas en el mismo códice de la Real Academia de la Historia. Entre las de nuestro poeta y obras en prosa que siguen a sus poesías las cuales ocupan del fol. 6 r (1 r moderno) al 73 v. (60 moderno) hay una «para el Rm^o. Señor el Arcobispo (*sic*) de Granada quando el Rey y la Reyna nros. Señores fueron allá por jullio de XCIX años, que auia pasado mucho tienpo que no auian ydo alla después que la ganaron» (2) no siendo explicable que escapara este dato a la observación minuciosa de Amador de los Ríos (3), que como hemos dicho, consultó el manuscrito, así como a la del diligente observador D. Emilio Cotarelo (4). Además, en los libros antiguos de bautizos de la actual parroquia del Salvador y San Nicolás, que como se sabe, es la misma de San Salvador antigua, derribada por ruinosa a mediados del siglo pasado, hay uno, el primero de los que se conservan (5), en cuyo primer asiento aparece Juan Alvarez Gato apadrinando a un sobrino suyo, hijo de Fernán Alvarez Gato, su hermano, el 18 de marzo de 1498: «En diez y ocho días de março de noventa y ocho años hizo bautizar vn hijo Hernán Alvarez Gato; llamóse

(1) «..... por el qual pareçe que Juan Alvarez Gato, y después dél el dicho cura que agora es o fuere de la dicha yglesia (de San Salvador....)»

(2) Códice de la A. de la H., fol. 97 v. (86 moderno), líneas 6 a 9.

(3) En el índice del Códice, que publica en las Ilustraciones al tomo VI de su *Historia Crítica de la Literatura*, especifica las obras poéticas, y sólo da el primero y último folios de las en prosa (VI, pág. 565-66).

(4) *Cancionero Inédito de Juan Alvarez Gato*. Madrid, 1901; pág. VIII. Da el índice de las obras en prosa del manuscrito, y al citar la carta que nos ocupa, lee «presente» donde dice y debe leerse «XCIX», aunque para que haya sentido fuera preciso leer «del» donde dice «de», y «año» donde consta «años». Lo cual explica el silencio del Sr. Cotarelo sobre este interesante extremo.

(5) «Año de + mill y quatroçientos y noventa 1490. — Libro de los bautizados en la parrochia de Señor San Salvador de la noble villa de Madrid, que comenzó el año de mill y quatroçientos y noventa años primeramente en la dicha yglesia siendo cura Graviel Rodriguez». Códice de 113 folios, letra del siglo xv y xvi, papel, foliación posterior, encuadernado en pergamino, cuyas medidas son: Encuadernación, 23 X 17 cm.; papel, 21,5 X 16 cm.; caja, 18,5 X 13,5 cm. Faltaban algunos folios cuando se encuadernó.

Gregorio; fué su padrino Juan Alvarez Gato, que lo tuvo en la pila...» (1). Y vuelve a aparecer sacando de pila a otro recién nacido el 21 de enero de 1502, juntamente con su mujer, que, como se ve, vivía aún en la indicada fecha (2): «Año de DII años.—Día de San Sebastián (3) de quinientos y dos años se bautizó Di[ego], hijo de Pedro de Porras, perrochano desta yglesia; fueron sus padrinos mayores Juan Alvarez Gato e su muger, e yo Bartolomé Gutiérrez, beneficiado en la dicha yglesia que lo bautize; y firmélo de mi nonbre. Bartolomé Gutiérrez» (4). Finalmente, sabiendo que en 1509 vivía Juan Alvarez Gato, ya no hay razón suficiente para afirmar que no sea obra suya la *Vida de Fray Hernando de Talavera* que se inserta al final del Códice (5). Ahora bien; al narrar la muerte del arzobispo biografiado dice que tuvo lugar el 14 de mayo de 1507, a las doce del día (6).

Después de esta fecha no hemos encontrado ningún otro documento hasta el codicilo del Archivo Histórico que nos permite sostener, con muchas probabilidades de no errar, que murió a fines de diciembre de 1509.

El establecimiento de esta fecha nos lleva a algunas deducciones que rectifican puntos esenciales de la biografía de Alvarez Gato.

En primer lugar, no pudo «florecer» (7) nuestro poeta en tiempos de Juan II, ni puede ser cierto lo que se cuenta de que el rey lo visitó en Pozuelo estando allá enfermo; ni recibir la espada de caballero de manos del mismo monarca en 1453 (8). Suponiendo que muriera a los setenta años de edad (9), en 1454, fecha de la muerte de Juan II, apenas tenía quince años, edad en que no parece natural fuera ya poeta de la calidad que demuestra en sus primeras composiciones conocidas ni de tanta prestancia social.

Otro extremo que con toda certeza se puede rectificar es el que, como dice Ticknor (10), sirviera a Juan II en el «departamento de Estado», afirmación que no es verosímil ni aun suponiéndolo nacido, como se cree, en 1530. El origen de este error debe ser el que se atribuyeron a Juan Alvarez hechos de su padre, que en realidad sirvió en la corte de Juan II, o a que habiendo casado con doña Catalina Alvarez de Toledo, de la familia acaso, como después veremos, del primer conde de Alba, Fernán Alvarez de Toledo, haya habido confusión (11).

Dice Quintana (12) que casó Alvarez Gato con Aldonza Luzón. El nombre de

(1) Ibid., fol. 1 v. En la transcripción hemos añadido los signos de puntuación y acentos.

(2) Murió entre 1502 y 1509, según se desprende de este asiento y del codicilo.

(3) 20 de enero.

(4) Iglesia del Salvador y San Nicolás. Lib. I de bautizos, fol. 2 v. Debemos el haber podido trabajar en este Archivo, a la amabilidad del actual párroco, D. Ramón Iglesias, a quien nos es grato rendir el testimonio de nuestro reconocimiento.

(5) Fols. 150 v. - 175 v. (139 r. - 164 v. moderno); Cfr. Menéndez Pelayo, *Antología*, tomo VI, pág. XL. Sabido es, además, que la biografía está escrita por un amigo del arzobispo, condición que se cumplía en Juan Alvarez.

(6) Fol. 174 r. (163 r. moderno).

(7) González Dávila, Gil: *Teatro*, pág. 198.

(8) Ibid., pág. 220. Anécdotas que recogen los que, con posterioridad, han hablado de Alvarez Gato.

(9) Hasta aquí se ha supuesto que murió a los sesenta y seis (1430-1496).

(10) *Historia de la Literatura española*, tomo I, pág. 466, n. 13.

(11) Fernán Alvarez de Toledo fué adelantado del Reino de Jaén y contador mayor de Juan II.

(12) *Historia*, fol. 221 v, cuya afirmación recogen todos los biógrafos posteriores e historiadores de la Literatura española.

su mujer nos lo dice él mismo en el codicilo: Catalina Alvarez de Toledo, ya difunta al tiempo de su muerte (1), diciéndonos además que ésta era viuda ya cuando casó con él y del primer matrimonio tenía una hija (2), Inés Alvarez, esposa de Diego de Salmerón.

Esta noticia, completamente nueva, que encontramos en el codicilo, está confirmada por otra serie de hechos: La familia Alvarez de Toledo, aunque tenía sus casas principales en Toledo, en el edificio donde después fundaron los Reyes Católicos el convento de San Juan de los Reyes (3), tenía también casas en Madrid, en la parroquia de Santiago (4), junto a la iglesia y muy próximas a la de Alvarez Gato, que estaban pared por medio con la antigua *Atalaya de la Villa*, o torre de la iglesia de San Salvador (5), según nos cuenta Quintana, añadiendo que en su tiempo, 1627, ya no existían (6); pero sobre todo, por una coincidencia que, no siendo verdad este matrimonio, resultaría inexplicable. Se trata de que Alvarez Gato, en el codicilo, deja cierta cantidad de juro sobre la alcabala de la carnicería de Madrid, alcabala que sabemos le correspondía por decírnoslo Jerónimo Quintana en su *Historia* (7); pero deja además otra sobre la zapatería. ¿De dónde procede esta última? Nosotros vemos una estrecha relación entre esta procedencia y su matrimonio con una probablemente hija del primer conde de Alba.

En efecto, en el Archivo del Cabildo eclesiástico se conserva un manuscrito original (8) «que parece dado por Juan II y firmado por Enrique IV», concediendo 1.500 maravedís de juro sobre las alcabalas de la zapatería de la Villa a Fernán Alvarez de Toledo (9). Este hecho y otros que alargarian demasiado nuestro estudio los brindamos a los genealogistas para que estudien si hubo entre las familias Alvarez Gato y Alvarez de Toledo algunas otras relaciones que las políticas y literarias: de parentesco (10).

(1) «e por quanto mi muger, Catalina Alvarez de Toledo, *que Dios aya*, me dice y ruega en su testamento.....»

(2) «..... ponga a Ines Alvarez su fija (de Catalina)».

(3) Vid. Quintana: *Historia*, fol. 274 v.

(4) En ellas vivió el condestable D. Alvaro de Luna y nació su hijo Juan. (*Cronica de Don Alvaro de Luna*, c. 43).

(5) En el sitio ocupado por la actual casa número 76 de la calle Mayor (que entonces no existía), esquina a la calle de San Salvador (hoy de los Señores de Luzón), estaba la histórica iglesia de esta advocación, desaparecida en 1842, y acerca de la cual, en colaboración con el doctor Agustín Millares Carlo, preparamos un estudio que pronto verá la luz.

(6) Op. cit., fol. 221: «..... fueron sus casas principales las que *estauan* juntas con la misma torre de San Salvador.....»

(7) Fol. 221.

(8) Archivo del Cabildo eclesiástico. Leg. 10.

(9) Cfr. Amador de los Ríos (José), y de la Rada y Delgado (José): *Historia de la Villa y Corte de Madrid*. Madrid, 1862; tomo II, pág. 78.

(10) De la misma familia fué también el tercer conde de Fuensalida y primero de Cedillo, Fernando Alvarez de Toledo y Zapata, secretario de Estado en tiempo de los Reyes Católicos. (Cfr. Baena, tomo II, págs. 35-36). Sobre la familia Alvarez de Toledo es útil consultar, entre otras obras, además de las crónicas de la época y algunos «Nobiliarios» y «Blasones» sobrado conocidos, las siguientes:

Fernández de Mendoza (Diego): *Nobiliario* que escribió en 1492 (ms. de El Escorial).

Quintana (Jerónimo): *Historia*, cap. CXXXI. *Apellido de Toledo*, fols. 274 v. - 277 v.

Alvarez de Baena (Juan Antonio): *Hijos ilustres de Madrid*, vol. II, págs. 35-36.

Floranes (Rafael): *Notas manuscritas, por la mayor parte genealógicas, que puso a las márgenes de un ejemplar de la Crónica de Don Juan II, de la edición de Logroño, en folio, Lope*

No es temerario creer que ha habido en Quintana confusión: este historiador conoció y trató a Garci Díaz de Liana Gato, descendiente de nuestro poeta y residente en Chinchón en la época en que escribía (1); de él seguramente recogió las noticias biográficas que nos ha transmitido; pero no es nada difícil que bien al tomar sus notas, bien al trasladar al papel la información verbal que hiciera, equivocare los nombres o leyera mal y atribuyera a la esposa de Alvarez Gato el de la que lo fué de Fernán Alvarez, Aldonza de Luxán, sus abuelos.

Queda, finalmente por rectificar otra equivocación fundamentalísima que desde el siglo pasado, en que incurrió en ella Amador de los Ríos (2), se viene repitiendo. Nos referimos a la supuesta alusión de García de Resende a Alvarez Gato en la *Crónica de Juan II de Portugal*. Refiere Amador de los Ríos que García de Resende (3) ataca a Alvarez Gato tachándolo de ser «hombre de criar e tratar caballos e mulas» y que «vino a privar tanto, que le dio el rrey renta y estado cerca de sí» (4).

Menéndez Pelayo (5) recoge la especie y la refuta, colocando los hechos en tiempos de Enrique IV de Castilla. De él lo toman Cejador (6) y Cotarelo (7).

Este extremo está suficientemente aclarado en el trabajo verdaderamente interesante publicado por la Sra. Michaelis de Vasconcellos (8). García de Resende habla de un Alvarez Gato, no en la *Misce!ánea*, como dice Amador y repiten Menéndez Pelayo, Cejador y Cotarelo, «que es una especie de crónica rimada», sino en la *Chronica de los valerosos e insignes feitos del Rey Dom Juam II de gloriossa memoria* (9), capítulo «Do que el rey fez a Joa Alvarez o Gato». De esta obra, dice la mencionada erudita, existe una traducción en El Escorial (10) y

Bravo de Rojas en el año 1555, publicada en *Col. de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XX, págs. 536-537.

Amador de los Ríos (José), y de la Rada y Delgado (José): *Historia de la Villa y Corte de Madrid*. Madrid, 1862; tomo II, págs. 53-55 y 81.

Thayer Ojeda (Tomás): *Memoria histórica sobre la familia Alvarez de Toledo en Chile*. Santiago de Chile, 1903; 4.º. Contiene algunas noticias relativas a esta familia en España.

Ballesteros Robles (Luis): *Diccionario biográfico madrileño*. Madrid, 1912; págs. 19-21.

(1) «Este hijo (Fernando, hijo de Pedro Alvarez Gato, que fué gobernador de la isla de Santo Domingo, donde murió) casó en Chinchón con doña Petronila Mexia Sarmiento. Su hijo Garci Díaz de Liana Gato, alcaide de Chinchón, que vive este año de 1627 y es poseedor de la casa mayorazgo y patronato..., que casó dos veces en Chinchón, donde reside». (Quintana: *Historia*, fol. 222 v.).

(2) *Historia crítica de la Literatura española*, vol. VII, pág. 123.

(3) Bibl. escur., y-V-12, fol. 59. (Nota de Amador).

(4) Amador de los Ríos. *Ibid.*

(5) *Antología*, tomo VI, pág. XLI.

(6) *Historia de la Lengua y Literatura*, tomo I, pág. 338.

(7) *Cancionero*, pág. XII.

(8) Michaelis de Vasconcellos (Carolina): *Nuevas disquisiciones acerca de Juan Alvarez Gato en Revista Lusitana*, tomo VII (1902), págs. 241-244. Este artículo, según declara su autora, debió aparecer en la *Revista española de Literatura, Historia y Arte*, y por haber ésta desaparecido, le fué devuelto el original.

(9) [Lisboa, 1545]. Cap. 88, fol. 57. De esta obra cita la señora Michaelis de Vasconcellos, las siguientes ediciones: 1540, 1554, 1622 y 1798. En la Biblioteca Nacional de Madrid hemos visto nosotros además un ejemplar sin portada de 1545, que es a la que nos referimos, otra de 1596, y otra de 1607, no citadas por la referida escritora.

(10) Y-V-12, fol. 59. (Nota de Michaelis de Vasconcellos, *ibid.*). *Chronica do Senhor Rei D. Joáo II, traduzida por hum Anonymo*. Cfr. Ferreira Gordo (Joaquim José): *Apontamientos para a Historia Civil e litteraria de Portugal en Memorias de Litteratura portugueza*. Lisboa, 1742; tomo III, pág. 70.

un extracto en la Biblioteca Nacional de Madrid (T. 15) y «en varias colecciones particulares hay traslados» (1).

El pasaje de Resende que nos interesa es el siguiente:

«*Do que el rey fez a Joa Alvarez o Gato*. Ca. LXXXVIII.—Hum Joao Alvarez o Gato, cauallero da casa del rey era filho d'hum pobre almocreue: e por fer grande pensador e concertador de caualos e mulas veo a ter e valer muito e ser honrrado e estimado de todos e del rey fauorecido. E hindo el rey hun dia de Euora pera Estremoz hia Joao Alvarez em hun muyto fermoso ginete muy atauiado, e elle muyto ben vestido e concertado con muytos seruidores: e no camino topou con o pay que hia com suas bestas carregadas. E en vendo o filho tiroulhe o barrete e fezlie huna grande mesura, e elle non quis falar ao pay e fez que o nam via: porque se desprezaua delle e tendo fazenda nam o ajudaua pera que deixasse tam baixo officio. Foy ysto dito a el rey e ouue disso tamanho desprazer que nunca mais quis ver o dito Joao Alvarez e lhe mandou loguo dizer que nam parecesse mais diante delle porque o homê que desprezaua seu pay e lhe mam fazia bem podendo o fazer nam esa pera se fiarem delle. E o dito Joan Alvarez fozoy logo enojado a hua sua erdade onde dahi a pouco acabou mal que o mataram lus seus lauradores (2).»

Ya M. Pelayo en 1896, tomando equivocadamente esta relación, se empeña en refutarla fundándose en el carácter que nuestro poeta demuestra en sus obras (3).

Más contundente es la refutación de la Sra. Micaelis de Vasconcelles en el trabajo que nos ocupa, donde se demuestra plenamente que una doble homonimia, y, como consecuencia, una doble confusión de personas, condujo a atribuir a nuestro Juan Alvarez Gato, hechos realizados por Joao Alvarez o Gato, secretario, en su mocedad, del rey Don Juan II de Portugal, personaje que aparece en 1485 entre los caballeros moradores del Rey con el sueldo de 900 rls. (4). Pero hay otros argumentos que acaban de disipar por completo la atribución. El portugués a quien se refiere la narración es un Juan Alvarez, apodado *o Gato*, como lo demuestra el artículo «o» que siempre antepone la Crónica a su segundo apellido, mientras Juan Alvarez, el de Madrid, tenía por apellido Alvarez-Gato, apellido compuesto, pues era Alvarez-Gato por su padre, Luis Alvarez-Gato, alcaide de la alcazaba de Madrid, en tiempo de Enrique IV, y por su madre, doña Catalina Alvarez-Gato (5), no siendo posible, por consiguiente, identificar al uno con el otro. Por otra parte, ya se ha demostrado que el poeta Alvarez Gato no pudo estar al servicio de Juan II de Castilla, porque en 1454, fecha de la muerte de este monarca, nuestro poeta era demasiado mozo; tampoco pudo tener lugar el hecho en tiempo de Enrique IV por las razones siguientes: el padre de Juan Alvarez Gato era alcaide de la alcazaba de Madrid y había sido capitán, según dice Quintana (6), en la conquista de Gibraltar y Algeciras, no siendo, por consiguiente, de condición tan baja, que condujera por los campos «suas bestas carregadas» ni hombre que tuviera que descabalgár ante su hijo, hacerle reverencias, quitarle

(1) Ibid., pág. 242.

(2) Op. et. loc. cfr. Biblioteca Nacional de Madrid. R.—4.360.

(3) Menéndez Pelayo. *Antología*, tomo VI, pág. XLI.

(4) Hist. Gen. Provas, II. 178. (*Nota de M. de V.*).

(5) Quintana (Jerónimo): *Historia de la Antigüedad, Nobleza y Grandeza*. Madrid, 1629; fol. 220 v.

(6) Loc. cit.

el sombrero, etc. En 1485 Joao Alvarez o Gato, el portugués, era aún caballero de la corte de Juan II de Portugal, según queda dicho (1), luego el hecho que se narra en la *Crónica* tuvo que acaecer después de esa fecha y antes de 1495, año de la muerte de Juan II de Portugal (2); tenía por consiguiente, Alvarez Gato, más de cincuenta y cinco años de edad. ¿Es creíble que entonces viviera su padre, y en caso de vivir, estaba en edad para conducir bestias por los caminos, cabalgar y descabalar en la forma que se narra? Además, el hecho de haber muerto el Gato portugués antes de 1495 descarta en absoluto toda confusión con Alvarez Gato que, como hemos dicho, murió en 1509.

II

Se llegó a creer que en el *Cancionero* de Baena había poesías de Alvarez Gato; Ticknor (3), en la edición inglesa de su conocida *Literatura*, lo afirma; mas los Sres. Gayangos y D. Enrique de Vedia, traductores de esta obra al castellano, rectifican el error (4). Verdaderamente no hay ni puede haber nada del poeta madrileño en este *Cancionero*. Ya hemos visto cómo la vida de Alvarez Gato es preciso retrasarla en el tiempo; es decir, que en lugar de suponer que vivió, como hasta aquí se ha creído, desde 1430 a 1496, es probable que naciera más tarde y muriera en diciembre de 1509; tal vez no sea aventurado colocar su nacimiento en la decena 1440-1450. Ahora bien, el *Cancionero* de Baena fué recopilado, como es sabido, para Don Juan II entre los años 1449 y 1454. Es imposible, teniendo en cuenta la edad de Alvarez Gato en este período, que hubiera poesías de él que merecieran ser incluídas por Baena en su *Cancionero*. El hecho parece un indicio más de que Alvarez Gato no produjo nada, ni «floreció» en la época de Juan II (5).

(1) Reinando ya en Castilla los Reyes Católicos.

(2) La frase «dahi a pouco acabou mal que o mataram», etc., lo indica.

(3) Ticknor: *History of Spanish Literature*. London. John Murray. 1849, tomo I, pág. 392. Esta falsa noticia se halla reproducida en la edición alemana, de 1852: *Geschichte der Schönen Literatur in Spanien von Georg. Ticknor. Deutsch mit Zusätzen herausgegeben von Nikolaus Heinrich Julius*. Leipzig, 1852, I, pág. 340. En la edición inglesa de 1863 ya no se insiste en el error, aunque sin citar a los rectificadores españoles.

(4) Ticknor: *Historia de la Literatura española*, traducida por D. Pascual Gayangos y don Enrique de Vedia. Madrid, 1851; tomo I, Adiciones, pág. 572.

El Códice de el *Cancionero*, de Baena, que probablemente perteneció a la reina Isabel (Cfr. *Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. VI, pág. 458), se halla hoy en la Biblioteca Nacional de París. Para la bibliografía de el *Cancionero*, véase: Rodríguez de Castro: *Biblioteca española*, Madrid, 1785, t. I, págs. 265-346; Puybusque: *Histoire comparée des Litteratures espagnole et française*. Paris, 1843, tomo I, págs. 393-397; Ochoa, Eugenio de: *Catálogo de Manuscritos españoles en la Biblioteca Nacional de París*. Paris, 1844, págs. 281-286; y *El Cancionero de Juan Alfonso de Baena*. Madrid, 1851. *Prólogo*. Amador de los Ríos (José): *Estudios sobre los judíos*. Madrid, 1848, págs. 408-419; Pidal (Marqués de): *El Cancionero general de J. Alfonso de Baena*. Madrid, 1851. *Discurso preliminar*. Cueto, Leopoldo Augusto (Marqués de Valmar): *Le Cancionero de Baena en Rev. de deux Mondes*, XXIII an. (1853), págs. 726-765.

(5) Por consiguiente, las palabras de Amador de los Ríos de que Alvarez Gato es de los poetas del *Cancionero general de 1511* que, «sin género alguno de duda, pertenecen a la época literaria de D. Juan II», son ciertas suponiendo que esta época literaria se extiende a todo el reinado de Enrique IV (1451-1474), y sobrevive a los Reyes Católicos. (Cfr. Amador de los Ríos: *Historia crítica de la Literatura española*, tomo VII; *Ilustraciones*, pág. 575).

El único manuscrito donde se encuentran casi todas sus obras poéticas y la totalidad de la prosa conocida es el códice de la Real Academia de la Historia (1). Este manuscrito y el *Cancionero general* de Castillo, con algunos manuscritos dispersos en que se incluyen poesías de Alvarez Gato, han servido a algunos para reconstruir y publicar todas las poesías en un solo cuerpo.

El códice es más que probable que sea el mismo que dejó Alvarez Gato a su muerte y estuvo mucho tiempo en poder de sus descendientes, teniéndolo, en la tercera decena del siglo xvii, García Díaz de Liana Gato, en su casa de Chinchón, según refieren González Dávila (2) y Quintana (3). Alvarez de Baena (4), hablando de él dice: «el volumen en folio que dejó en poder de sus sucesores, es el que para hoy en la Academia de la Historia, aunque maltratado y sin las cinco primeras hojas»; lo describe luego y añade: «contiene varias poesías profanas hasta el folio 65, y desde allí hasta el 73 (5) de devoción, y faltan algunas hasta el 80, que siguen diferentes cartas suyas y de otros sugetos, las más de asuntos morales y religiosos.» Es la primera descripción que se hace de este interesante manuscrito y la primera vez que se identifica el actual de la Real Academia de la Historia con el que perteneció al mismo Alvarez Gato.

Otra descripción encontramos en Gallardo (6): «Obras de Juan Alvarez Gato, natural de Madrid; fol., 175 hojas. En las 73 primeras se contienen las poesías, pero al principio faltan por de contado tres hojas (7) y deben de faltar también algunas al fin, porque acabando las poesías (sin acabar) en el fol. 73, se pasa al 80 que ya son prosas.»

Amador de los Ríos (8) lo describe minuciosamente y da un facsímil de las primeras líneas del fol. 6 r. (9):

«Mi pena de pena harta
dama de valer vfano... (10)»

pero no debe de estar en lo cierto cuando dice que es de época posterior al autor (11). Lo mismo cabe pensar de Menéndez Pelayo, que escribe (12): »Baena probablemente se equivocó creyendo que era el mismo original que Alvarez Gato dejó en herencia a sus sucesores.»

Nosotros, ya lo hemos dicho, creemos que en realidad es el mismo de que nos hablan los historiadores madrileños del siglo xvii, el mismo que describe Baena por primera vez, el mismo que recogieron en herencia los sucesores de Alva-

(1) Sig.^a: 9-25-6. (Ant.^o: C-114).

(2) *Teatro*, pág. 198.

(3) *Historia*, fol. 221.

(4) *Hijos ilustres de Madrid*. Madrid, 1789; tomo III, pág. 101.

(5) Es el fol. 73 v. (68 moderno) donde acaban las poesías.

(6) *Ensayo*, tomo I, cols. 173-186.

(7) No son tres, sino cinco las hojas que faltan al principio. No sabemos de dónde puede haber provenido esta equivocación, o si Gallardo lo examinó antes que Baena y las hojas desaparecieron entre uno y otro examen.

(8) *Historia crítica*, tomo VI; *Ilustraciones*, págs. 557-566.

(9) Fol. 1 moderno.

(10) *Ibid.*, tomo VII, lám.

(11) *Ibid.*, tomo VII, pág. 124, n. 1.

(12) *Antología*, tomo VI, pág. XXXIX, n. 1.

rez Gato; y aunque fuera copia del siglo xvi, ya hemos visto que Alvarez Gato vivió casi toda la primera decena de este siglo y, por consiguiente, no es imposible que el manuscrito a que nos referimos sea del siglo xvi sin dejar por ello de ser el original del poeta.

Bien examinado el códice se observa que, aunque el cuerpo de las poesías y parte de la prosa, por estar escrito con minuciosidad y cuidado extraordinarios, podrán inducir a creer que es de mediados o fines del siglo xvi, no sucede otro tanto con las obras en prosa que siguen a aquellas (cartas y escritos religiosos de Alvarez Gato y diversos autores, en extremo interesantes todos), y mucho menos con la «*Breue suma de la Santa vida del rreuerendissimo e bienauenturado Don Fray Fernando de Talavera*» (1) con que se cierra el códice. Y que todas estas partes de que se compone el tomo son de época contemporánea, lo demuestran las firmas puestas al pie de los folios.

El códice es de letra del siglo xv y constituye un tomo encuadernado en cartón el siglo xviii. Está restaurado en parte y, aunque faltan los cinco primeros folios, modernamente se han numerado de nuevo las hojas a lápiz comenzando en el folio 6 r. antiguo (2) con el número 1 moderno, de manera que al folio 175 antiguo, y último del códice en la actualidad, corresponde el 164 moderno (3). Está escrito en papel de la época, con la filigrana muy usada en el siglo xv, constituida por una mano extendida hacia una estrella. Al pie de las hojas se han trazado firmas de la época también, detalle este último, que, o no han observado, o no han considerado interesante los eruditos que han descrito el códice. Las firmas consisten en una letra y un número en cifras romanas. Nosotros creemos de sumo interés este dato porque él, además de indicarnos los sucesivos estados del códice, nos permite afirmar la coetaneidad de todas las hojas conservadas y, por consiguiente, que los últimos folios, los que contienen la *Vida de Fray Hernando de Talavera*, no han sido añadidos posteriormente, sino en la misma época en que se formó la totalidad del tomo, por corresponderse las indicadas firmas inferiores de esta parte con las anteriores (4). Observando ahora que

(1) Fols. 150 v.-175 v. (136-164 modernos).

(2) La foliación antigua, por estar deteriorado el papel y rotos los ángulos de las dos primeras hojas, comienza en la correspondiente al fol. 8, con este número.

(3) Con la nueva numeración desaparece la laguna que existe en la antigua del folio 73 al 80. (Entre el 68 y 69 modernos).

(4) El tomo actualmente está formado por nueve cuadernos de desigual número de pliegos, con las firmas dispuestas en la siguiente forma:

Fol. 2 antiguo?	a _i ? (a).....	a _{ix} (b)
Fol. 15 antiguo (11 moderno)	b _{ii}	b _{ix} (c)	
Fol. 34 antiguo (29 moderno)	c _i	c _{ix} (d)	

(a) La primera firma es la a VII en el fol. 8 antiguo (3 moderno). En los dos folios anteriores que existen, cuyos extremos están rotos, debieron estar las firmas a V y a VI, y en las hojas desaparecidas al principio, las restantes, desde la ai, que correspondería al fol. 2 antiguo (desaparecido). La firma a VIII (fol. 9 antiguo, 4 moderno), está colocada al verso del folio. Lo que prueba que al encuadernarse el tomo se equivocaron colocando al revés la hoja. Por consiguiente, las poesías del verso del fol. 9 antiguo (4 moderno), deben colocarse antes que las del recto.

(b) A continuación, sin firmar, hay sólo cinco hojas; faltaban cuatro cuando se folió el tomo.

(c) Faltan la hoja 8i y su correspondiente.

(d) No falta ninguna hoja, así como en los cuadernos f, g y h.

la *Vida*, escrita indudablemente por otra mano que el resto del códice, es de letra con toda seguridad del siglo xv, parece lógico concluir que el códice es también del siglo xv y, por consiguiente, el mismo que quedó en casa de Alvarez Gato a su muerte.

Los historiadores madrileños González Dávila y Quintana (1), y Alvarez de Baena sobre todo, que lo dice explícitamente (2), tenían, pues, razón cuando afirmaban la exactitud de esta identidad.

Ya hemos dicho que Amador de los Ríos, en una de las «Ilustraciones» del tomo VI de su *Historia crítica de la Literatura española*, publica el índice del manuscrito, índice que sólo se refiere a las obras poéticas y en el que falta la relación detallada de las composiciones finales en prosa.

Gallardo (3) da un índice bastante incompleto de la prosa. Más completo es, a pesar de los defectos de que por otra parte no carece, el publicado por don Emilio Cotarelo en el *Cancionero* inédito de Juan Alvarez Gato (4), de que vamos a hablar inmediatamente. Este índice del Sr. Cotarelo completa en cierto modo el de Amador con la descripción de la segunda parte del Códice.

Dos ediciones se han hecho de éste. Una, la que acabamos de citar, por don Emilio Cotarelo y Mori en 1901 (5), edición que con tanta dureza ha calificado Foulché-Delbosc (6). En ella se aspira a que sea completa de toda la producción poética de Alvarez Gato (7); es decir, no publica sólo las obras contenidas en el Códice de la Real Academia de la Historia, sino las publicadas en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, tomándolas de la edición de los bibliófilos españoles de 1882 (8) y las recogidas por Paz y Melia en el *Cancionero* de

Fol. 52 antiguo (47 moderno).....	d _I	d _{xiii} (a)
Fol. 80 antiguo (69 moderno).....	e _I	e _v (b)
Fol. 91 antiguo (86 moderno).....	f _I	f _{viii}
Fol. 106 antiguo (95 moderno).....	g _I	g _{vn}
Fol. 120 antiguo (109 moderno).....	h _I	h _{viii}
Fol. 136 antiguo (125 moderno).....	i _I	i _{vi} (bis) (c)
Fol. 149 antiguo (138 moderno).....	k _I	k _{xiv} (d)

(1) Vid. supra.

(2) *Hijos ilustres.*, tomo III, pág. 101.

(3) *Ensayo*, tomo I, cols. 173-174.

(4) (Págs. VII-X). Publicase, además en esta edición, un facsímil en tamaño muy reducido del fol. 68 completo; facsímil que antes había visto la luz en la *Revista española de Literatura, Historia y Arte* (1901), pág. 17.

(5) *Cancionero Inédito de Juan Alvarez Gato, poeta madrileño del siglo XV*. Madrid. *Revista española*, 1901, XV-222 págs., 8.º

(6) *Cancionero del siglo XV*, tomo I, pág. VIII.

(7) No se puede decir otro tanto de la exactitud y rigor científicos en la transcripción. Tiene la edición todos los caracteres de popular y no crítica.

(8) *Cancionero general de Hernando del Castillo*. Madrid. Bibliófilos españoles (1882), tomo I, págs. 436-449 y 633-634, y tomo II, pág. 383.

(a) Siguen sin signatura nueve hojas solamente. Faltan cuatro.

(b) Solamente hay seis; falta uno.

(c) La signatura VI está repetida. Solo hay cuatro folios sin signatura; falta uno.

(d) Hay trece sin signaturar; falta una hoja.

Gómez Manrique (1), añadiendo además notas de variantes en las diversas ediciones del primero de ellos y citas de las obras en que se han publicado algunas de las poesías (2).

Más cuidada y de más pretensiones que la anterior es la edición de R. Foulché Delbosc formando parte del *Cancionero del siglo XV* (3). De éste sólo aparecieron los dos primeros volúmenes (4). Es sensible que por haber cesado la publicación de la Biblioteca no haya podido el Sr. Foulché-Delbosc, con la competencia que por todos se le reconoce, regalarnos con el «aparato crítico y bibliográfico» que anuncia para el último tomo del *Cancionero* (5).

No es sólo el Códice descrito el que contiene obras de Juan Alvarez Gato. En algunos otros hay poesías dispersas o circunstancialmente incluidas por los recopiladores.

En el *Cancionero* de Gómez Manrique, publicado por Paz y Melia (6), se incluye la respuesta de Juan Alvarez que empieza

«Yo, Señor, ya lo dexe
para que nunca se vieses...»

a la pregunta de Gómez Manrique

«tanto ha que non trobe
cosa que bien me viniese...» (7)

y advierte en nota el recopilador (8) que esta poesía se halla en el *Cancionero* de Pero Guillén, *Cancionero* de que acaba de decir (9) que se encuentra en la Librería de Cámara de S. M.

El Sr. Cotarelo también habla (10) de que «la importante composición a la reina Doña Juana, que va al número CIII» de su edición (11) se la ha proporcionado un cancionero de la Biblioteca de Palacio que lleva la signatura 2-F-5 (12).

(1) *Cancionero de Gómez Manrique. Publícale con algunas notas D. Antonio Paz y Melia.* Madrid (1885), vols. 36 y 39 de la *Col. de Escritores Castellanos*, tomo II, págs. 298-299, 302-303 y 305. Publica también las preguntas de Gómez Manrique, correspondientes a estas respuestas de nuestro poeta.

(2) Antes de esta publicación empezó a ver la luz el *Cancionero* de Cotarelo, en *Revista española de Literatura, Historia y Arte*, tomo I (1901), págs. 16-21, 52-55, 74-79, 110-113, 147-151, 172-175, 205-208, 236-240, 272-275, 300-302 y 343-353.

(3) *Cancionero del siglo XV.* Madrid (1912), tomo I, págs. 222-209. (*Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, tomo XIX).

(4) XIX y XXII de la N. B. A. E.

(5) *Ibid.*, tomo I, pág. VIII.

(6) Madrid (1885), tomo II, pág. 305.

(7) *Ibid.*, tomo I, pág. 128.

(8) Tomo II, pág. 305, n. 1.

(9) *Ibid.*, pág. 290, n. 1

(10) *Cancionero*, págs. X-XI.

(11) Págs. 189-195. «Coplas de Juan Alvarez Gato a la Reina nuestra señora:

»Vienen de todos lenguaxes
Barbaros, coros, guineos....»

(12) Fol. 160. (*Nota de Cotarelo*).

El marqués de Pidal (1) describe y publica los índices de los tres manuscritos de la Biblioteca de Palacio en que se encuentran poesías de los siglos xiv y xv, y en ninguno de ellos aparecen de nuestro poeta.

Finalmente, en 1900 publicó D. Francisco R. Uhagón (2) una descripción e índice del manuscrito de un *Cancionero* que existía en la Biblioteca de los condes de Oñate, manuscrito que pasó después a poder de la excelentísima condesa de Castañeda. En el folio 254 se insertan «las coplas de Juan Alvarez al conde de Saldaña:

«Vengo dallende la sierra
con nuevas que ya queriedes...» (3)

coplas que están recogidas en el *Cancionero general* (4), se encuentran en el manuscrito de la Academia de la Historia (5) y publican Cotarelo (6) y Foulché-Delbosc (7).

Otras obras impresas de Juan Alvarez Gato, aparte las publicadas en el *Cancionero general* de 1511 y la añadida en las ediciones de Toledo de 1527, folio 105, Sevilla, 1545, folio 99 v., y Amberes, de 1557, folio 189 (8) de que por ser sobradamente conocidas no nos ocupamos por ahora (9), y de las comentadas ediciones del Sr. Cotarelo y de Foulché-Delbosc, hay las siguientes:

González Dávila, Gil: *Teatro de la Grandeza de la Villa y Corte de Madrid*. Madrid, 1623, págs. 198. Publica los versos que dice hizo escribir en su sepultura:

«Procuremos buenos fines
que las vidas más loadas
por los cabos son jugadas.

Aparéjate a querer
bien morir
y el morir será nasçer
para beuir.

(1) *El Cancionero de J. Alfonso de Baena*, Madrid (1851): *De la Poesía castellana en los siglos XIV y XV*, por D. Pedro José Pidal. Apéndice núm. 4. Este trabajo se publicó, sin los apéndices, en los *Estudios literarios* del mismo autor. Madrid (1890), tomo I, págs. 191-352.

(2) *Un Cancionero desconocido del siglo XV, con varias poesías inéditas*, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo IV (1900), págs. 321-338, 390-403 y 516-535. Tirada aparte: Madrid (1900), en 4.º

(3) *Ibid.*, págs. 7.

(4) Tomo I, págs. 438-439 de la edición de los *Bibliófilos españoles*.

(5) Fols. 28 v.-29 v. (23-24 modernos).

(6) *Cancionero*, págs. 61-66.

(7) *Cancionero*, tomo I, págs. 236-238.

(8) *Cancionero general*. Bibliófilos españoles (1882), tomo II, pág. 383.

(9) En la edición príncipe (Valencia, 1511), las obras de Alvarez Gato se hallan en los fols. 108 v. al 112 v.; en el de Amberes, de 1573, en los fols. 148-152 y 189.

La bibliografía completa del *Cancionero general* se puede ver en Ebert, *Bibliographisches Lexicon*; Brunet, *Manuel del Libraire*; Voz, «*Cancionero*» y «*Castillo*»; Pidal (marqués de), *Op. cit.*, pág. 263, n. 1; Balenchana (Juan Antonio), *Advertencia preliminar en Cancionero general de Hernando del Castillo*. Madrid (1882), págs. II-s; Ticknor, George: *History of Spanish Literature*, London. Trübner and Co., 1863, I, pág. 392, n. 8.

Y por Dios mira y auisa
por este mundo mudable
no pierdas el perdurable (1).»

Puygmaigre, le Compte de: *La Cour litteraire de Don Juan II*. Paris, 1873, t. II, págs. 167-168: [Publica, tomándola del *Cancionero general* de Castilla, la canción que empieza:

«Ninguno sufra dolor
por correr tras beneficios (2).»

acompañada de la siguiente traducción en verso francés:

«Pour obtenir tendre retour
epargnez-vous les sacrifices,
car, hélas! les grades d'amour
point ne se gagnent par services,
et le salaire et le guerdon
que méritent les bons offices,
on les doit moins à la raison
qu' on les doit à des caprices.
Le moins digne d'un douz retour
reçoit les plus de bénéfices,
car hélas! les grades d'amour
point ne se gagnent par services.»

Ticknor (Georg.): *History of Spanish Literature*, 1849, I, pág. 298, n. 13 publica, traducida al inglés la copla:

«Si quieres que de verdad
torne a mi seso y sentido...:»

«But if, good faith, you require
that sense should come back tome,
show the kindness to which I aspire,
give the freedom you know I desire,
and pay me my service fee.»

Pidal, Pedro José, marqués de: *La Poesía castellana en los siglos XIV y XV* (3): Toma del manuscrito de la Academia de la Historia y publica la poesía

(1) Publícalos también Jerónimo Quintana en su *Historia de la Antigüedad*, fol. 221, y Capmani y Montpalau en *Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid*, Madrid (1863), pág. 218, que dicen también que estos versos estaban sobre su sepulcro. Cotarelo en *Cancionero inédito*, págs. 180-181, y Foulché-Delbosc en *Cancionero del siglo XV*, tomo I, pág. 259. Están en el Códice de la Real Academia de la Historia, fol. 71 v. (66 moderno); en el fol. 16 v. (11 moderno), al pie, con letra más moderna, se dice hablando de Alvarez Gato: «Este cauallero tenía en su sepultura los versos siguientes:

«Procuremos buenos fines
que los medios acertados
por los cabos son juçgados»,

siendo de observar la distinta manera de estar redactado el segundo verso y el cambio necesario en el tercero.

(2) *Cancionero general*. Edición *Bibliófilos españoles*, tomo II, pág. 383.

(3) *Estudios literarios*, tomo I, pág. 238, n. 1.

que comienza «Trahe a consecuencia aquel pobre ropero de Córdoba, Antón de Montoro y al mozo despuelas Mondragón, que fué la causa destas coplas...»

«No hagamos Dios del oro
dejemos este aguaducho (1).»

En el *Ensayo* de Gallardo, donde como hemos dicho se describe el manuscrito de la Real Academia de la Historia, se insertan también algunas de sus poesías así como otras de Gómez Manrique y Hernán Mexía de Jaén, dirigidas a Alvarez Gato (2).

Finalmente, el Sr. Menéndez Pelayo en la *Antología de Poetas líricos castellanos*. Madrid, 1896 (3) incluye una buena selección del *Cancionero* de Alvarez Gato; y recientemente los Sres. Hurtado y González Palencia recogen en su *Antología* la preciosa copla «Habiendo conocido el mundo...»

«Mundo, quien discreto fuere
cierto so que no talabe (4).»

III

En el Archivo Histórico Nacional, legajo 965 de los procedentes de la iglesia de San Salvador, se encuentra una copia autorizada de un codicilo de Juan Alvarez Gato.

Es un cuaderno de papel de cuatro hojas sin foliar; de 31,5 × 22 cm.; caja de escritura, 25 × 18,5 cm.; letra del siglo xvi. Está guardado en carpeta de papel más moderno, en cuya cubierta, y con letra del siglo xviii, se lee:

+

«Cobdicilo de Juan Alvarez Gato.»

El documento está también encabezado con el mismo título, escrito con distinta letra del resto de la copia: «Cobdicilo de Juan Alvarez Gato.»

A continuación empieza la copia autorizada del documento:

«Este es un traslado bien y fielmente sacado de una escritura en papel y signada de escriuano segun que por ella paresçia, su tenor de la qual de berbo ad berbum sin añadir ni menguar es del tenor siguiente (5):

»En el nombre de Dios trino y uno e de la gloriosa bienabenturada Virgen Sta. María su madre nuestra señora e favorable abogada, e de todos los Apostoles santos y santas de la corté del çielo, y demandando a nuestro señor que sea de ello servido e lo conserue y acreçiente para su santo serviçio y a exenplo,

(1) Es la décima copla de las dedicadas a Hernán Mexía, a propósito de los elogios que éste tributó a Mondragón por «ciertas coplas de loor y bien hechas al capitán Hernán Mexía y a Juan Alvarez (ms. de la R. A., fol. 48).

(2) Gallardo: *Ensayo*, tomo I, cols. 173-186.

(3) Tomo III, págs. 117-131.

(4) Hurtado (Juan), y González Palencia (Angel): *Antología de la Literatura española*, Madrid (1926), pág. 52. Esta misma poesía se halla también publicada por doña Carolina Michaëlis [de Vasconcellos] en *Antología española. Colección de poesías líricas*. 1.^a parte: *Poetas de los siglos XV-XVIII*. Leipzig. F. A. Brockhaus, 1875, I, pág. 35.

(5) Fol. 1 r. En la transcripción que sigue no hemos alterado más que el haber resuelto algunas abreviaturas e introducido letras mayúsculas y signos de puntuación.

honrra y gloria y alabança suya, yo Juan Aluarez Gato, veçino de Madrid digo que por quanto yo obe rrenunçiado en el que es o fuere cura de la yglesia de San Saluador que es en la dicha villa de Madrid en la colaçión y perrochia do yo vibo (1) para que anden juntos en el beneficio curado de la dicha yglesia de San Saluador para siempre jamás los *tres mill maravedises de juro que* (2) yo hoy tengo situados en los lugares de Poçuelo e su seysmo con Leganés, aldea de la dicha villa de Madrid para después de mis días; los quales oue avido de Pedro Arias Dauila, contador mayor que Dios aya antes que yo casse, y en la dicha rrenunçiaçión que yo de ellos fiçe se contiene y en el preui[legio] de ellos que son para después de mis días, e que los glosse y traspaso con las condiçiones e vínculos e sumisiones e según en la forma que yo los dexare y declarare en el patronazgo que fiçiere de la capilla de la Madre de Dios de nuestra señora el Antigua que es en la dicha yglesia de San Saluador do es el enterramiento de mi señor Luys Aluarez de Gatto = mi padre y de mi señora Catalina Albarez de Gato su muger, mi madre que ntro. Sr. en méritos de su pasión perdone amén; por tanto, lo que yo el dicho Juan Aluarez pido que plega façer e faga el dicho por amor de nuestro señor para que se acontine y cunpla e faga para siempre jamás en la dicha capilla por la dicha pitança de los dichos tres mill maravedises de juro de heredad que yo ansí le rrenunçie y traspasse e dejo sacado preui[legio] de ellos, es lo siguiente: Que el cura que agora es o fuere en la dicha yglesia de San Saluador para siempre jamás faga decir e diga a honor e honrra de Dios ntro. Sr. y de la gloriossa madre suya e por las ánimas de los dichos mis señores padres y madre y de mi muger, e de mis señores sus padres, e de su primero marido, e fijos e nietos, e por sus hermanos e míos, e por todos nuestros parientes espirituales e corporales (3), e por nuestros amigos e por nuestros bienfechores e criados e por todos aquellos que la dicha mi muger e yo tenemos cargo e rraçon de rrogar; por aquellos a quien dimos ocaçión de pecar e a quien ofendimos, e contra quien pecamos, y por todos aquellos a quien no guardamos en ausençia y en presençia ygualdad, procurado (4) su bien, e guardandole e dandole (5) en las fablas y en las obras con pura caridad como a nosotros mismos, e por las animas del purgatorio e de todos los fieles chriptianos, e por la mía muy pecadora, y en conpusiçión de todos los días del año que no sean fiestas se guardan según la constitución del Arçobispado de Toledo una missa del alua del día del ochanario que corriere la semana, en el altar de Nuestra Señora el Antigua, que es en la dicha capilla del enterramiento de los dichos señores mis padres, e que el dicho cura que es o fuere fagan (6) tañer y tangen (7) la campana de la dicha yglesia antes que entren en la dicha missa, por manera que la puedan oyr e oygan en toda la dicha villa (8) y que se diga la dicha missa al alua del día para que puedan

(1) Parroquia de San Salvador, cuya iglesia estaba en la plazuela de la Villa, dando frente a ella del lado, y en el saliente que entonces había de la calle de Platerías, en su empalme con la de la Almudena; calles que, con la parte nueva hasta la Puerta del Sol, formaron después, en el siglo xvi, la calle Mayor, excepto la de la Almudena que recibió aquella denominación en el siglo pasado. Es célebre esta iglesia en los anales de Madrid, porque en ella, en el «*cimenterio*», primeramente; en el portal, otras veces, y las más, en la cámara que estaba sobre éste, se celebraban los «ayuntamientos» de nuestro concejo hasta el siglo xvi.

(2) Subrayado en el original.

(3) «e por nuestros parientes espirituales e corporales», repetido.

(4) *Sic.*

(5) Fol. 1 v.

(6) *Sic.*

(7) *Sic.*

(8) Corto debía de ser entonces el perímetro de Madrid, cuando la campana de esta iglesia se oía desde toda la villa. En realidad, Madrid acababa en el Alcázar por el Poniente, y no pasaba de las Platerías por el Este; no existían ni las calles del Arenal ni Mayor. Como contraste y prueba de lo que creció Madrid en unos pocos años de Corte, compárese el perímetro de 1600 con el de 1565, que publica en este mismo número de la *Revista* nuestro amigo y compañero, el diligente archivero Ramón Catalina García, en el cual ya se habla de la Puerta del Sol, la Carrera de San Jerónimo y calles del Príncipe y Atocha, la de San Luis, Puerta de Santo Domingo, etc., etc.

benir a oyr los que madrugan para caminar y la oygan los pobres hombres trauajadores que acostunbra (1) de venir a la plaça de la dicha yglesia a buscar jornal (2) para que después que hayan hecho esta obra espiritual de ber a nuestro señor y encomendarse a él, bayan al alauar corporal de sus trauajos; y que el dicho cura que es o fuere faga decir en fin de cada missa un rresponso en la dicha capilla por las ánimas de los susodichos, e fagan tener y tengan limpia la dicha capilla y de rraçon y quenta de los hornamentos e cossas de ellas al patrón de ella agora e para siempre jamás, que le sean dadas y entregadas por el dicho patrón, y que todos los días del año así fiestas como los dichos días para siempre jamás fagan decir e digan la Salue rregina, o como quisiere cantada en quiriéndose poner el sol, tañendo primero la dicha (3) campana porque la oygan en toda la dicha Villa, e se diga la dicha Salue con su oración cunplidamente, y el dicho cura que es o fuere para siempre jamás fagan decir e digan en cada vn año las quatro fiestas principales de nuestra señora en que se otorgan mill y ochoçientos días de perdón en la bulla que yo dexo bisitando en la dicha capilla en la vispera de cada fiesta y en los días e bisperas e missa cantada con sus rresponssos a las visperas en la dicha capilla, e que tengan cuydado de poner en ella; e los maravedises que se ofreçieren de los dichos perdones los enpleen y gasten en el rreparar de la dicha capilla o como en la dicha bulla se contiene; e faga decir e diga los días de Santa Catalina (4) e santa María Madalena (5) missa e visperas con su rresponso en la dicha capilla en la manera que las dichas quatro fiestas de nuestra señora; e que cunpla y ponga la çera que fuere menester para decir las dichas misas de alua y oración de la Salue y visperas y missa de las dichas fiestas, e que paguen el sacristán que an de tener para el seruiçio de todo ello y por quanto en la dicha rrenunciación que yo fise de los dichos tres mill maravedises de juro en el dicho cura que es o fuere de la dicha yglesia y en el preuilegio de ellos que yo tengo está una cláusula en que en efeto se contiene que el rrecaudador e rrecaudadores, arrendador e arrendadores que fueren de las rrentas donde están situados los dichos tres mill maravedises de juro, acudan con ellos por los terçios de cada vn año al dicho cura que es o fuere (6) de la dicha yglesia mostrando primero fee en cada terçio del que yo dejase y declarase por patron de la dicha capilla e de sus descendientes como el tal cura a fecho decir e dicho las misas que yo le dejare en cargo en la manera que en el dicho patronasgo fuere declarado por mí, e que en otra manera no acudan con los dichos maravedis al dicho cura e, si no dixere las dichas misas segun dicho es, que el patron que yo aquí nonbrare e declarare de la dicha capilla faga de ellos lo que yo aquí hordenare e declarare en este dicho patronasgo porque ansi lo declaro y digo que se faga y tenga y cunpla, e que el dicho patron antes que faga pagar las dichas misas bean y sepan si el dicho cura a cunplido enteramente de todo lo que dicho es en la forma y manera y al tiempo que dicho es, y aviendo cunplido, le dé libramiento para que le sean pagados los marauedis de cada terçio; e de otra manera, el dicho patrón sea temido (7) de le façer e cunplir al dicho cura las dichas misas del alua e oraciones de la Salue o bisperas y misas de la fiesta que obieren faltado quitandoles dos tanta pitança por cada missa e Salue e por cada una missa o bisperas de las fiestas que yo le dejo aquí en este patronasgo, façiendo decir a otra persona o personas la missa y oración de la Salue, e lo que ansi faltaron doblándole aquellos mismos dineros

(1) *Sic.*

(2) Cfr. Quintana: *Historia*, fol. 22^l. La plaza de San Salvador era entonces el centro y punto de reunión de la Villa. Este centro se ha ido desplazando hacia el Norte poco a poco: calle Mayor, Puerta del Sol..... El hecho de que los trabajadores se dirigieran a esta plaza en busca de jornal, debe referirse a las obras de ampliación y reforma que, por entonces, se estaban ejecutando en ella.

(3) «capilla», tachado.

(4) 25 de noviembre. Es el santo de su mujer y de su madre ambas difuntas en esta fecha, segun se desprende del final del codicilo.

(5) *Sic.*

(6) Fol. 2 v.

(7) *Sic.*

y pitança y aquellas mismas oras que el dicho cura faltó, aunque se diga la missa que el cura es obligado e las dos que se han de decir por la una que faltó en un día en la manera que dicha es, por manera que todas las missas del año e de las fiestas o visperas o oraciones de la salue se digan que no quede cosa alguna por decir para siempre jamás, que tenga mayor cuydado de no faltar en nada porque no les quiten la dicha pitança doblada; porque podía ser que el dicho cura que es o fuere no querer aceptar e decir ni tomar cargo de las dichas misas o oraciones de la Salue e de las otras fiestas en el tiempo y en la manera que dicha es porque le pareciera poca pitança los dichos tres mill maravedises, en tal casso que lo no querrá aceptar e porque yo deseo mucho con boluntad del rrey nuestro señor que se hiciesse y conçertasse así cumplidamente como dicho es, e para que mejor y con mas gana se cumpla, quiero y mando que se de el cargo de todo ello, como dicho es, e desde agora se lo doy para entonçes, a dicho cura e beneficiados de la dicha yglesia de San Saluador y acreçentados (1) los dichos tres mill maravedises de juro susodichos otros dos mill y quinientos maravedises de juro que yo tengo por priuilegio de su magestad en las alcaualas de la carne y çapatería y corredu-ria de Madrid, que yo tengo, que compré del rrey y rreyna nuestros señores a catorçe mil maravedises al quitar, de manera que tenga el dicho cura e beneficiados de la dicha yglessia que dieren e fiçieren decir cumplidamente todos los susodichos con el dicho cargo de pitança para sienpre jamás, çinco mill (2) y quinientos maravedises en cada vn año, e quiero (3) e digo a los rrecaudadores e arendadores (4) e fieles e cogedores de los dichos tres mill maravedises que son en las alcaualas de Poçuelo y Leganés y su seysmo, e de los dichos dos mill y quinientos maravedises, que son en las tres alcaualas de las carneçerías y çapatería y corredu-ria desta dicha Villa de Madrid que acudan con ellos al dicho patrón de la dicha capilla que yo aqui nonbrare; y que el dicho patrón los dé y pague de su mano al cura e beneficiados por los terçios del año en la manera que dicha es, seyendo ynformado y saviendo primero como han cumplido lo susodicho; y si sus alteças mandaren quitar los dichos dos mili y quinientos maravedises de juro que yo tengo en las dichas carneçerías e çapatería de que mando que sean acreçentados los sobre dichos tres mill maravedises de juro, mando que el patrón compre de los dichos treynta y çinco mill maravedís que yo di por ellos otros dos mili y quinientos maravedises de rrenta de çenso de juro para que queden e anden con los dichos tres mill maravedís para sienpre jamás, para pitança de todo lo susodicho, e si costaren algo más. que se cumplan de mis bienes que yo le dejo como en mi testamento se contiene, e que acudan con todos ellos y los cobren y rresçivan el dicho patrón y de su mano los paguen del cura y beneficiados de la dicha yglesia que son o serán, en la forma y manera que dicha es, a aquellos que sirbieren o fiçieren seruir o decir todo lo sobre dicho en la dicha capilla; y *otrosí mando que por quanto yo fundé y edificué la dicha capilla y pagué el suelo della a la dicha yglesia* (6), que en medio de la dicha capilla no se pueda poner ninguna piedra ni memoria de ninguno de los patrones que fueren de ella de aquí adelante, ni de ninguna otra persona que en la dicha capilla se enterrare, saluo las piedras y memoria de los dichos señores mis padres, y que se puedan soterrar dentro en la bobeda de ella todos los patrones e descendientes de ellos y los que quisieren ellos, e no ninguno sin liçencia de ellos para sienpre jamás; e por la presente nonbro por patrón de la dicha capilla para fazer todo lo que dicho es e tener poder cumplido e señorio en ello como yo lo tengo, y mejor, si mejor puedo, a Pedro Aluarez... (7) hermano Fernan d'Aluarez, que Dios haya y su hijo mayor que dél viniere por ligítimo

pagó el sitio
de la capilla a
la yglesia (5)

(1) Sigue el margen deteriorado.

(2) «maravedises», tachado.

(3) Fol. 2 v.

(4) Sic.

(5) Añadido al margen por otra mano posteriormente.

(6) Subrayado en el original.

(7) Roto el margen. Debía de decir en la parte rota «hijo de mi...», es decir, hijo de su hermano Fernán de Alvarez, porque en el folio siguiente lo llama «mi sobrino».

matrimonio, e así por linea derecha, de barón en barón, y en defeto de barón, muger para sienpre jamás, los quales tengan y ayen e desde agora les doy poder cunplido para todo lo susodicho; e si no auieren hijos el dicho Pedro (1) Aluarez, que declaro y nonbro por patrón de la dicha capilla, con libre y general administración, a García Aluarez, fijo del dicho mi hermano y a sus hijos legítimos en la forma que dicha es; e si éste no ouiere hijos, al hermano o hermanos que con ellos nascieren en la forma y manera que dicha es (2). E por cuanto mi muger, Catalina Aluarez de Toledo, que Dios aya, me rruega y dize en su testamento que con el patrón que yo dejare de la dicha capilla, que yo doto de los dichos mis bienes, ponga a Ynés Aluarez, su hija, o a su fijo o fijos y al que de ellos biniere así por linea derecha en la forma que yo lo tengo y este patronasgo, digo y mando que, por cunplir con su voluntad, e porque su yntençión fué porque se acordasen a rrogar a Dios por ella y creyendo que la dicha su fija por el amor que há a su anima lo faría y acrecentaría de lo suyo, que ella le dejó rrenta para más pitança de las dichas misas, porque mejor se pueda sostener que acrecentando solos dos mill maravedises de rrenta para que sean siete mill y quinientos maravedises lo que los dichos clérigos ayen para lo susodicho, digo que quede la dicha señora Ynes Aluarez y el bachiller Diego de Salmeron (3), su marido, y herederos por patrón y patrones con el dicho patrón mi heredero e patrones que yo nonbro para que lo sea el uno y el otro juntamente para sienpre jamás, e fagan e cunplan e fagan cunplir todo lo susdicho (4), y si no lo quisieren anssí, que quede por patrón y patrones los suso nonbrados mi sobrino Pedro Aluarez y sus hijos así en la forma que dicho es; porque aunque no quiera ser patrona la dicha Ynés Aluarez ni sus herederos como dicho es, puedan soterrarsse en la dicha capilla ella y sus hijos y herederos con la dicha su madre; e por la presente doy poder cunplido a la persona o personas en quien como dicho es, e por la horden que de suso se contiene, quedare y suscediere el dicho patronasgo de la dicha capilla, para que pueda usar del dicho patronasgo y entender en todo lo que en él se contiene, e procurar e facer paga de su mano al dicho cura y clérigos de la dicha yglesia de San Saluador, que sirbieren lo suso dicho en la dicha capilla para sienpre jamás, e para los apremiar a cunplir todo lo en este patronasgo contenido por todos los rremedios del derecho, de manera que no falte cossa alguna de cunplir de todo ello, y *quiero y mando* (5) que si el dicho cura o beneficiados no lo ficieren e cunplieren en la forma suso dicha a bista del dicho patron e [patro]nes? (6) que serán para sienpre jamás emo... (7) ...are en qualquier cossa e parte de ello, que el patrón o patrones puedan quitar el dicho (8) ofiçio y le dar a dicho clérigo o clérigos rrelisiosos (9) o rreligiosas que a él paresciere que lo conpliran e farán mejor para que dellos se *encarguen* (10) dandoles las dichas çinco mill y quinientos maravedises de pitança y en la manera que dicha es, y ante a pariente o deudo suyo, seyendo en esto osuficiente (11), que a otro ninguno, e antes al pobre que al rrico; e mando e quiero que pueda el dicho patrón que adelante fuere enmendar y acrecentar qualquier cossa que les pa (12) resciere que es mejor; en firmeça de lo qual otorgo esta carta ante el escriuano público e testigos de yusso escritos que fue escrito y otorgado en el monesterio de Santa María del Parral estramuros de Segouia a ocho días del mes de jullio del año de mill y quinientos y nueue años. Testigos que fueron presentes, Pedro Nauarro y Juan Çapatero y Martín de Mos-

(1) «Fernández», *tachado*.

(2) Fol. 3 v.

(3) Esta lección no es segura.

(4) *Sic*.

(5) Subrayado en el original.

(6) Está roto el papel original.

(7) Está roto el papel original.

(8) «juro», *tachado*.

(9) *Sic*.

(10) Subrayado en el original.

(11) *Sic*.

(12) Fol. 3 v.

tiarta, e Bernardino de Alua y Juan Montero, criados del dicho monesterio, e firmolo Juan Aluarez; e yo Juan Fernandez de Ualera, escriuano de Segouia y su tierra, presente fuy en uno con los dichos testigos, e fize aquí este mio signo a tal en testimonio de verdad. Juan Fernandez.

»¶ Y sacado fué este traslado de la dicha escritura original en la Villa de Madrid a xvii dias del mes de nouienbre de m^olxi (1) anos estando presentes por testigos Juan de Baldés y Esteuan de Oñate y Gabriel de Çereçedo, estantes en Madrid, e yo Melchor de Çesares, escriuano de Madrid por su magestad, presente fuy e fize aquí este mio signo a tal, en testimonio de verdad. Melchor de Çesares, escriuano publico. (*Sigue el signo. Dentro de él, en los cuadros laterales, en testimonio || de verdad || Melchor de Çesares, escriuano publico*).

»Los contadores mayores de quantas de sus magestades haçemos sauer a uos los arrendadores y rrecaudadores mayores, tesoreros e rreçebtores de las rrentas de las alcaualas y terçias de la Villa de Madrid e su partido que por parte del cura de la yglesia de San Saluador de la dicha Villa de Madrid fué mostrado ante nosotros una carta de preuilegio de los Reyes Católicos, escrita en pergamino y sellada con mi (2) sello de plomo, dada a quince de março de m^occcc^olxxxiii años por el qual pareçe que Juan Alvarez Gato y después dél el dicho cura que agora es o fuere de la dicha yglessia tiene en cada vn año por juro de heredad para sienpre jamás, tres mil maravedises de juro situados señaladamente [en las]... (3) de las alcaualas de Leganés, que es tierra de la dicha Villa de Madrid, los quales rrenunció el dicho Juan Alvarez Gato en el dicho cura; e por quanto nosotros bimos y esaminamos el dicho preuilegio original y queda asentada la rrelación dél en los libros de las quantas de sus alteças que nosotros tenemos; dímosle este mandamiento nuestro por el qual por parte de sus magestades bos mandamos que rrecudays y fagades rrecudia al dicho cura que es o fuere de la dicha yglesia de San Saluador o a quien su poder ouiere con los dichos tres mil maravedises (4) de las alcaualas del dicho lugar de Leganés, conforme al dicho preuilegio sin le pedir ni demandar traslado signado dél saluo solamente este mandamiento o traslado signado descriuano publico con la qual y con su carta de pago o de quien el dicho poder ouiere, os los rresçibiremos y pasaremos en cuenta; y no fagades ende al. Fecho en Madrid, doce de henero de m^oxxv años. El licenciado Cuéllar, Fernando de Santangel, Martin Sanchez.—(5): Ba testado—capilla—Fernandez—puedan quitarles el dicho officio—no bala (rubrica). Y sacado fué el dicho traslado de la dicha carta de testamento del dicho Juan Alvarez Gato en la uilla de Madrid a beinte dias del mes de março de mil y quinientos y sesenta y cinco anos.—La firmo—fué fecho e sacado el traslado del despacho dado por los contadores mayores de quantas de su magestad que pasó y se dió en la dicha Villa de Madrid, en doce de henero de mil e quinientos y veinte y cinco años por el licenciado Cuellar—Fernando de Santangel y Martin Sanchez, que fueron los dichos contadores. que es el que está al pié del dicho traslado del dicho testamento y cierra con esta fecha de suso escrita, allandose por testigos al ber sacar los dichos traslados de los dichos originales por mi Alonso Juarez, escriuano de su magestad en la su corte, que presente fué a lo que se hace menzion. Domingo Ruis.—Juan rrodri-guez y Ferran de Porras, estantes en la dicha Villa de Madrid.—La que les entregué dos instrumentos originales a Hernando Albarez de Biana por cuiu parte se a mandado sacar lo suso dicho, de que firmó su reçiuro y entrega de ellos, e por ende fize aquí este mi signo en testimonio de verdad.—(6) Hernando Albarez || de Biana (7)—Alonso Juarez || escriuano (8).»

(1) Debemos advertir que esta fecha, 1561, que a primera vista no concuerda con la que aparece más abajo, de 1525, debe tener su explicación en el hecho de que, al copiar todo el documento o documentos que se tuvieron a mano, no siguieron orden cronológico.

(2) *Sic*.

(3) Roto el papel.

(4) Fol. 4 v.

(5) Con letra procesal.

(6) En otra línea.

(7) Rubricado. Sigue el signo del notario.

(8) Escrito por otra mano.

Debajo, con letra distinta del cuerpo del documento y de la providencia notarial, se lee:

«El codicilo que otorgó Juan Alvarez de Gato tiene el cura de San Salvador con los privilegios. Otorgóse ante Diego Midez s[cribano], el biejo en Madrid a 13 enero 1510.

(1) Tiene Juan Truxequ setecientos maravedises que están sobre las cassas de Ordoñez.—Los quinientos son la capilla de Juan Alvarez, e los doçientos para una fiesta]. (2) [Esta escritura tiene el dicho cura que se dio a la yglesia por el sitio de la capilla y cobra el censo el [dicho] (3) año].»

En el fol. último—4 v., en su parte inferior, escrita en sentido transversal, como los modernos oficios, como si la forma natural de guardarse el codicilo fuera estar doblado, como lo está en realidad parte de la portada, se lee:

«Patronazgo de la capilla de Juan Alvarez Gato.

»Este patronazgo de la Capilla de Juan Alvarez de Gato tiene el cura de San Salvador con otros dos prebilegios de vno maravedises el juro de la dotación de la dicha capellanía.—Y también tiene vn codiçilo del dicho Juan Alvarez.—Y también tiene vn escriptura de censo d... maravedis de censo perpetuo sobre las casas de Don Benito [de Çisneros] (4) que dió Juan Alvarez por el suelo de la capilla.—En el libro de la visita de la dicha yglesia en la visita que hizo el visitador el año de mil y quatrocientos y quarenta y nueve o de treinta y nueve (5) se hizo cargo al mayordomo de la dicha yglesia de nueve mil y tantos (6) maravedis del preçio en que se vendieron las rrejas de hierro con que estava çercada la dicha capilla y la rreja de la ventana della que oy día está señalada en la pared y estan vnas alhaçenas en ella. Y se pueden pedir las rrejas a la yglesia que ... (7) quitó y bendió y se tomó el dinero dellas (8).»

JENARO ARTILES RODRÍGUEZ.

Archivo de Villa

-
- (1) Escrito por otra mano.
 - (2) Escrito por el mismo que empezó la añadidura final.
 - (3) Roto el papel.
 - (4) Entre líneas.
 - (5) *Sic.*
 - (6) *Sic.*
 - (7) Roto el papel.
 - (8) No hay firma ni rúbrica alguna.

EL COSTUMBRISMO MADRILEÑO EN LA PINTURA

El costumbrismo, que en la literatura aparece para Madrid en el siglo xvi y tan copiosas y lozanas muestras ofrece durante el xvii, no florece en la pintura hasta fines del xviii. Al par de toda la bibliografía costumbrista de Espinel, Mateo Alemán, Mateo Luján de Sayavedra, Cervantes, Liñán, Quevedo, Francisco Santos, Zavaleta, Calderón, Quiñones de Benavente, Salas Barbadillo, Céspedes y Meneses, Castillo Solórzano, Lugo y Dávila, Matías de los Reyes, Miguel Moreno, el alférez Baltasar, Mateo Velázquez y cuantos más hicieron en las letras costumbrismo madrileño hasta fines de la decimoséptima centuria, no existe en la pintura algo que pueda corresponder a ese aspecto del arte, si no se cuenta como incurso en ello algún lienzo velazqueño, como el de las «Hilanderas» y «Los trece caballeros», que figura en el Louvre, y «La preparación de la tortilla», de la colección Cook, y, con mayor amplitud en el criterio clasificador, «Los borrachos» y «La fragua de Vulcano». Algo también podría citarse de Mazo y de Saneja, pero nunca tan definido como en el costumbrismo sevillano hizo Bartolomé Esteban Murillo, que podía haber sido el primer ilustrador de *Rinconete y Cortadillo*, cuando pintaban los rapaces de la casta de los esportilleros de la plaza de San Salvador, los truhanes del Arenal y académicos de la escuela de murcios que había en Triana junto al molino de la pólvora.

Y no porque la Corte dejara de ofrecer ancho campo a la observación de los maestros pictóricos. Madrid, cabeza un tiempo del mundo como lo había sido Roma; «famoso ombligo de España», como le llamó Lope de Vega, al convertirse en capital de uno de los más dilatados imperios que ha conocido la historia del orbe, vióse centro del favor y de la intriga, residencia de los poderosos, que eran escasos, y albergue, en cambio, de muchas gentes que trabajosamente vivían y de otras tantas que a duras penas conseguían mal vivir. La holganza, el parasitismo y la miseria eran frecuentes en aquella sociedad donde junto a la abundancia en que se desenvolvían algunos magnates, el sol, que doraba la Corte más amplia y generosamente que el oro de las Indias, alumbraba para que se viesen mejor los harapos de los soldados que habían paseado gloriosamente las banderas de España por el mundo y acudían a comer el bodrio de los conventos junto con los hidalgüelos famélicos, caballeros del milagro, que llevaban en una caja algunas migajas y se las espolvoreaban por la barba para que pareciese que habían comido.

Y cuando se escondía, al fin, el

bermejazo pletero de las cumbres
a cuya luz se espulga la canalla,

las sombras de la noche amparaban en sus desmanes a los jácaros y jayanes de la picaresca, y hasta vástagos de familias linajudas figuraban en las partidas de capeadores que asaltaban al transeúnte aventurado en las oscuras callejuelas.

Otro siglo llegó. Con la nueva dinastía parecían haber entrado en España aires de Europa, y la vida de la capital española tenía el aspecto de ser más fácil y menos lúgubre que en los últimos tiempos de la anterior centuria, cuando sobre la Corte del rey hechizado parecía extenderse la tétrica sombra de un fúnebre conjuro. Bajaban al Prado las doradas carrozas, estuches de las pomposas damas de ancha basquina y grande artificio en el tocado de la nevada cabellera, y corrían ligeras las cabras manolescas camino de la Plaza de Toros, construída afueras de la Puerta de Alcalá, en tiempo de Fernando VI.

El pueblo madrileño había visto modificarse grandemente su villa en el reinado de Carlos III, contemplando alzar suntuosos edificios públicos y mejorar las condiciones urbanas de la capital a impulsos de las reformas del gran Sabatini, bien que algunas de sus infantiles protestas dieron ocasión a aquella frase de Carlos III quien decía: «que los pueblos eran como los niños que lloraban cuando los limpiaban». Pero llegaba el siglo XIX y todavía en el Madrid goyesco se confundían devoción y galantería, misticismo y holgorio, la capa de grana de Pedro Romero junto al pardo sayal de la beata Clara y el rasguear de las guitarras manolescas a igual tiempo que ante otra reja se escuchaba medrosa la saeta de la ronda del Pecado Mortal.

La fecha épica del 2 de mayo de 1808 señala, no sólo el comienzo de la guerra de la Independencia, sino el principio de la evolución española. Madrid empieza a vivir su vida ciudadana y a ser el pueblo que ha de intervenir en los más transcendentales sucesos políticos y en los trastornos callejeros que han de prolongarse hasta el último tercio del siglo. Verá ahorcar a Riego, después de haberle aclamado delirantemente; mirará entrar el coche del rey Fernando arrastrado por una turba frenética al grito de «¡Vivan las caenas!»; asistirá a la matanza de los frailes; gritará en los pronunciamientos y combatirá en las barricadas.

Así como las casacas de seda, las faldas de mediopaso y las pelucas empolvadas han dejado un sitio a los levitines entallados, las crinolinas, los miriñaques y las melenas románticas, los majos de chupetín y redecilla y las majas de lazo de caramba y sencilla basquina, se cambian en la manolería de marsellés y sombrero de Calaña y en las mozas de anchos faralaes y pañuelos indios.

Avanzará el siglo, llegará el camino de hierro a hacer una revolución en la vida nacional, y Madrid, todavía sujeto entre los límites de la misma cerca que le rodeaba en el siglo XVII, conservará su fisonomía popular sin más que un cambio de indumentaria en los tipos que fundamentalmente siguen pareciéndose a sus padres y sus abuelos, y camino son del siglo XIX las chulas de polisón y moño bajo y picudo pañuelo a la cabeza y sus galanes de chaquetilla corta y alta gorra, el pueblo madrileño de los días de Frascuelo y de la música

de Barbieri y de Chueca y del cante en el café del Imparcial, sigue pareciéndose a la manolería isabelina y a los majos de tiempo de Carlos IV.

Más cerca de ellos que de nosotros parece estar igualmente un Madrid popular que todos hemos llegado a conocer y que parece ya remoto, sin que hayan pasado de él arriba de veinte años. Es todavía el Madrid de Fornos y de la cuarta de Apolo, el Madrid que acababa en las rondas, el del «schotis» bien marcado y el del organillo callejero.

En poco tiempo la ciudad se ha rasgado por dentro y ha buscado expansión en los campos para mostrar su nueva fisonomía. Amplia avenida, orlada de rascacielos, ha sepultado los jardines de Amanuel; igualmente, sobre los viejos merenderos y bailes de las Ventas, ya tan hundidos en el polvo como las tumbas faraónicas, se abre una estación del ferrocarril subterráneo. Calles típicas, pero angostas y mal olientes, han desaparecido en el centro de la capital para dar lugar a la Gran Vía. El espacio de los Jardines del Buen Retiro está ocupado por el palacio de Comunicaciones. En pocos años Madrid se ha dilatado y ha renovado su aspecto como si veloz y desmesuradamente quisiera desquitarse de haber permanecido estacionario durante tres siglos.

Pero ¿ha cambiado esencialmente el alma de Madrid? No varía tan pronto y de manera tan fácil la idiosincrasia de un pueblo. Lo que ha podido hacer ha sido, por fortuna, elevar su nivel cultural, higienizar su vida y mejorarla materialmente, sin que ello signifique menoscabo de su gracejo y de lo pintoresco, ni sea posible, por otra parte, defender la roña y la grosería a título de conservación de los fueros del color local.

El comienzo del siglo XVIII, que tiene en Madrid costumbristas literarios como Diego de Torres, y Afán de Ribera, carece de su correspondencia en la pintura. Es preciso que llegue su segunda mitad para que al mismo tiempo que los sainetes de D. Ramón de la Cruz surja el costumbrismo pictórico. Tres de estos artistas empiezan y acaban dentro de la misma centuria. Francisco Bayeu, nacido en Zaragoza el 9 de marzo de 1734, muerto en Madrid el 4 de agosto de 1795; José del Castillo, que nació en Madrid el 15 de octubre de 1737 y murió en la misma villa el 5 de octubre de 1793, y el también madrileño Luis Paret y Alcázar (1747-1799). Otros cabalgan sobre dos siglos. Mariano Salvador Maella, Valencia 21 de agosto de 1739, Madrid, 10 de mayo de 1819. Gregorio Ferro, guía que ahora llamaríamos técnico de Ponz, Santa María de Lamas, 1742, Madrid, 1812. El que descuella entre todos *sicut inter viburna cupressi*, Francisco Goya, Fuendetodos, 1746, Burdeos, 1828. Antonio Carnicero, Salamanca, 1748, Madrid, 1814. Zacarías González Velázquez, Madrid, 1763-1834, José Aparicio, Alicante, 1773. José Ribelles, Valencia, 20 de marzo de 1778, Madrid, 1835. Francisco Lacoma, Barcelona, 1784, París, 1849 y Rafael Tegeo, Caravaca, 1798.

Varios de ellos pasan por la que entonces parecía una obligación didáctica de ser discípulos de Mengs, cuya dictadura artística en aquella época es bien conocida, pero todos saben libertarse de su escuela y mostrar la independencia de su talento. Bayeu, Castillo y Goya pasan por la vieja casa del molino de la pólvora que en Madrid estaba afueras de la Puerta de Santa Bárbara.

ra, en aquellos lugares donde acampaban los gitanos trashumantes y en que Cervantes sitúa el comienzo de *La gitanilla*. En esa casa, del que todavía hace treinta años se llamaba Campo del tío Mereje, vetusto caserón donde estaba instalada la Real Fábrica de Tapices, y en la que el caballero Casanova vivió algunos días huésped de Antonio Rafael Mengs, aquellos tres artistas dejaron en sus cartones primorosas escenas de costumbres populares. Pero el genio de Goya, desbordante y avasallador como una fuerza de la Naturaleza, no da paz a su retina ni a su mano, y desde las más señaladas fiestas del pueblo, como la romería de San Isidro y el entierro de la sardina, hasta los singulares tipos de la Corte, plebeyos o linajudos, vistos a través de su espíritu tan cruelmente socarrón, tan amargamente implacable, quedan para siempre fijados al conjuro de su arte al mismo tiempo que las épicas escenas de la memorable jornada que él vió en la Puerta del Sol desde su propia casa y asistiendo, luego del suplicio, en la «lóbrega noche», al paraje de los fusilamientos que tuvieron por escenario las bucólicas laderas de la Huerta del Rey.

Luis Paret, que en su cuadro «Las parejas reales en Aranjuez» nos ofrece entre el concurso que las presencia tan donosos y bien trazados tipos, nos da luego el espectáculo cortesano de la jura del príncipe Fernando en los Jerónimos de Madrid, fondo que sirve luego para que el italiano Cayetano Palmaroli haga la composición de la jura de la princesa Isabel en 1832.

Vicente Palmaroli fué el hijo de Cayetano, y nació en Zarzalejo (Madrid) el 5 de septiembre de 1834. Pintó «La noche del 3 de mayo en la Montaña del Príncipe Pío», «Gustos de una dama de tiempo de Carlos IV», «La buenaventura», el techo del café de Madrid o del Iris, que estaba donde ahora el edificio del Crédito Lyonnais, y murió siendo director del Museo del Prado.

Antonio Carnicero, aparte de sus múltiples escenas sueltas, hace en 1791 un curioso dibujo representando la Plaza de Toros de Madrid durante una corrida; Zacarías Velázquez y José Ribelles dibujan los episodios del 2 de mayo, haciendo, además, el primero los deliciosos cuadros de la entrada de Fernando VII por la Puerta de Atocha y su proclamación en la Plaza Mayor el 26 de marzo y el 24 de agosto de 1808. Ribelles fué, como lo había sido también Carnicero, ilustrador del *Quixote*. En cuanto a José Aparicio no sé si estrictamente cabe en esta relación el autor del cuadro del «Hambre», pues por fortuna no es caso que se repite consuetudinariamente el de tan terrible calamidad (me refiero al hambre, no al cuadro), si bien es cierto que los madrileños, como españoles que son, están ya tradicionalmente acostumbrados a no ingerir todo lo que necesitan para su cabal sustento. Pero al fin, el lienzo de Aparicio recuerda un momento de la historia de Madrid, y algún valor emocional debe tener cuando ha logrado conmover a varias generaciones de espectadores ingenuos, ciertamente, pero que al fin son el mejor público ante toda obra de arte, que para estar bien lograda ha de ser a su vez por parte del artista espontánea y sincera.

El italiano Fernando Brambila, académico español en 1815, y muerto en París el año 1842, hace en los últimos días de Fernando VII la colección de vistas de Madrid y de los Sitios Reales, que son tan conocidas por las repro-

ducciones que se hicieron de ellas en el real establecimiento litográfico de don José de Madrazo. Existe un dibujo de Asselineau, que representa la visita del rey Fernando y de María Cristina a esos talleres del pabellón del Tívoli (donde ahora se abre el Hotel Ritz), efectuada el 15 de septiembre de 1830.

Las figuras de los cuadros de Brambila son de Manuel Miranda, que es, por tanto, el que da la verdadera nota costumbrista en esas composiciones que tienen carácter escenográfico; dos escenógrafos hacen por el mismo tiempo análoga labor. Lucas Gandaglia y el madrileño José María Avrial, nacido el 20 de febrero de 1807. Dibujó el primero el aspecto de la plaza del Conde de Miranda con la decoración que mandó hacer para adorno de su palacio el comisario general de Cruzada, D. Manuel Fernández Varela, con motivo del natalicio de la princesa Isabel, y el segundo, la que en el mismo lugar y para festejar la jura de la heredera de Fernando VII hizo construir el mismo opulento Sr. Varela, famoso Mecenaz, y al que se debe el regalo a Madrid de la estatua de Cervantes, obra de Solá, en la plaza de las Cortes. Avrial, de quien son las vistas de Madrid y otras ciudades que aparecen en la edición de las obras de Quevedo, publicada por Castellanos, y en la que más adelante habremos de hacer forzosa referencia, fué nombrado académico en 1837 por su cuadro «La costanilla de San Andrés»; dejó otros lienzos de asuntos madrileños, como «El Manzanares», «El Campo del Moro», «Madrid desde el camino de Castilla», y en una obra dramática, representada en el teatro de la Cruz y titulada *Los misterios de Madrid*, pintó una decoración representando «La Puerta del Sol», cuyo éxito superó al del drama, pues todavía siguió siendo expuesta al público después de terminadas las representaciones de aquella obra.

Siguieron también a Brambila el coronel Carlos de Vargas, que hizo escenas del Prado, y F. Blanchard, que dejó las pistas en la plaza Mayor, las corridas de toros con caballeros en plaza y los simulacros guerreros en las afueras de la Puerta de Alcalá, con motivo de la jura de la que había de ser Isabel II.

Hemos llegado al pleno florecimiento del romanticismo, que no empece para que las plumas de los literatos, varios de ellos poetas románticos y alguno romántico efectivo hasta lo definitivo, como Larra, tracen, tomándolos directamente del natural, cuadros de costumbres. «Figaro», Mesonero, Estévez Calderón, D. Fermín Caballero, «Abenamar», D. Antonio María Segovia, Martínez Villegas, Eugenio de Ochoa, Salas y Quiroga, Pérez Calvo, don Vicente de la Fuente, D. Ramón de Navarrete, Asquerino, Doncel, D. Pedro de Madrazo, Ferrer del Río, D. Manuel María de Santa Ana y D. Antonio Flores, tienen a su lado, no sólo a Bretón de los Herreros que no variaba de género al hacer costumbrismo en prosa de artículo, cuando también y tan bien lo hacía en verso en sus comedias, sino poetas como Zorrilla, el duque de Rivas, Salas y Quiroga, García Tassara, Enrique Gil, Leopoldo de Cueto, Rodríguez Rubi y Gil y Zárate.

Muerto Goya, aparece como figura príncipe del costumbrismo madrileño en la pintura Leonardo Alenza. Hijo de D. Valentín Alenza y de doña María

Nieto, nació en Madrid el 6 de noviembre de 1807 y fué bautizado en la veneranda parroquia de San Andrés. Ese hijo carnal de un humilde matrimonio fué, por la gracia del genio, hijo espiritual de D. Francisco Goya y Lucientes. Era un hombre de aspecto enfermizo y ojos entre tristes y socarrones. Su boca tenía un pliegue de amargura como un gesto de desdén impuesto por la vida hacia todas las cosas de este mundo. Él pintó, para las exequias reales, a Fernando VII descendiendo al sepulcro apoyado en la religión, mientras las Ciencias y las Artes lloraban en magno desconsuelo su pérdida. Él también completó su obra española con dos retratos, el del teniente cura de San Luis, don Francisco Romero, y de Francisco Montes, el incomparable «Paquiro», soberano señor en el viejo circo de las afueras de la Puerta de Alcalá.

Pintó un cuadro heroico: «La muerte de Daoiz en el Parque de Artillería», aunque mejor lo hubiera titulado la herida de Daoiz, puesto que el hazañoso capitán no murió en Montealeón, sino en una casa de la calle de la Ternera. Y luego viene en él el continuador de Goya, porque de poco sirvió que al joven Alenza quisieran dirigir sus primeros pasos artísticos D. Juan Rivera y D. José de Madrazo, los correctos y fríos imitadores de David. Recordemos algunos de sus cuadros, uno, excesivamente goyesco: «dos manolas asomadas a un balcón con una vieja y dos chisperos», ese tema que había de causar obsesión a más de un gran artista llegando a influir directamente sobre Manet. Luego otros más suyos, en los que el genio propio se manifiesta: «El ajusticiado», «El asesinato y la información judicial», «El enano moribundo», «El duelo a navaja», «El Viático», «La sopa del convento», «La riña en el mesón», «El interior de la posada», «El ventorrillo», «Una fiesta en Carnaval» y «La Romería de San Isidro». El alma madrileña sale de la obra de Alenza, transfigurada como en un sabor de arte. Vivió Madrid intensamente. Nacido en un viejo y castizo rincón de la villa, tenía el alma de Madrid dentro de la suya.

No había secreto para él en los mesones de la calle de Toledo y de la Cava, en las tabernas de Lavapiés, de San Ildefonso, en las solanas de las rondas o en las mancebías nietas de las de Soleras y de Francos. Pintó la famosa muestra del café de Levante, que estaba en la calle de Alcalá, cerca de la Puerta del Sol. Al trasladarse ese café a la calle del Prado le siguió la muestra, pero no ya a una nueva mudanza del establecimiento. Un trozo de ella posee D. José Lázaro Galdeano, y la expuso hace unos años en el Salón Iturriz.

Primores de observación y de gracia puso en «Las plagas de Madrid» que publicó el *Semanario Pintoresco*. Y dejó una serie de admirables dibujos, cuyo grabado al aguafuerte parece, sin embargo, que no es obra suya.

Alenza vió premiada la labor de su vida cuando en un aniversario de su nacimiento, el 6 de noviembre de 1845, la Academia de San Fernando le recibió como uno de los suyos. Cerca de tres años después moría, aun no cumplidos los treinta y ocho de su edad. El 30 de junio de 1845. Nacido casi al mismo tiempo que Espronceda, vivió poco más que él. Sabido es que fué enterrado de caridad. Tuvo su primera sepultura en el cementerio general del Norte, vulgarmente llamado de la Puerta de Fuencarral, donde ahora se hallan

las oficinas y estación general de tranvías, y en el mismo recinto donde recibió Larra su primera sepultura, y en donde surgió la revelación de Zorrilla, quien, andando el tiempo, decía que brotó

... como una planta maldecida
al borde del sepulcro de un malvado.

Realmente era lamentable que la fuerza del consonante, en un hombre que tan maravillosamente los dominaba, le llevase a increpar al pobre «Figaro», a cuyo suicidio, por otra parte, debiera estar agradecido. Bien que en la ocasión de aquel entierro célebre también se excedió el glorioso vate cuando dijo que

ese vago clamor que rasga el viento
era el último acento
de ese cadáver frío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.

porque ya es el colmo de lo maravilloso oír el acento de un cadáver.

Volviendo a los restos de Alenza debemos recordar que fueron trasladados a un nicho de la sacramental de San Luis el 25 de junio de 1849. A partir del centenario de Alenza, que tuve el honor de celebrar yo solo, pues no hubo otra conmemoración más que un artículo que le dediqué en *El Liberal* del 6 de noviembre de 1907, clamé muchas veces, porque ante la amenaza de la desaparición de aquel cementerio fuesen salvados sus restos. Hasta 1922, en que el Ayuntamiento primero y la Academia Española después, salvando algunos restos de hombres ilustres que yacían en la Patriarcal y en San Martín dieron por fin éxito a mis campañas, no se hizo nada en ese sentido. Pero ya era tarde para salvar los de Alenza, porque en 1916 había sido derribado el cementerio de San Luis.

Si al gran Alenza pudiera encontrársele par, éste sería Eugenio Lucas. Nació en Alcalá de Henares en septiembre de 1824; su padre era madrileño, y venido desde niño a la Corte, fué Lucas madrileñísimo pintor. Extraño e inquietante arte también el del autor de «Bandidos arrodillados ante la cabeza de un compañero clavada en un poste» y «Galantería maja», el pintor de toreros, de endemoniados, de brujas y de procesiones como la de la Virgen de los Angeles en Getafe, donde la pólvora y el incienso y la piedad y la barbarie y un encanto africano y un misterio español rafaguean sobre el lienzo maravilloso.

Lucas pintaba en todo y con todo, y buen elogio de su técnica es saber que durante mucho tiempo han estado vendiéndose como Goyas cuadros de ese pintor, del que en el Museo de Arte Moderno existen «La revolución» y «La ronda». Hay también Lucas hijo, y al citar su nombre, ya que se ha consagrado también el costumbrismo madrileño, justo es consignar la diferencia, favorable para las postreras, que existe entre sus primeras obras y las últimas que se conocen de él.

José Elbo nace en Úbeda el año 1804 y muere en Madrid a los cuarenta anos. Alumno de Aparicio, sabe como sus condiscípulos apartarse de la frialdad davidica del maestro. Pinta «Una torada en La Muñoza», «Ventorrillo en la ribera del Manzanares» y en 1841 su cuadro famoso «La Plaza de Toros de Madrid en día de corrida». Espiritu independiente y de agudo ingenio, recordándose de él algunas frases buidas.

—Oyes como te roen los talones —le decía un día cierto amigo. Que por cierto era de esa casta de amigos que tienen especial cuidado en hacerle notar a uno las mortificaciones, por si no se ha enterado de ellas. Y Elbo contestó:

—Déjalos. Eso es que están a mis pies y detrás de mí.

Y de los que sin querer advertir las bellezas de una obra de arte sólo se fijan en los defectos, cabría decir:

—Esos son como las moscas que se detienen en la basura.

Vuelto a Úbeda quedó perniquebrado por haberse caído de un caballo, y cuando regresó a Madrid, hacía que le condujesen en un carricoche a la tertulia de artistas y literatos del Parnasillo. El café del Príncipe, donde estaba últimamente la contaduría del Teatro Español, y la cual casa, que merecía por sus recurdos conservarse, ha sido ahora derribada, sin que sea verosímil que pueda resolver mucho para la mejora del edificio del Teatro Español.

Jenaro Pérez Villaamil (Ferrol, 3 de febrero de 1807, Madrid, 5 de julio de 1854), aunque su personalidad relevante es de paisajista, anima, sin embargo, sus cuadros con figuras, y llega a la composición de escenas madrileñas, por lo que tiene en esta relación su lugar aquel gran evocador de las bellezas de la España tradicional, y cuyo arte desdeñado en la época tan desorientada y tan lamentable del último tercio del siglo XIX, ha vuelto a estimarse en su justo y alto valor. Pintor de vistas de Madrid, de la Casa de Campo y de la Puerta del Sol, es autor de una peregrina y bellísima visión de la romería de San Isidro, litografiada por Bacollet y Bayot para la *España Artística y Monumental*, en la que el arco de la ermita aparece con unos fantásticos riscos que le dan un grandioso aspecto digno de Despeñaperros o de Pancorbo. Bien que apariencia análoga, aunque no tan medrosa, tiene el misino lugar en el anterior dibujo de idéntico asunto de Liger, grabado por Daudet.

Y al hablar de Villaamil es necesario recordar al inglés David Roberts, que le acompañó en sus viajes por España, y cuyos dibujos y pinturas de la visión romántica de nuestra nación, tanta analogía presentan con los de aquél.

Al encontrarnos con la figura de D. Antonio María Esquivel (Sevilla, 8 de marzo de 1806, Madrid, 5 de abril de 1857) y consignar el nombre del autor del cuadro de los poetas en el Liceo, que está en el Museo de Arte Moderno y el que existe en el Romántico «Lectura de una obra en el escenario del teatro del Príncipe», nos hallamos ante el caso, que veremos repetido, del costumbrista sevillano que debe ser también incluido entre los costumbristas madrileños. En esta sazón, haremos constar como, además del de Madrid, son el costumbrismo de Sevilla y el de Valencia los que tienen carácter más definido en la pintura moderna. De entre los sevillanos Joaquín Fernández Cruzado, Juan Rodríguez, el Panadero, Esquivel, Cabral Bejarano, Gutiérrez de la

Vega, Joaquín y Valeriano Domínguez, Bécquer, García Ramos y Jiménez Aranda, es preciso citar algunos como costumbristas madrileños. Algunos tan vinculados a Madrid por accidentes de su vida, como Fernández Cruzado, que fué uno de los defensores de la Puerta de Fuencarral en diciembre de 1808, y otros, como Valeriano Bécquer, que, aunque nacido en Sevilla, su labor es de costumbrista castellano y madrileño.

Los costumbristas valencianos, entre cuyos nombres se destacan los de Bernardo Ferrándiz, Joaquín Agrassot, Domingo Marqués, Ignacio Pinazo, Cecilio Plá y Joaquín Sorolla, concurren en Madrid a las exposiciones y pintan cuadros que pueden ser o que son efectivamente de costumbrismo madrileño. Pueden serlo los cuadros taurinos de Ferrándiz, y lo son los de Agrassot «Dama de tiempo de Carlos IV», «Maja tocando la guitarra», «Manola componiendo la chaquetilla de un torero y hablando con una vieja», «Antes de la corrida», «Prestidigitador de 1800» y «Un taller de modistas en el siglo XVIII». Ignacio Pinazo hizo, en más de una ocasión, ofrenda a Madrid de su paleta extraordinaria; Cecilio Pla ha dado toda la plenitud de su copiosa labor a temas madrileños, y Joaquín Sorolla, que pintó una «Defensa del Parque de Montealeón» y que hizo en el Pasaje de la Alhambra un dibujo de la capilla ardiente de Casto Plasencia, supo, como gran artista que era, apreciar el venero de emociones estéticas que Madrid ofrece al que es capaz de sentir las, y cuando recibió el encargo de Huntington para los grandes paneles representativos de regiones españolas eligió, como símbolo de Castilla la Nueva, un paisaje carpetano de las cercanías de Madrid. Otro gran valenciano, Muñoz Degraín, pinta en 1883 «Una merienda de majos».

Volviendo al orden de esta relación, hallamos a Rafael Tegeo, nacido, como ya se dijo en su lugar, tres años antes de comenzar el siglo XIX. Tegeo tuvo un éxito el año 1839 con su cuadro «Bandolero contemplando la cabeza de un compañero» que se reprodujo en el *Semanario Pintoresco* a más de toda plana, pues ocupa el espacio de una hoja que hubo de ser doblada para nivelarla con el formato del número. Sin embargo abandonó el costumbrismo. Fué director honorario de la Academia de San Fernando en 1842 y murió en Madrid el 3 de octubre de 1856.

Cronológicamente cabe aquí recordar al francés Pedro Julio Jollivet, nacido en París el 27 de junio de 1803, y autor de los cuadros: «Una corrida de toros en Madrid», «Un arriero» y «Una noche en Castilla».

Francisco de Paula Vanhalen, que nació en Vich a principios del siglo XIX y murió en Madrid el año 1887, dejó, como Villaamil, vivo testimonio de su amor a nuestro tesoro artístico nacional en *España pintoresca y artística*. Allí tiene deliciosas, aunque también algo arbitrarias, vistas y escenas de Madrid, y es autor de cuadros como «Viejo mendigo», «Maja de 1802» y «Torada en el Jarama».

Francisco Lameyer debe a D. Félix Boix, por su folleto publicado en 1919 reproduciendo el artículo publicado en *Raza española*, la rectificación necesaria para que se sepa que no se llamaba José, nombre con que le designa Ossorio y Bernard. Lameyer, singular artista, nació en el Puerto de Santa

María el 12 de noviembre de 1825 y murió el 3 de junio de 1877. Perteneció al Cuerpo Administrativo de la Armada, y en esas funciones fué a Italia en la expedición destinada a defender a Pío IX. Disfrutaba de fortuna personal y era tan amigo de viajar y tan escrupuloso artista que fué a Palestina por documentarse para un cuadro de asunto religioso que le había sido encargado. En Madrid vivía en la calle de Amaniel, 7, y tenía su estudio en la del Espíritu Santo.

Lameyer fué ilustrador de *El gran tacaño* en la hermosa edición de las obras de Quevedo, publicada por D. Basilio Sebastián Castellanos, con el concurso de los grabadores Vicente Castelló y Antonio Rotondo. Y aquí sea permitido un inciso para hacer mención de ese libro, cuyas ilustraciones llevan tantas firmas que interesan el presente trabajo. Consta la edición de cinco tomos, publicados el primero en 1840, el segundo en 1843, el tercero en 1843, el cuarto sin fecha y el último en 1845. Los tres primeros en la imprenta de Mellado, calle del Sordo, establecimiento en aquella época preferido para las publicaciones ilustradas. Y el postrero en la de González, calle de la Madera, 8, casa de variada historia, ya que fué la del protonotario de Aragón D. Jerónimo de Villanueva, por la que Felipe IV penetraba siguiendo un subterráneo hasta el convento de San Plácido. En el siglo XIX ha habido en ella, después de la imprenta ya dicha, un teatro que acabó a manos de la partida de la Porra, porque allí se representaba una obra titulada *Macarronini I*, ofensiva para el rey Amadeo, y el autor de la cual pudo salvarse gracias a sus piernas y a haber podido llegar a la plaza de los Mostenses para encontrar refugio en la redacción de *El Combate*, el periódico de Paul y Angulo. Después, en esa casa de la calle de la Madera, ha habido un templo evangélico, la redacción de *El País*, y actualmente existe, y por muchos años sea, la de *La Libertad*.

El tomo segundo, de la edición de Castellanos, contiene la vida del buscón Pablos y su portada es de Piquer. La primera ilustración que representa el protagonista son sus ilustres padres el barbero y Aldonza. Saturno de Rebollo, cuyas felices prendas no hay por qué repetir aquí, es obra de Rafael Tegeyo y la única que aparece de este artista en toda la obra. De Lameyer hay pocas, y esta firma no aparece hasta el capítulo VIII con la figura del maestro de esgrima en que hizo Quevedo la caricatura de Pacheco de Narváez. Los restantes ilustradores son Miranda, Eusebio Zarza, José Méndez, Miguel del Rey, Vicente Camarón, Urrabieta padre, Francisco Sáinz, Antonio Gómez, Múgica y Cebrián.

En *Las zahurdas de Plutón* aparecen ilustraciones de Alenza y de Elbo, y de Alenza y de Esquivel en *La visita de los chistes*.

Ha surgido el nombre de Urrabieta. Vicente, el padre, es a más del ilustrador de Quevedo, labor en que su hijo Daniel había de ser insuperable, autor de los dibujos para ilustrar la obra de Antonio Flores *Ayer, hoy y mañana*, edición de 1853, y de otros innumerables para novelas por entregas *La modista de Madrid*, *Luis Candelas*, *La hija del pueblo*, *El Dos de Mayo*, *La buena madre*, *Luisa o el ángel de redención* y tantas más. No haga-

mos una mueca de desdén ante ese género literario. Tiene su mérito. Ha hecho además leer a infinita gente. Ha elevado a las regiones de la fantasía a muchas inspiraciones sencillas y ha exaltado los sentimientos de bondad.

Dos hijos tuvo Vicente Urrabieta. Samuel y Daniel. Éste, nacido en Madrid el año 1851 y muerto en París el 12 de mayo de 1904, es un artista excepcional. Cuando de resultas de una hemiplegia quedó inútil su mano derecha, aprendió a dibujar con la izquierda, y realizó con ella los primores que son conocidos. Ilustrador inimitable de *El gran tacaño* y de *El Quijote*, no hay en su tiempo más feliz cronista gráfico. Las colecciones de *L'Illustration* y de *Le monde illustré*, en donde queda, por cierto, una magnífica composición del bautizo de la princesa Mercedes, primogénita de Alfonso XII, tienen hoy día un considerable valor en los años que conservan trabajos de tan singular artista.

D. Ibo de la Cortina, nacido en Villanueva de Sitges, el año 1805, es también ilustrador de novelas por entregas como Urrabieta, padre, y como otros dos artistas especializados en el género, Manuel Cubas y Eusebio Planas. Cortina presenta en la exposición de 1855 una «Romería de San Isidro», y el granadino Paulino de Linde, discípulo de Lucas, expone al público, de 1856 a 1862, otro lienzo con el mismo tema continuamente tentador y los titulados «La vieja del ventorrillo» y «Paseante en la Cuesta de la Vega».

Un gran costumbrista madrileño es D. Manuel Castellano, nacido en esta villa el 3 de febrero de 1828 y muerto el 3 de abril de 1880. Litografió en 1851 el dibujo de Alenza «La vendedora de pescado» y es autor de «La defensa del Parque de Monte León» y «La muerte del conde de Villamediana». Pero su obra que más nos interesa en esta ocasión es la que tiene en el Museo de Arte Moderno: «El patio de caballos de la vieja Plaza de Toros de Madrid». Allí están retratados Montes, Cúchares, el Chiclanero, el Chola, el Regatero y algún torero más al lado de magníficos caballeros de altas chisteras y terciadas capas. He aquí un precioso documento costumbrista que hace lamentar que Castellano no hiciera más cuadros de ese género en vez de pintar, por ejemplo, «El mentidero de San Felipe el Real». Este achaque es muy frecuente en los pintores de la segunda mitad del siglo XIX. Les preocupaba el cuadro de historia, cuanto más grande mejor, que solía ser peor, y desdeñaban la copia de lo que veían a diario.

Muchos de ellos, si a más de sus obras espeluznantes de crímenes históricos se dignaban hacer cuadritos de costumbres, se ponían a pintar escenas con majas y damas de la corte de Carlos IV, a las que no tuvieron el gusto de conocer personalmente y que ya estaban suficientemente reproducidas por los artistas de su tiempo. En cambio, desperdiciaban modelos y motivos que pasaban a diario ante ellos y que ahora nos interesaría contemplar. Mi gran inquina contra Eduardo Rosales es que, siendo tan formidable pintor, se ocupara de oficiar como notario pictórico para dar fe de la última voluntad de doña Isabel la Católica o nos haga asistir a escenas familiares de doña Blanca de Navarra o de Carlos V. El hombre que sabe pintar el retrato de la condesa de Santovenia y del violinista Fortuny, ¿qué inestimables joyas no nos hubiera

dejado sorprendiendo un momento del paseo del Prado en plena concurrencia, de un concierto en los Campos Eliseos, de una función en los Bufos, Arderius o de un baile en Capellanes?

Por eso a mí me interesa más de Rosales «La batalla de Wad-Ras» que todos sus otros lienzos históricos, como de Fortuny creo que es más apreciable «La batalla de los Castillejos» que «La Vicaria». Lo mismo puedo decir del madrileño D. Eduardo Cano, a quien los sevillanos tienen por suyo, pero que nació en esta Corte el 22 de marzo de 1823. El autor de «Entierro de don Alvaro de Luna» presentó en la exposición de la Academia de San Fernando el año 1851 un cuadro de costumbres del siglo XVIII y «Joven en oración con una vieja», pero nada tiene en él la vida y la expresión que su cuadrito que hay en el Museo Romántico «La vuelta de la guerra de Africa».

Valeriano Bécquer, hijo y sobrino, respectivamente, de los pintores don José y D. Joaquín y hermano del poeta Gustavo Adolfo, que también pintaba, nace en Sevilla el año 1834 y muere en Madrid el 23 de septiembre de 1870. En 1865. D. Antonio Alcalá Galiano, ministro de Fomento, que había de morir aquel mismo año como una víctima más de la noche de San Daniel, concedió a Bécquer una pensión de 1.500 pesetas, con la obligación de presentar cada año dos cuadros para el Museo Nacional. Esa pensión sirvió para el viaje al Monasterio de Veruela, donde Gustavo Adolfo escribía sus cartas *Desde mi celda* y para recorrer otros parajes en que el arte de Valeriano sorprendía pintorescas escenas populares. La revolución de 1868 corta la pensión, y en 1870, que había de ser el último año de su vida, los dos hermanos fundan la *Ilustración de Madrid*, editada por Gasset y Artime en los talleres de *El Imparcial*, en la plaza de Matute.

De enorme valor para la historia del costumbrismo pictórico madrileño es la breve colección de esa revista. Del lápiz del propio Valeriano son: «El Car naval en Madrid», «El arco de Monteleón», «El cementerio de la Moncloa» y «La romería de San Isidro». Allí está «El torero», de Casado del Alisal, el grande amigo de los Bécquer, quienes se reunían con él en su estudio de la plaza del Progreso, esquina a la calle de la Espada. Francisco Pradilla dibuja en *La Ilustración de Madrid* diversas escenas madrileñas: «La plaza de Oriente», «Manifestación de los republicanos de Madrid en demostración de simpatía hacia los de Francia», «El salón de conferencias del Congreso», «Alrededores del Palacio de las Cortes al ser votado para rey D. Amadeo de Saboya», «Atentado contra Prim», «Entierro del general Prim», «La calle de la Caza», «El mercado de San Miguel», «Romería de San Antonio de la Florida», «El primer tranvía», «La Casa de Cisneros», «La Casa de Socorro del segundo distrito» y «La Plaza Mayor en Navidad». José Luis Pellicer: «La jura de D. Amadeo», «El rey en San Gil», «La romería de la Cara de Dios», «La reunión de los socialistas en el café Internacional» que se hallaba en la fonda Peninsular, hoy café de Madrid, en el palacio de la Torrecilla. «Salón de Sesiones del Ayuntamiento», «Conferencias para obreros en San Isidro», «Exposición artístico-industrial en el Parque de Madrid». Alfredo Perea: «La horchatería» y «Los diputados de las constituyentes saliendo para Italia».

Aun se conserva en la calle que ahora se llama de Pedro Heredia y entonces de Valencia, en la barriada de la Peninsular, próxima a las Ventas, el hotelito donde murió Valeriano Bécquer y de donde salió Gustavo Adolfo para morir, dos meses después, en la casa número entonces 7 y ahora 21 de la calle de Claudio Coello. En el hotel de las Ventas hay ahora un hospital protestante, que debe de ser una religión muy saludable porque no hay nunca enfermos en él. Yo he visitado esa casa con doña Julia Bécquer, hija del pintor, y esta señora, que allí vivió de niña, asegura que se encuentra la finca como cuando su padre y su tío habitaban en ella. Aun se conservan allí unos rosales plantados por la mano que escribió las Rimas.

Francisco Ortego nació en Madrid el año 1833 y murió en París el 12 de octubre de 1881. También incurrió en pintar «La muerte de Cristóbal Colón» y «Costumbres de tiempo de Felipe IV», pero se redimió cumplidamente de estos pecados siendo el Gavarni madrileño. El Madrid pintoresco de los últimos años del reinado de Isabel II, de la Gloriosa, de D. Amadeo, de la República y de la Restauración tuvo su formidable retratador en este artista admirable. Los banqueros de patillas y cráneos de marfil, que entonces estaban de moda; los silbantes de rizado pelo, abierto cuello y pantalón de pata de elefante; los cesantes y perdularios que poblaban la Puerta del Sol; las suripantas las cursis, las viejas pensionistas, los gallegos aguadores, los asturianos recauderos, los lacayos vestidos como mariscales, chulas, flamencos y guripas, ¡qué galería interminable de tipos de su tiempo nos ha legado este costumbrista enorme!

Entramos ya en una época dolorosa para el buen gusto. Es la época que podríamos llamar del «peluche». El «peluche», que triunfaba en todo lo concerniente a la tapicería y mobiliario, servía también para forrar caballetes y marcos. Claro que en esta época hay de todo. Hay artistas buenos y artistas malos, y por lo que respecta a esta relación todos los que quepan en ella son citados, sin que yo me detenga a distinguir unos de otros, que, al fin, demasiado se distinguen ellos solos.

Mariano Fortuny, Reus, 11 de junio de 1838, Roma, 21 de noviembre de 1867, goza de un gran predicamento en su época. Casa en 1867 con Cecilia Madrazo, hija de D. Federico, y va a instalarse en la Ciudad Eterna, considerada como la Meca pictórica por los artistas de entonces. Hace costumbrismo. «La elección de modelo» y «La Vicaría», cuadro éste cuya contemplación sugirió a D. Ceferino Palencia su delicioso sainete *Comediantes y toreros*.

Eduardo Zamacois, bilbaíno, empareja con Fortuny, es el autor de «Un violinista», «Los limoneros», «Oficiales de guardia», «Cuidado que no te vean», «La primera espada» y «La educación de un príncipe». Su última obra es «Una maja», y muere en Madrid el 12 de enero de 1874.

El sevillano D. José Villegas, discípulo de D. Eduardo Cano, pinta entre otros cuadros «Un picador», «Un soldado», «Gitana y agua», «El maestro de capilla», «La barricada» y sobre todo «La muerte del torero». También siente la atracción de Roma, que le posee durante toda su vida, aunque ésta termina en Madrid. Nuestro gran pintor José López Mezquita vivía, hace tres o cuatro

años, en Avila en una casa que había sido habitada por D. José Villegas. Y el Sr. Villegas que, aunque parezca extraño en un artista, se aburría en la ciudad de Santa Teresa, pasábase los días en el jardín copiando unos árboles porque decía que le recordaban su jardín de Roma. El paisaje y los tipos abulenses, de tan extraordinaria emoción, y que han sido manantial copioso de arte para López Mezquita, no decían nada al espíritu del artificioso autor de «El triunfo de la dogaresa».

La escuela española en Roma y las pensiones para ella constituyen un absurdo que me ha irritado siempre. En primer lugar me parece insensato que nuestros artistas incipientes se precipiten a partir para Francia o para Italia, nunca su aspiración viática se extiende a otros países y desconozcan la cantera artística que tienen por explotar en su propia patria.

Así, durante cincuenta años han sufrido en España una inundación de «ciocciarás» las exposiciones nacionales y los salones particulares. Ahora se ha hecho en Madrid la Casa de Velázquez, y esto me parece más acertado. Y en cuanto a los pensionistas por el Estado español, creo que debieran serlo para ir adonde su instinto de arte y su sentido estético les llamara, fuese a la Alcarria, fuese a la Mandchuria.

José Nin y Tudó era un buen pintor, pero dado morbosamente a la necrofilia. Pintó «Los cadáveres de Daoiz y Velarde en la cripta de San Martín» y los de varios amigos en cuanto pasaban a mejor vida. A este propósito recuerdo lo que refería cierta vez Mariano de Cavia hablando de ese artista. Estuvo el castizo escritor en una ocasión gravísimamente enfermo, y le anunciaron la visita de Nin. Entonces Cavia, haciendo un esfuerzo para contestar, dijo: «No. Todavía no».

Tan ameno pintor hizo un lienzo titulado «Recuerdos del hospital»; otro, «Barricada de 1866», y otro, «Angel Urna en el patíbulo», codicioso de inmortalizar al coautor del crimen de las porteras de la calle de la Luna. Permitió, sin embargo, aquel costumbrista algunas concesiones a los fueros del vivir y pintó también naturaleza viva. «La despedida», «Los dos amigos», «A la puerta del templo», «La maja, la celestina y el petimetre», «Una chula», «La corte de Carlos IV en el Retiro», «Una jira en la Fuente de la Teja», «Paloma y gavilanes», «La cita», «La duquesa de Alba en la Florida» y «Un ensayo de *El Sí de las niñas*».

Enrique Mélida, Alfredo y Daniel Perea, Angel Lizcano, José Llovera, los Balacas, Antonio Pérez Rubio, Ricardo Villodas, Alejandro Ferrant, Emilio Sala y Domingo Muñoz forman la flor del costumbrismo madrileño en esta época. Mélida, madrileño, nacido el 6 de abril de 1838, casa con María Bonnat, hermana del retratista francés León, y muere en París el 28 de abril de 1892. Trasladado a Bayona es enterrado en el cementerio de San Esteban en el panteón de la familia de su mujer. Es el autor de «Despacho parroquial», «El esquilador», «La lección de toreo», «La antesala del príncipe de la Paz», «La misa de parida», «Ronda de la Inquisición», «Pórtico de San José en Madrid», «Pobres esperando la hora de la limosna», y su obra más conocida es «¡Se agüó la fiesta!», la merienda campestre interrumpida por la presencia

de un toro, cuadro reproducido infinitamente desde las planas de *La Lidia* hasta los abanicos pericones de las damas de aquel tiempo.

Angel Lizcano, nacido en Alcázar de San Juan el 24 de noviembre de 1846, es de una gran fecundidad y merece un lugar preeminente entre los costumbristas de su época. «El buñolero en la verbena de San Juan», «Disputa en un merendero», «El alguacil» y, en fin, una serie enorme de cuadros y de apuntes constituyen la labor de Lizcano, del que en el Museo de Arte Moderno hay uno de los mejores cuadros «La cogida del diestro». Tanto interés como las figuras de primer término ofrecen en él las del público que se agolpa ansioso de conocer la importancia del accidente. El Madrid de los Jardines del Buen Retiro, de las noches del Real con Elena Sanz y con Gayarre, las jiras aristocráticas en Algete y en la Flamenca y de las tertulias de «La Farmacia» en los altos de Fornos. Lizcano es luego el ilustrador de los *Episodios Nacionales*, de Galdós, de las *Memorias del general Córdoba* y de los sainetes de D. Ramón de la Cruz. En el trabajo de los *Episodios* le acompaña un madrileño, cuya fama principal fué como arquitecto y escultor, Arturo Mélida, y en el de los sainetes, José Llovera.

Llovera, natural de Reus, vino a Madrid el año 1867. Pinta, entre su abundante labor, «Los pollos», «Las cuatro sotas», «La puerta de Lhardy», «Merienda en el campo» y una prolongada serie de bailes de candil, zapateros de portal y, más que nada, majas. Esas inconfundibles majas de Llovera, un tanto absurdas, pero llenas de original carácter.

Eduardo y Ricardo Balaca, hijos del cartagenero José, nacen el primero en Madrid, 1840, y el segundo en Lisboa, 1844. Aquél, autor de «Vendedora de castañas» y otros cuadritos de género, no tiene la importancia que su hermano. Éste, de quien por cierto hay en el Archivo de la Villa de Madrid un buen retrato de la reina Mercedes, que tiene además especial valor por lo reducido de la iconografía de esa princesa, es autor de diferentes escenas de costumbres, como «El descanso», «El galanteo», «El guante» y «A la puerta del cuartel».

De los madrileños Alfredo y Daniel Perea también vale éste más que el primero. Alfredo, gran ilustrador de novelas por entregas, hace veintiocho litografías representando suertes de una corrida de toros, y los dibujos para *El Toreo* de D. José Sánchez de Neira. Daniel, sordomudo, se especializa en los asuntos taurinos y llena de sus interesantes composiciones la colección de *La Lidia*. Y al hacer una referencia a este periódico es conveniente citar los nombres de otros costumbristas que trabajaron para él, José Chaves, Juan Alaminos, Fernando Miranda y José Bordonava.

Antonio Pérez Rubio, nacido en Navalcarnero el 30 de noviembre de 1822, es un artista considerable, a quien una vida desordenada malogró una labor consistente, pues era todavía el tiempo que se creía que el artista debía de ser bohemio, confundiendo el espíritu independiente con la existencia en la penuria. Al fin, su triste vida tuvo un desenlace doloroso, pero trágicamente costumbrista. Murió el año 1888 en el Hospital de San Carlos, adonde fué conducido por haberle atropellado un rippert en la calle de Preciados.

Ricardo Villodas, madrileño, es autor de «El reparto de la sopa», «Los monos sabios», «Capilla en San Isidro el Real», «Una misa». Alejandro Ferrant, nacido en Madrid el año 1844, hizo, como costumbrista, tipos diversos. Emilio Sala, alcoyano, gran retratista, pintó género popular, y deben recordarse sus alegorías para la decoración de los techos del café de Fornos, ornamento cuya desaparición fué inexplicable, y si no se han perdido aquellas interesantes pinturas se debe a haberlas adquirido el conde de Maudes, don Pedro Villar. Con más acierto se han conservado decoraciones de menor importancia artística en otros cafés populares, como el Nacional y el de San Millán, en la calle de Toledo, y el del Pilar, en Puerta de Moros.

Domingo Muñoz, madrileño, es autor de «Estuvo en Luchana», «Mi casero», «En los llanos de Vicálvaro», «Toreros y chulas», «El Rastro», «Ramillera a la puerta de la iglesia». Manuel Domínguez, nacido también en Madrid, año 1842, hizo los inevitables cuadros de historia, pero también aplicó su brillante paleta a tipos y costumbres.

Y no era sólo a madrileños y artistas del resto de España a quienes interesaba los aspectos de la vida y de las tradiciones de Madrid, pues que hallamos al alemán Julio Lambla, natural de Leberkalt, quien pintó una «Romería de San Isidro» y otra de «La Virgen del Puerto».

Nos representa Fernando Miranda, en 1871, las «Mañanas de mayo en el Retiro» y un «Concierto en los Jardines». Ruidavets da, en 1885, una interpretación de la «Romería de San Isidro». Juan Comba y Manuel Pícolo llenan de escenas de costumbres las colecciones de *La Ilustración Española y Americana*, Comba ilustra el libro de Ricardo Sepúlveda *El Corral de la Pachecha* y Pícolo pinta «El alcalde de Móstoles», «Baile de máscaras» y «Maja tocando la guitarra». En 1895, un gran pintor, Marceliano Santa María, hace una composición madrileña «En la pradera del Canal».

Esteban, Alcázar, Maximino Peña, Manuel Angel, Muñoz Lucena, Méndez Bringa, Huertas, Blanco Coris, Cilla, «Mecachis», Rojas, Grós, Angel Pons hacen el costumbrismo del Madrid, que toca ya al novecentismo. Francisco Sancha y el apático portugués Leal de Cámara alcanzan todavía a pintar los aguaduchos del Prado y otros localismos que con diferente visión fueron tema para sus cronológicamente inmediatos predecesores. En la pintura triunfan con el novecentismo dos discípulos de Cecilio Pla. José López Mezquita sienta plaza de capitán general, obteniendo a los diez y ocho años primera medalla por su lienzo «Los fueros». Y su amor al costumbrismo madrileño ha acrecentado con los años y con su maestría, pues en su actual excursión a norteamérica ha llevado unas «Chulas ante la Cibeles», «Muchachas en un merendero», y «Un banco del Prado junto a la fuente de las Cuatro Estaciones», que son de lo más bello y mejor logrado que en pintura de costumbres se ha conseguido desde hace muchos años.

El otro discípulo de Pla fué un excelente artista malogrado. Francisco Posada, nacido en Madrid, 1887, y muerto en Oviedo, 1813. En la Exposición nacional de 1906 obtuvo su cuadro «La boda» una tercera medalla, distinción que entonces tenía más valor que ahora, no sólo por razones que no es nece-

sario hacer resaltar en este momento, sino también porque existían las menciones honoríficas que dejaban aquel premio en un grado más alto.

Sigue el gusto por la pintura de costumbrismo madrileño. José Bermejo tiene en el Museo de Arte Moderno un cuadro, «El desquite», premiado con segunda medalla. Luis Huidobro tiene otra segunda: «Mi madrina». Huidobro, vigoroso colorista, y más que nada admirable dibujante, vive en el cordón de un típico barrio madrileño y ha llevado también al lienzo episodios de la vida en la Ribera de Curtidores y ante la fuente de Cascorro. Fernando Alberti, autor de «El tío vivo», ha visto también recompensada su labor.

José Pinazo, el gran pintor, hijo de Ignacio, ha dedicado a veces su talento al costumbrismo madrileño, y el malogrado Inocencio Medina Vera ha dejado en la colección de la revista *Alegría* y en las páginas de *Blanco y Negro* muestras de su personal visión del madrileñismo pictórico.

La obligada limitación de este trabajo me impide dar en él todo el espacio que requieren a otros artistas contemporáneos. Por ejemplo, a José Gutiérrez Solana y a Ricardo Baroja. Gutiérrez Solana, que se impuso en las exposiciones oficiales yendo desde la sala del crimen hasta la primera medalla, ofrece una múltiple labor de sus observaciones del Madrid callejero que con igual desenfado y originalidad ha pintado también literariamente. Las máscaras destrozadas, las esquinas burdelescas, la vida pícara, viciosa y miserable, los tipos teratológicos o señalados por la fatalidad, todo lo más terriblemente pintoresco del Madrid actual y de sus arrabales quedará en el arte fijado por la recia personalidad de este artista.

Ricardo Baroja, justo ilustrador de las novelas madrileñas de su hermano Pío, ha sabido llevar al aguafuerte, a la que frecuentemente no ve más que el paisaje, las tristes escenas de los suburbios.

En otro orden, Fernando Fresno, Manuel Tovar y «Xaudaró», hacen costumbrismo con sus caricaturas. Y no se puede dejar sin un recuerdo el nombre de Exoristo Salmerón (Tito), prematuramente arrebatado por la muerte.

Recientemente, en la segunda quincena del pasado mes de mayo, otros artistas, asimismo en la plenitud de la labor y de la fama, organizaron en el Salón de la Unión de dibujantes Españoles una Exposición de Estampas de Madrid, en la que figuraban de «Augusto», Roberto Martínez Baldrich, Antonio Barbero, Salvador Bartolozzi, «Bon», «Echea», «K-Hito», López Rubio, Penagos, Máximo Ramos, Roberto Sancha, «Zas» y «Sirio». Sólo a vivir desde hace algún tiempo fuera de Madrid, su villa natal, puede atribuirse el que faltara allí otro nombre que se echa de menos. El de Pedro Antequera. Azpiri, pintor de escenas populares donosamente contempladas a vista de pájaro.

Ricardo Marín, Roberto Domingo, José Machado y Antonio Casero (hijo) destacan su arte recogiendo asuntos taurinos, temas populares y apuntes de escenas que tienen por fondo tradicionales rincones de la Villa. Y en los grandes lienzos vimos cómo en la última Exposición de Bellas Artes ha sido el costumbrismo madrileño premiado con una primera y con una segunda medalla. La de José Bermejo y la de Lorenzo Aguirre.

Como el alma de Madrid es inmortal y eternamente renovada, siempre hay y habrá motivo para la inspiración de los costumbristas literarios o pictóricos. Lo único que cabe es afirmar que no es, en último caso, indispensable hacer costumbrismo, pero de hacerlo, ha de aplicarse a ello, como a toda manifestación del arte, la máxima fundamental de la Crotalogia o arte de tocar las castañuelas.

PEDRO DE RÉPIDE.

LA VIDA MADRILEÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV⁽¹⁾

V

LAS FIESTAS DE SEMANA SANTA Y DEL CORPUS

En el cuadro de las fiestas religiosas que presenciaba la Villa de Madrid a mediados del siglo XVII, cuyo examen inicié en el artículo anterior, tenían inusitado brillo las de Semana Santa y las del Corpus.

1.—Las procesiones de la Pasión

Las procesiones de Semana Santa celebrábanse con esplendor extraordinario. Suspendíase toda circulación de vehículos durante el jueves y el viernes; enmudecían las campanas; los devotos, callados, serios y sin armas, circulaban por las calles entrando y saliendo de las iglesias. Las gentes piadosas evitaban hablarse. Reinaba un silencio solemne, que daba peculiárisimo carácter a la Corte de los Austrias. Los templos estaban abiertos toda la noche, y aun era uso que los hombres visitaran las estaciones en las horas nocturnas, desde las diez de la noche a las dos o las tres de la madrugada.

Comenzaban las procesiones el Domingo de Ramos, y proseguían el miércoles. La del viernes y la del Corpus eran, como hoy, las más lucidas y memorables de las ordinarias que celebraba la Villa. Salían ambas de la iglesia de Santa María, recorriendo las calles Mayor, de Platerías y Puerta de Guadalupe; seguían por las de Toledo, Latoneros, Puerta Cerrada y Sacramento, para regresar al punto de partida.

En el Viernes Santo de 1647, se derrumbó por la mañana una torre junto a la fuente de Puerta Cerrada, y esto obligó a cambiar el itinerario, que fué en adelante por la Plaza Mayor, portales de Provincia y bajada de Santa Cruz, volviendo por la calle Mayor (2).

A la procesión del viernes concurrían todas las parroquias y Ordenes religiosas, el rey, cardenales y embajadores, magnates, cortesanos y demás personas de calidad; todos, cirio en mano, y acompañándoles sus criados con

(1) Los artículos anteriores de la serie se insertaron en los números de esta REVISTA, correspondientes a octubre de 1924, julio y octubre de 1925 y abril y julio de 1926.

(2) Amador de los Ríos, *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, tomo III, pág. 378.

antorchas. Desfilaban, como hoy, mediocres grupos escultóricos, representativos de la *pasión y muerte*, estandartes y cruces enlutados con gasas negras, y cerraba la marcha un destacamento militar con las armas hacia el suelo. Tambores y trompetas hacían oír sus más tristes sonos (1). «En tal día—escribe Mme. d'Aulnoy—, vístense más las damas que en el día de sus bodas; asómanse a los balcones, adornados con ricos tapices y colgaduras, y apiñanse a veces más de cien en una sola casa. La procesión sale a las cuatro, y a las ocho no ha terminado aun» (2).

Durante la semana de pasión había especies de *fallas* valencianas, pues en todos los barrios se colgaban figuras de Judas, a las que el Sábado Santo se quemaban con terribles execraciones, coincidiendo con los regocijos por la resurrección del Hijo de Dios (3).

II.—La Pasión divina y las pasiones humanas

Los días santos, lejos de servir para morigeración y recogimiento a sociedad tan piadosa, daban pábulo a las más profanas expansiones.

A reseñar menudamente—para satirizarlos y fustigarlos con largos sermones—los pecados innumerables de vanidad, gula, avaricia, lujuria, falsedad, ira y violencia, cometidos al amparo de la Semana Santa por los más extremados devotos, dedicó Francisco de Santos, en la segunda mitad del siglo xvii, su curioso libro *Las tarascas de Madrid*. *Tarascas* llama el celebrado costumbrista a los penitentes hipócritas, a los devotos farisaicos o calculadores, que hacen de esos días sacros oportunidad para sus excesos, granjería para su bolsillo, ocasión para exhibiciones, galanteos o placeres; en suma, a los extremosos en el ritual y ayunos de unción y temor de Dios.

Para visitar los templos y presenciar las procesiones, engalanábanse las mujeres envolviéndose en los llamados *mantos de gloria*, cendales tan finos y transparentes, que, más que velar sus atractivos, eran para los espectadores una tentación de verlas descubiertas.

El Domingo de Ramos, los galanes obsequiaban a sus damas, a la entrada de las iglesias, con palmas sin bendecir, lo cual originaba reyertas frecuentes cuando eran varios caballeros los que pretendían hacer a la misma persona idéntico agasajo, y cuando eran confundidas unas con otras las mujeres, a causa del velo que las cubría.

Después de los Oficios llevaban los amadores las palmas, ya bendecidas, a la casa de sus adorados tormentos, atándolas a su reja o balcón por medio de cintas expresivas del estado de sus amores: rojas, si eran correspondidos; negras, si sufrían desdenes, y verdes, si acariciaban esperanzas. Las doncellas

(1) Mme. d'Aulnoy, *Relación de su viaje*, edición castellana, pág. 121.

(2) Idem id.

(3) *Lettres écrites de Madrid en 1666 et 1667 par Muret, attaché à l'ambassade de Georges d'Aubusson, archeveque d'Embrum*. Publicadas por Morel Fatio.

que estaban sin novio adornaban las palmas de sus balcones con una cinta blanca, que era como un *se alquila* puesto en su corazón. Y los amigos de noviazgos no dejaban de recorrer las calles ese día en busca de las necesitadas de amor, las cuales, por excepción, podían en tal festividad asomarse descubiertas a sus balcones.

El Miércoles Santo, las lonjas de las iglesias eran el punto de paseo y exhibición para la juventud de ambos sexos, y las muchachas llevaban ese día ruidosas matracas de madera, adornadas con metales, que variaban desde la hojadelata hasta el oro, según el rumbo y los posibles de los galanes, en quienes era de rigor hacer tal obsequio en aquella festividad. Estas matracas contenían grabados alusivos, a la vez, a la Pasión de Jesús y a la pasión humana de los galanes, lo cual daba ocasión a lucir el ingenio de los tallistas. Dentro de la iglesia, hacíanse animadas tertulias.

El jueves, las puertas y alrededores de los templos estaban invadidos por tenderetes portátiles, donde se vendía pan, vino, refrescos, confituras, pasteles, rosquillas, buñuelos y otros comestibles; algo así como acontece ahora junto a la ermita de San Isidro durante su romería. Los fieles comían sin respeto alguno dentro de los santuarios, y en las tribunas y sacristías aderezábanse suntuosos banquetes con el nombre de *colaciones*, a los que asistían los devotos que iban a velar al Santísimo.

Durante toda la casa de Austria, fueron característicos los desórdenes en las iglesias, coincidiendo con la Pasión de Cristo, lo cual producía el mayor asombro a los extranjeros que nos visitaban. Y aunque Felipe II suprimió algunos de estos desmanes, aún seguía el abuso en el reinado de su nieto, singularmente en los días de Jueves, Viernes y Sábado Santos (1).

El estar abiertas las iglesias y encendidos los monumentos durante toda la noche del jueves, y la costumbre de que en ella velasen las damas al Santísimo, arrebozadas en sus mantos y con hachas encendidas, daba lugar a aventuras y excesos de todo linaje (2).

«Algunas damas—escribe Mme. D'Aulnoy—con pretexto de la devoción, no dejan en tales días de ir a ciertas iglesias, donde saben desde el año anterior que sus amantes irán, deseosos de contemplarlas, y, aunque vayan seguidas de multitud de dueñas, como son grandes las apreturas, el amor les ofrece ayuda para librarse de los Argos que las vigilan, y escurriéndose, revueltas en el gentío, van a una casa vecina que reconocen por cualquier señal, expresamente alquilada para servir a los amantes en aquel momento. Luego vuelven a la iglesia, donde las dueñas no dejaron de buscarlas, riñenlas por

(1) El Jueves Santo, 21 de mayo de 1611, hallábase Quevedo en la iglesia de San Martín asistiendo a las tinieblas, cuando vio a un hombre abofetear airado el rostro de una dama de decoroso porte. Indignado el poeta por tan bárbaro atropello, desafió al insolente y batióse con él a las puertas del atrio, dejándole tan mal herido que murió a las pocas horas. Era el muerto de poderosa familia, que se disponía a tomar venganza, por lo cual Quevedo, cediendo al consejo de sus amigos, abandonó España, trasladándose a Nápoles, donde se hallaba como virrey el gran duque de Osuna, su protector y gran amigo. Sólo duró un año la expatriación.

(2) Fernández de los Ríos, *Guía de Madrid*, págs. 663, 664, 749 y 750.

su poquísimo cuidado, y se hacen acompañar de cerca para mentir con más disimulo. Así, los maridos que guardaron durante doce meses a su cara esposa, la pierden con frecuencia el día en que debió ella serles más fiel (1).»

«Todas las mujeres—escribe Mme. de Villars en sus *Memorias*—se adornan y corren de iglesia en iglesia la noche entera, porque hay muchas que en todo el año hablan a sus amantes más que estos tres días.»

Aunque haya que descartar algún extremo en la generalización, por parte de las viajeras francesas mencionadas, el abuso debió de hallarse bastante extendido.

Testimonios muy castizamente españoles lo corroboran. Francisco de Santos dedica un capítulo entero de su citada obra a señalar los excesos del Jueves de Pasión, mostrándonos con cuánta frecuencia se perdían doncellas en los templos para ser halladas en sitios de menos santidad. Ya era la dueña leal a sus señores, «que, turbada y triste, preguntaba a otras conocidas si habían visto a doña Fulana, que se le había perdido a la entrada de una iglesia»; ya «una mujer ansiosa» que «sentía el haber perdido de su compañía a una hija»; ya la vieja embaucadora «en reputación de buena cristiana», agasajada y prevenida para esta ocasión por el seductor audaz, la cual, con la añagaza de rosarios y devociones, lograba que los padres de una joven le permitieran sacar a ésta de su casa, llevándola a la casa del galán, o al cuarto del amigo de éste, que le había entregado su llave muy solícito para remediar su necesidad; ya eran las sirvientas, que, dando esquinazo a la dueña guardiana, aprovechaban en compañía dulce las dos horas de licencia que, en atención a lo sagrado del día, les concedió su señora; ya era la adolescente inexperta, que deploraba el abuso y engaño de que había sido objeto, increpando a la celestina que causó su perdición. «Iba llorando y diciendo: ¿Es posible, señora, que a esto me haya sacado V. m. de mi casa?... ¿Qué tengo de hacer, triste de mí? ¿Con qué cara volveré a la vista de mis padres? Consolábala la tal señora diciendo: calla, niña, por tu vida, que D. Fulano merece mucho, y pues te ha dado palabra de casamiento delante de mí, ¿qué más quieres? Y pues en tu casa no sabrán nada, ¿qué pena te da? Estas son cosas que el amor las permite... ya no tiene remedio; pésame que anduvieses tan rigurosa en dar ocasión a la fuerza que te hizo; pero ya fué, vamos a casa...»

«Media docena de lindos venían con mucho regocijo alabando la dicha que el uno de ellos había tenido en un galanteo dentro de una iglesia», donde una «mujer principal» se concertó con él, indicándole casa, calle y ocasión para recibirle a solas. «Más dicha (respondió otro) habéis tenido que yo, que, después de haber estado hablando dos horas en aquel confesionario con aquella dama, y, a ruegos y promesas amorosas, haberla hecho descubrir la cara, que igual belleza no vi jamás, y haberme dicho que era casada y tenía el marido viejo, llegó un criado y la llamó...»

No siempre los maridos viejos tenían igual suerte, como lo acredita este

(1) Obra cit., págs. 119 y 120.

párrafo del mismo libro: «Guiando mis pasos por una calle arriba, vi que de una casa grande salían una mujer y un hombre, y detrás de ellos otro hombre venerable y de edad, diciendo en voz alta: ¡Mucha desvergüenza y poco temor a Dios es el tuyo, pues sin respetar un tiempo como este se atreven a la ofensa vil que cometían; y me holgara harto de hallarme como en algún tiempo, pues con más bríos me acompañaba una espada!... —¿Qué le han dicho al chocho? (respondió la libertada mujer). Hanle dicho mal, que pues su edad le jubiló los bríos de la holgura carnal, deje holgarse a los mozos y no haga espantos como si hubiera visto al diablo (1).»

El Viernes Santo, con motivo de ver los pasos de Jesús y recorrer las Cruces, iban los hombres *de ojeo*, requebrando y convidando a las tapadas, y aun urdiendo citas (2).

Los excesos tradicionales en las iglesias durante las fiestas religiosas más solemnes, exigían un servicio especial de vigilancia a los *Alcaldes de Casa y Corte* con sus respectivas rondas; pues las instrucciones superiores les recomendaban que «velen se esté en los templos con la veneración, decencia y respeto que es debido, sin que se permita hablar hombres con mujeres, ni se haga acción de descompostura (3).»

En las noches de Navidad, Reyes, Jueves y Viernes Santos, San Juan, San Pedro y otras señaladas, todos o casi todos los alcaldes de Casa y Corte rondaban en Madrid, al frente de sus respectivas cuadrillas, en vez de hacerlo uno o dos solamente, como era lo habitual.

III.—La vigilia y el ayuno

Entonces, aunque hubiese devotos sinceros que practicaran con rigor la vigilia y el ayuno, abundaban, como ahora, los que, so pretexto de la abstinencia de la carne, hacían de los días de Semana Santa un regalo del paladar.

Aparte vemos las merendonas que los penitentes de alquiler rociaban con vino de lo añejo, apenas soltaban la antorcha o la cruz con que habían acompañado a las procesiones.

Pero no eran ellos solos. Había quien comía, según Santos, «un poco de abadejo, malo sobre ser poco, con un poco de vinagre aderezado, un potaje de lentejas, que danzaban en el agua por ser pocas, pan de lo más barato que hallaban y a la noche una ensalada» (4). Pero éstos eran los pobres. Lo contrario ocurría a «los poderosos, que, como en todo el año no ayunan, ni saben

(1) Santos, *Las tarascas de Madrid*, capítulo «Abusos del quinto día, jueves. Pintura de los pecados que se cometen en tal día y quién los causa».

(2) Obra cit., capítulo «Abusos del sexto día, viernes».

(3) Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes, correspondiente a 1647. En los de 1655 y 1657 se reitera el mandato, lo cual parece probar que no era grande su eficacia. V. Varón Vallejo, *Rondas de los Alcaldes de Casa y Corte*.

(4) *Las tarascas de Madrid*, cap. «Abusos del sexto día, viernes».

que hay día en que se come pescado, y este día lo intentan comer por ser Viernes Santo, se determinan a buscar muchos regalos: para poder pasar este día, visitan la plaza, buscando pescados frescos para su plato, huevos, leche, frutas frescas, espárragos y todo lo más regalado para poder pasar un día del año» (1). De los pescados más selectos que allí les ofrecían, eran las anguilas. Por una pieza de buen tamaño hacíanles pagar 20 reales (2), precio elevadísimo para aquella época. Así, «los regalones de la Corte» gozaban de una mesa como de día de boda (3).

La Plaza Mayor era en aquellos días, igual que hoy en Navidad, centro de apetitosos comestibles que iban a buscar los ayunadores tibios. Y no sólo abastecían allí su mesa, sino que compraban en las mesas de los vendedores ambulantes uvas, cañamones, tostones, piñones, castañas y otras fruslerías, comisqueándolas allí mismo e invitando con ellas a las mozas de rompe y rasga, no sin escándalo de los timoratos, que se santiguaban al ver tal infracción del ayuno ritual (4).

El «Sábado Santo, por ser víspera de Pascua, intenta de ayunar el que no lo ha hecho en toda la cuaresma... Despierta a las seis de la mañana y empieza con mucha prisa a llamar a la criada para que encienda la lumbre y le haga el chocolate... Sácale una taza de cosa de un cuartillo, y el ayunador echa dentro un bizcocho de buen tamaño... Vístese con mucho espacio, imaginando qué habrá en la plaza para comer aquel día y para el Domingo de Pascua, que le espera por instantes, porque dos días de pescado se le hacen un siglo de penas (5)».

Sólo a dos días, al viernes y al sábado, se limitaba entonces la prohibición de la carne.

IV.—*Los alumbrantes*

Muchos fieles realizaban devociones especiales y públicas en los días de la Pasión de Cristo.

De las más usadas y menos penosas era la de los *alumbrantes* o *penitentes de luz*, que acompañaban a las procesiones desde el miércoles al viernes.

Francisco de Santos describe minuciosamente sus prácticas. Entre ellos abundaban los alquilones, jornaleros gandules y vagos de oficio, reclutados por un devoto que les pagaba y daba de comer y beber, costeando los gastos que tales exhibiciones requerían en cera y en vestidos, aunque estos últimos

(1) *Las tarascas de Madrid*, cap. «Abusos del sexto día, viernes».

(2) Idem, id.

(3) Idem, id.

(4) Idem, id.

(5) Obra cit., cap. «Abusos del séptimo día, Sábado Santo».

solían alquilarse en esos días por los prenderos, como hoy los capuchones de Carnaval.

El pagano, que se pavoneaba con el nombre de *mayordomo*, organizaba a sus hombres en cuadrillas, las cuales salían de su casa para incorporarse a la procesión.

Días antes del miércoles, en que habían de actuar, comenzaba la recluta de aquellos comparsas. Así, el *mal trabaja* que describe Santos, «sale de casa guiando sus pasos a la Plaza Mayor, y en el camino encuentra con otro amigo tal como él, y sin darse los buenos días, dice uno: ¿Qué hay, hombre, dónde vas? Respóndele: Voy a casa del maestro a trabajar. Vuelve el primero y dice: ¿Hoy lunes y tan de mañana? Ven conmigo, que voy en casa de nuestro amigo Fulano, para que todos juntos nos lleguemos a la casa de un mayordomo que saca 24 hombres de luz el Miércoles Santo, y da túnicas nuevas, y hachas, y de merendar. Vamos (responde el amigo), que en verdad que yo de muy mala gana iba a trabajar. Parten juntos más contentos que un pobre que hereda». Llegan «en casa del mayordomo. Preguntan por él; responde la mujer con rostro desabrido, porque conoce que van a gastar por muchos caminos: óyelos el mayordomo y sale a recibirlos con agasajo, y para que lo conozcan (porque conoce la gente que es) envía por vino para que se desayunen, porque repara que los ha menester... Llego el vino, sacan el pan y embisten al consumo»... En seguida empiezan a exigirle que sean de buen ver las vestiduras que han de llevar en la procesión, comenzando por las túnicas. «Mire v. m. (dice otro) que han de ser nuevas y muy al uso, porque, si no tienen una vara de cola que arrastre y muy ajustadas al cuerpo, no es cosa para la gente que es. Otro dice: también es menester que los capirotos sean de a dos varas y cuarta de alto, y los cartones dobles, porque si llueve no se pasen con la brevedad que sencillos. El primero vuelve a preguntar si las hachas son de a cuatro pábilos. Responde el paciente mayordomo que sí; a lo que dice uno: Pues para que v. m. saque su cuadrilla muy lucida, es menester que nos dé guantes, colonias (1), y ceñidores... Parten con esto contentos, aderezando sus pasos al portal de los roperos de viejo, donde en estos días desembarca la flota de dinero, que con una túnica que costó cien reales sacan en los tres días la cantidad que costó, y se quedan con ella para otro año, que con una poca de tinta cocida con agua de cola, la vuelven nueva». El mayordomo paga las túnicas «a cuatro ducados cada una», y deja de señal «un doblón de a ocho». Compran después los capirotos, colonias y guantes en la calle Mayor. «Parten muy contentos con guantes nuevos, las manos vestidas muy a la vista para que se vean los guantes; que como es gente que en toda la vida se los pone, sino en estas ocasiones, tan embarazados van, que no les cabe aquel trasto debajo de la capa». En el camino de las compras hacían estaciones en las tabernas próximas, en donde a expensas del propio mayordomo, «saca cada uno un cuartillo en el buche»; y durante toda la sema-

(1) Recuérdese que las *colonias* eran cintas de color para sujetar el cabello.

na, fuera de la procesión, reuníanse los colegas de cuadrilla en alegres franchelas, desatendiendo sus casas, y gastando en vino y mujeres fáciles lo que habían sacado al caballo blanco, por cuya cuenta se exhibían (1).

Pero no todos los penitentes de luz eran de alquiler. Algunos, quizá los menos, iban a sus expensas por verdadera contrición. Otros concurrían por deporte, para lucir lujosos atavíos, y en muchos casos quienes prometían alumbrar hacíanlo «sólo por dar escándalo y tragar mucho, haciendo mal» por donde iban (2). Había penitentes de éstos necesitados, que se empeñaban y perturbaban su casa para mostrarse en tan señalada ocasión con los arreos exigidos por la vanidad habitual. «Salta uno de la cama... y a medio vestir va en casa de un amigo suyo, a que le preste unos calzones de terciopelo y unas medias blancas de pelo..., parte luego a la casa del zapatero, a que le calcen unos zapatos que ha mandado hacer..., y en prenda de doce reales que le cuestan deja un jubón de estrameña de su mujer» (3). Esta, satisfecha de ver a su consorte tan galán, «pónele un lazo en un hombro, y en el pescuezo pónele un pañuelo arrollado y atado con otra colonia; átales atrás la regalada melena, y luego le pone los guantes, ahuecando las mangas abiertas de la túnica para que se vean las contramangas que le han prestado... Plantándose el capirote después de haberse ceñido la cintura con un ceñidor de seda, que le prestó un licenciado, empuña la hacha y sale de casa» (4). Va a la del mayordomo que organizaba la comitiva, y allí es grande la batahola, pues unos no hallan sus prendas de vestir, otros beben y varios disputan.

Los mayordomos o *cetberos* guiaban cada comparsa, formada por variable número de individuos, que solía oscilar entre 8 y 40, y, para distinguir a cada una, se le daba algún nombre pintoresco, tal como *anis*, *perejil*, *piñones*, *tomates*, *berenjenas*, o el de otras fruslerías comestibles. Poníase en marcha la cuadrilla, «caminando en busca del estandarte o pendón, sin perdonar en el camino los que le ofrecen con licor. Suben una callejuela arriba, y como es tanta la bulla y alboroto que llevan, y el ruido de las encoladas túnicas cruje tanto, salen los perros a mostrar sus voces; y enfadado un penitente, vuelve el hacha y da a un perro un porrazo; con que el animal vuelve quejoso y él se queda con el hacha hecha pedazos, y de aquel modo la lleva haciendo donaire...» (5). Otras veces son los chiquillos callejeros los que persiguen al encapuchado con este ritual estribillo: «*Penitente, dacu el diente, daca la vara del teniente*», a cuyas voces ladraban los perros y se arremolinaba el vecindario. «Incorpóranse en la procesión, que se va componiendo de alumbrantes tarascas, y por el camino va uno empleándose en dar con el capirote a cuantos pobres ve, hasta que, al dar a uno, se le ase y quita de la cabeza, con que descubre una cara de tarasca vinosa... Otro va pidiendo alfileres a

(1) Santos, *Las tarascas de Madrid*, cap. «Abusos del segundo día. lunes».

(2) Obra cit., pág. 62 y sigs. «Pintura de la procesión y tarascas que la acompañan».

(3) Obra cit., págs. 63 y 64.

(4) Obra cit., págs. 64 y 65.

(5) Obra cit., pág. 66.

cuantas mujeres ve, y clavándolos en el hacha. Otro va pellizcando y tirando de los lazos a todas. Otro lleva el hacha llena de romero y va dando matas a las mujeres. Otro va goteando cera encima de todas las que están sentadas. Otro va diciendo dichos agudos» (1).

La circulación de coches sólo se interrumpía en la Semana de Pasión el jueves por la tarde y el viernes por la mañana, cosa que Santos halla extraña y censurable en la corte más católica del mundo. De aquí resultaba que aquellos vehículos chocaban con las procesiones, siendo harto frecuente que los alumbrantes se enredasen en pendencias ruidosas con los cocheros, por si los coches pasaban o no por en medio de las comitivas religiosas. Y volaban por el aire las hachas, esgrimidas como argumentos contundentes, y los ocupantes del carruaje, en defensa del cochero, descendían espada en mano, promoviendo sustos y carreras.

Apenas pasaba la procesión de Palacio, al llegar a la llamada *casa del tesoro*, los alumbrantes desamparaban los pasos a que habían dado escolta, y, llamándose unos a otros por los raros nombres de sus cuadrillas, se iban en grupo a la casa de donde habían salido; pues «sólo han venido a alumbrar por la golosina que los aguardaba en casa del mayordomo..., donde los esperaban una ensalada de huevos, el salmón en empanadas y cocido, el congrio fresco, las colas de escabeche y otros trastos, acompañados de mucho vino» (2). Santos supone que un forastero se escandaliza de tales excesos, diciéndole: «Pues hoy, ¿cómo van a merendar, siendo día de ayuno?» A lo que él responde: «Para estos brutos o tarascas, que se crían entre los buenos de este lugar (como el zángano entre las abejas), no es día de ayuno ninguno del año» (3).

No era raro que en tales comilonas desapareciesen de la mesa, ya un vaso de plata, ya las servilletas, ya el cuchillo, con lo cual la señora de la casa ponía el grito en el cielo, y el anfitrión juraba para su santiguada no volver a ser mayordomo en su vida (4).

Como se ve, la penitencia cotidiana de los alumbrantes distaba de ser un modelo de piedad. Bien que lo propio podía decirse de los demás que menudeaban en la Semana de Pasión, aunque, naturalmente, hubiera excepciones y devotos verdaderamente contritos.

V.—*Las penitencias corporales*

Una de las devociones que más caracterizaban la Semana Santa española, era la de los penitentes, que, desde el Domingo de Ramos al de Pascua, deambulaban por las calles, pasmando a los transeúntes con las más exageradas prácticas voluntarias de austeridad y sufrimiento.

(1) Obra cit., pág. 68.

(2) Obra cit., págs. 72 y 73.

(3) Obra cit., pág. 73.

(4) Obra cit., pág. 78.

Quiénes caminaban encorvados bajo el peso de grandes cruces, para imitar el drama del Calvario; quiénes arrastraban pesadísimas cadenas sujetas a la cintura, o ceñían la cabeza con coronas de espinas. «Hay penitentes—escribe Mme. d'Aulnoy, a quien debemos uno de los más minuciosos relatos de tal costumbre—que inspiran verdadera compasión: la túnica sólo les cubre la cintura, y llevan arrollada en el desnudo cuerpo y en los brazos una cuerda de esparto, cuyas vueltas oprimen de tal modo la carne, que toda la piel se pone amoratada y sanguinolenta. En la espalda llevan siete espadas metidas cuerpo adentro, produciéndoles nuevas y más dolorosas heridas a cada paso que dan; y como además llevan los pies desnudos y las piedras de la calle son puntiagudas, cáense con frecuencia los infelices» (1). Otros se frotaban con esponjas llenas de alfileres.

La más terrible de estas penitencias fué acaso la que se efectuó en la procesión del Viernes Santo el año 1623, para maravillar al príncipe de Gales, que estaba entonces en Madrid. El rey ordenó a los prelados de las Ordenes descalzas que éstas hiciesen en aquella solemnidad las públicas penitencias sugeridas por su celo. Salvo los carmelitas, que se excusaron, las Ordenes rivalizaron en prácticas espeluznantes. Así las describe Soto y Aguilar, en su *Historia de Felipe IV*: «...Estas cinco religiones iban, unos en silencio y contemplación con Cristos crucificados en las manos; otros con calaveras en las manos; otros con saco de cilicio sin capillas, cubiertos los rostros y cabezas de ceniza; otros con coronas de espinas y abrojos, corriéndoles harta sangre de ellos; otros con sogas y cadenas por los cuerpos y a los cuellos, y cruces a cuestras; otros con grillos y prisiones en los pies; otros aspados y liados con sogas; otros hiriéndose los pechos con piedras; otros con mordazas y esposas; otros con huesos de muerto en las bocas; unos en oración de contemplación; otros cantando himnos; otros las letanías; otros los salmos... anduvieron muy largas y penosas estaciones, que duraron más de cinco o seis horas...; volviendo los santos religiosos a sus conventos tan fatigados, que muchos estuvieron enfermos algunos días, y han certificado algunos haber padecido tan grandes dolores en las penitencias... que no parece poderse sufrir si no es con auxilio del cielo» (2).

VI.—Los disciplinantes

Pero la práctica más típica era la de *los disciplinantes*, que se azotaban espaldas y hombros con disciplinas o pencas provistas de púas de hierro, llenándose de heridas, las cuales curaban luego con esponjas empapadas de vinagre y sal, y salpicando con su sangre a los que pasaban. Vestían delgada

(1) *Relación cit.*, pág. 123.

(2) Ms. de la Real Academia de la Historia. Véase Amador de los Ríos, *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, t. III, págs. 308 y 309.

y amplia túnica negra, que ocultaba todo su cuerpo, el cual de cintura arriba quedaba bajo ella desnudo, y cubrían su cabeza y semblante con una caperuza alta y puntiaguda, que sólo dejaba visibles los ojos. Quien una vez practicaba la flagelación, había de repetirla anualmente, pues creíase que el no hacerlo le costaría enfermar.

Los disciplinantes marchaban en cuadrillas de doce a veinte hombres, y había entre ellos caballeros y altos personajes, a quienes acompañaban también pajes enmascarados, que les confortaban con vino y vinagre en su *vía crucis*, o les alumbraban de noche con antorchas. Tan rudas penitencias, practicábanlas algunos por puro celo religioso, espontáneamente o de orden de sus confesores, lo cual prohibieron al cabo las autoridades eclesiásticas; pero en la mayor parte de los casos intervenían la vanidad, la moda, el cálculo y ¡quién lo creyera! el galanteo, degenerando en prácticas teatrales, a veces de pura simulación. «No dudo—dice Santos—el que habrá muchos que se azotarán por Dios; pero creo que hay más que se azotan por vanidad (1)». A veces, la voluminosa cruz que arrastraba el penitente era *hueca*; sus flagelaciones, más de aparato que de dolor; los compañeros que le escoltaban, eran menestrales alquilados por un real de a ocho con capuchones también de alquiler, y, tras servir de comparsa, recibían en casa del pagano una cena copiosa, de la que salían borrachos y armando camorra.

Pero el deudo del cofrade o devoto pudiente, tenía que disciplinarse para adquirir o conservar su protección; el prócer elegante, para no perder su prestigio de superioridad, que le valía adulaciones por su garbo para llevar la cruz o su firme impassibilidad para sufrir disciplinazos; y el amante hacía así méritos delante de su amada, la cual le regalaba para el caso una cinta, que él enlazaba a las disciplinas, luciéndola como el favor más señalado.

A estos penitentes de amor y a su extraña vestimenta, alude una comedia de Lope, refiriéndose a los que van

imitando en rueda y ruedo
disciplinante galán (2).

«Para darse azotes gallardamente y hacer saltar la sangre a un punto determinado—escribe Mme. d'Aulnoy—hay reglas formuladas, y maestros que las enseñan, y caballeros que las aprenden, como se aprenden las artes de la danza y de la esgrima... Para ser admirado y hacer bien las cosas, es preciso no accionar con el brazo y mover solamente la muñeca, que sean dados los golpes sin precipitación, y que la sangre que salta de las heridas no manche la túnica... Los disciplinantes andan por las calles pausada y ceremoniosamente, y al llegar frente a las rejas de su amada se fustigan con una paciencia maravillosa. La dama observa esta caprichosa escena desde las celo-

(1) Santos, obra cit., cap. «Abusos del cuarto día, miércoles».

(2) *La boba para las otras y discreta para sí*.

sías de su aposento, y, por alguna señal bien comprensible, animales para que se desuellan vivos, dándoles a entender lo mucho que les agradecen aquella bárbara galantería. Cuando los disciplinantes en su camino tropiezan con una señora hermosa, suelen pararse a su lado y sacudirse de modo que, al saltar su sangre, caiga sobre el vestido de la dama. Esto es una notable atención, y la señora, muy agradecida, les da las gracias (1).»

De los que se disciplinaban por hacer méritos con las mujeres, se burló Quevedo en estos versos:

Penitencia me mandó
que hiciese el divino dueño,
por quien, de Dios olvidado,
sólo de mi mal me acuerdo.

Dice que gustará mucho
de verme en bocacé negro,
puntiagudo de cabeza,
con diez arrobas de peso.

.....
.....

Azótese el que es sanguino
por ahorrar de barberos;
elpreciado de costillas
y el amigo de espavientos,
que yo no he de enamorar,
alumbrado de otros ciento,
con mi sangre (como dicen
en guerra) a sangre y a fuego.

Los disciplinantes formaban parte también de la procesión del Viernes Santo, y su paso de noche, a la luz de las antorchas, como negros fantasmas, por las oscuras callejas del viejo Madrid, en tan dolorosa y feroz penitencia, era lúgubre y terrorífico espectáculo, que impresionaba penosamente a los extranjeros.

A veces solía acaecer que dos compañías de disciplinantes se encontraban en una calle misma, y, sobre quién había de pasar antes, enredábanse en pependencias y golpes, que empezaban con las disciplinas, seguían a puñetazo limpio, y acababan con las espadas; pues cada penitente, si era persona de calidad, llevaba escolta de gente armada, y además los ímismos transeúntes intervenían en favor de uno u otro de los contendientes.

Estas cuadrillas nocturnas servían de pretexto a jóvenes calaveras de ilustre linaje, para ir en busca de ruido y dar pesadas bromas, disfrazándose, con sus criados, de penitentes, lo cual aumentaba los escándalos y las ocasiones de riñas, simuladas o auténticas. «En estas algaradas no todo es diversión,

(1) Obra cit. págs. 120 y 121.

porque los hombres riñen formalmente, se hieren y se matan, y las antiguas enemistades encuentran lugar a satisfacer sus odios y sus venganzas (1).»

Acabada la exhibición y nocturna penitencia, real o fingida, los encapuchados reuníanse en copiosa cena con sus amigos, que no dejaban de ponderar los lances de los encuentros o los rigores de la penitencia. Y entre los excesos de la maceración y los de la comida y la bebida restauradoras, el disciplinante solía tener que guardar cama algunos días.

El donado hablador, refiriéndose a la falta de piedad y a los fines mundanos que ocultaban muchas de estas penitencias, dice de un personaje. «Podía competir con algún disciplinante alquilado o vanaglorioso hipócritón, que, por dar que decir a la gente que le mira, se desuella las espaldas, vertiendo su sangre, no en servicio de Dios, sino por cumplimiento y gusto de los mayordomos de las cofradías (2).»

El uso de los disciplinantes duró hasta Carlos III, que le prohibió por su pragmática de 20 de febrero de 1777.

VII.—*Las fiestas del Corpus*

La solemnidad de la Eucaristía era quizás la procesión que con más pompa y animación se celebraba en toda España, y, muy singularmente, en la Corte.

Ya la víspera del Corpus daba ocasión al esparcimiento popular, pues la juventud alegre solía aprovecharla para corretear aquella noche por el campo, como las vísperas de San Juan y San Pedro.

Al día siguiente, desde hora muy temprana, todo Madrid estaba en conmoción. Damas y galanes a la moda, preparábanse a estrenar sus primaverales galas y a lucir gentiles palmitos. *Las prisas del Corpus* conocíanlas entonces, como ahora, sastres, modistas, peluqueros, sombrereros, zapateros y demás artífices del adorno. Del concurso personal de todos ellos necesitaba más que nunca el joven lindo para pensarse en su ropilla y en sus zapatos de inverosímil estrechez, rizarse guedejas y copetes y perfumarse como una damisela, según Zabaleta nos describe con el más nimio y gracioso pormenor (3).

Con tal motivo, los comerciantes de la Villa renovaban sus mercancías, exhibiendo en sus escaparates—especialmente en las platerías y en los portales de la calle Mayor—las telas, los encajes, las joyas, las pieles, los bordados y los objetos más lujosos de toda índole. Los pintores, a la entrada de la Puerta del Sol frente al convento de San Felipe y en instalaciones especiales, mostraban los lienzos que durante el año habían teñido sus pinceles, resultando así una especie de certamen artístico, ante el cual daban su fallo los aficio-

(1) Mme. d'Aulnoy, obra cit., pág. 122.

(2) Cap. I.

(3) *Día de fiesta por la mañana y por la tarde*, cap. «El lucido el día del Corpus».

nados. Hasta los maestros de primeras letras celebraban aquel día una exposición escolar de fin de curso, adornando las fachadas con planas de los estudiantes, y sacando al exterior algunas mesas, donde los pequeños garra-pateaban escrituras o hacían cálculos, a presencia del transeúnte que gustaba de someterles a pruebas tales.

También había golosinas de circunstancias, como los *confites del Sacramento*, con lo que obsequiaban los *lucidos* a sus Dulcineas, y *las bolas del mogigón*, bollos que consumía la gente artesana rociándolos con vino blanco de Rueda.

VIII.—La procesión de la Eucaristía

Dos festejos culminaban en la solemnidad del Corpus: la procesión y los autos sacramentales. De ambos se conservan profusión de narraciones que permiten reconstruirlos en todo su pormenor: tales son la relación del analista Pinelo, las *Cartas* de Almansa, algunas relaciones particulares de la época existentes en la Biblioteca Nacional, y las que deja en sus Memorias de viaje el francés Brunel (esto para no referirnos sino al reinado de Felipe IV estrictamente). A ellas puede añadirse el relato de Mme. d'Aulnoy, muy pocos años posterior. Con tales elementos, los eruditos modernos han reconstruido varias veces aquel cuadro solemne, pomposo y animadísimo (1).

Todas las vías que daban tránsito a la procesión, cubríanse, para refrescar el ambiente, con un toldo de tela humedecida, sostenido, como ahora, por altos palitroques (2).

«Adórnanse las calles por donde la procesión ha de pasar con los más hermosos tapices del Universo; pues, además de los de la corona, ofrecen para tales ocasiones los suyos mil particulares, que los tienen magníficos y admirables. En todos los balcones las celosías véanse reemplazadas por hermosas colgaduras y doseles... Las calles están cubiertas de arena, muy bien

(1) Un completo relato de la procesión del Corpus se halla en la Biblioteca Nacional (Ms. H. 9). D. Antonio Rodríguez Villa en *Etiquetas de la Casa de Austria* (pág. 143 y sigts.), describe con erudito pormenor el orden y ceremonias de la comitiva. Amador de los Ríos en su *Historia de la Villa y Corte de Madrid* (t. III, cap. VIII), hace lo propio. D. Eduardo González Pedroso estudia detenidamente todas las festividades del Corpus, en el Prólogo con que encabeza su obra *Autos sacramentales desde su origen hasta fines del siglo XVII* (t. LVIII de la *Biblioteca de Autores Españoles*). En forma más literaria y pintoresca las describe también Don Julio Monreal en *Cuadros viejos* (págs. 204-244). Fernández de los Ríos, en su *Guía de Madrid*, págs. 752 y sigts., resume aquellas fiestas.

(2) Aludiendo a ellos, decía un poeta de entonces:

•A los que son langarutos,
pusiera, en lugar de vigas,
todos los días del Corpus
con los toldos de la villa.▪

(De la colección poética de Pedro Arias dedicada a Tirso de Molina.)

regadas y con abundantes flores, que forman una verdadera e incomparable alfombra. Los altares contruidos en las plazas para dejar la Custodia en ciertos momentos, están adornados con la más exquisita magnificencia... Todas las damas, el día del Corpus, vistense por primera vez en la primavera con los trajes de verano, y esperan en sus balcones muy compuestas, rodeadas de cestillas con flores y pomas llenas de agua de olor, que arrojan cuando la procesión pasa» (1).

Empezaba ésta a las nueve de la mañana; pero no solía terminar hasta las tres de la tarde.

«Ninguna otra—escribe Brunel—se celebra en España con tantas ceremonias, ni dura más tiempo». Y, refiriéndose a la que él presencié en Madrid, el 27 de mayo de 1655, añade: «...Entre los primeros pasos, iba un gran número de músicos y de vizcaínos con sus tamboriles y castañuelas. Además, entre éstos, iba otra cantidad de gente vestida de varios colores (2), que al son de diversos instrumentos iban bailando, saltando y haciendo piruetas, con tal desenvoltura como lo harían en Carnestolendas... Iban también delante unas máquinas gigantescas, esto es, ciertas estatuas de cartón dirigidas por hombres que van debajo escondidos. Las hay de formas distintas, y algunas de muy mala facha; todas representaban a mujeres, salvo la primera, que es una monstruosa cabeza pintada conducida por un hombre bajito, de modo que parece la cabeza de una figura colosal sobre un pigmeo (3). Entre estos monstruos había dos que representaban dos gigantes moros o etiopes. El vulgo llama a todas estas figuras *Los hijos de vecino* y también *Las mamelinas*» (4).

IX.—*El Mogigón, la Tarasca y el cortejo procesional*

De cuantas figuras grotescas animaban la procesión del Corpus, eran las más características y populares el *Mogigón* y la *Tarasca*.

El *Mogigón* era un hombre vestido grotescamente, que, con una vara armada de vejigas, aporreaba por burla a los muchachos, y al que escoltaban figurantes con disfraz de ángeles y moros. La *Tarasca* era una máquina de madera, montada sobre ruedas, y en cuyo interior había hombres que la hacían caminar. Representaba al demonio Leviatán, y era, según el testigo ocular Brunel, «un serpentón de enorme tamaño, con el cuerpo cubierto de escamas, de vientre ancho, larga cola, pies cortos y boca grande y abierta. Pasean por las calles a éste, espanto de niños; y sus conductores, ocultos bajo el cartón y papel de que se compone, le manejan con tal arte, que quitan los sombreros a

(1) Mme. d'Aulnoy, obra cit., pág. 160.

(2) Traje llamado de *botarga*.

(3) A esta figura se llamaba la *gigantilla*.

(4) *Voyage d'Espagne*, cap. XVIII.

los descuidados. Los aldeanos sencillos le tienen mucho miedo, y cuando los coge, la gente ríe a carcajadas» (1).

Para tal fin, aquel monstruo alargaba de repente el ensortijado cuello, cuando más embobados estaban los forasteros contemplándole (2), y cogía con sus dientes las caperuzas de los aldeanos. De aquí quedó la frase: *echar caperuzas a la Tarasca*.

Sobre el nombre de la Tarasca, Brunel recoge la versión de que derivaba de la ciudad de Tarascón, en la Provenza, donde en tiempo remoto existía una serpe diabólica, a la que venció e hizo morir Santa Marta, y de la cual se suponía remedo el armatoste del Corpus. Pero no era sólo en la procesión donde tales figurones causaban susto. Refiérese que, por aquellos días, iban a las fiestas de un pueblo dos enanos, seis gigantes y la Tarasca. Caminaban en una noche de luna, que hacía visibles, desde lejos, sus apariencias espantables, cuando toparon con un grupo de arrieros y carreteros, los cuales huyeron despavoridos hasta el lugar más próximo, poniendo a la gente en armas, contra lo que ellos creían ser bandidos o diablos. El lance acabó emborrachándose todos alegremente, cuando se descubrió el error (3).

Sentada encima de la Tarasca, iba una figura de mujer con elegante atavío, representando a la meretriz de Babilonia; y una extraña costumbre hacía que ostentase los modelos que habían de imponer aquel año la moda en el vestido y en el peinado femeniles. Por eso cantaban en los pueblos próximos a Madrid:

«Si vas a los Madriles
día del Señor,
tráeme de la Tarasca
la moda mejor.
Y no te embobes;
que han de darte en la cara
los Mogigones».

También el poeta Pedro Vargas, aludió así al mencionado uso:

«Como tomastes, Aldonza,
de la Tarasca modelo,
por eso llevas el pelo
con trenzas de geringonza» (4).

En la comitiva del Corpus, tras la Tarasca, iban la Tarasquilla y el Tarascón con no menos lujosa indumentaria, y después los gigantes morunos;

(1) Loc. cit.

(2) Lope de Vega, en su loa al auto de *El Nombre de Jesús*, y Quiñones de Benevente, en el entremés *El guarda-infante*, aluden a esta costumbre y a la Tarasca célebre, *medio sierpe y medio dama*, como dice el segundo de los escritores mencionados.

(3) Lo refiere Brunel en la obra y capítulo mencionados.

(4) Fernández de los Ríos, ob. cit., pág. 754.

un carro plano donde hacían pantomimas los cómicos, que luego representarían el auto; atabales y trompetas; huérfanos de la Villa, cantando; pendones, estandartes y cruces parroquiales, comunidades religiosas y clérigos en enorme número, Ordenes militares, Consejos, Capilla real, pajes de palacio, danza de ángeles, andas del Santísimo, la Villa con palio, el rey y su familia, prelados, grandes de España, embajadores, títulos de Castilla y guardia de Honor.

El cortejo se dirigía a la plaza de Palacio, colgada con tapicerías magníficas, desde cuyos balcones la reina, infantas y damas, presenciaban la procesión, y por las calles de Santiago y Mayor, volvía al templo de que había partido.

Al llegar la comitiva delante del balcón donde se hallaban la reina y las infantas, hacían una reverencia los figurones de cartón; prodigaban los danzarinés las muestras de su habilidad con arriesgados saltos y ejercicios atléticos, y el rey, que, cirio en mano, como los demás varones de la real familia, formaba parte del cortejo, saludaba y sonreía a su esposa e hijas, a lo cual respondían ellas poniéndose en pie.

X. — El Corpus y el príncipe de Gales

Las fiestas del Corpus más ostentosas celebradas en Madrid bajo Felipe IV, fueron las de 1623, con motivo de la venida del protestante príncipe de Gales, a quien se quería deslumbrar con la majestad de aquella pompa católica.

A la procesión de aquel año asistieron nada menos que 480 clérigos y 1.700 frailes. De los distintos relatos, referentes a su inusitada concurrencia, transcribo a continuación, por ser más conciso, el del analista coetáneo Pinelo:

«Gustó Su Majestad que saliesen en ellas las Ordenes monacales y militares y todas las reservadas, suspendiéndose por esta vez sus privilegios y señalándoles lugar el ordinario, sin perjuicio del que cada una pretendía ocupar; y así fué la mayor, más grave y ostentosa procesión que se ha visto en Madrid y en Castilla. El orden que llevó, fué éste: Atabales y trompetas; Niños desamparados y de la Doctrina, 24 pendones de cofradías, alumbrados de muchas hachas blancas. A las religiones daban principio los Hermanos del Hospital General y los de S. Juan de Dios, luego los Mercenarios descalzos, los Agustinos descalzos y Carmelitas descalzos, los Clérigos menores, los Padres de la Compañía de Jesús, los Mininos de S. Francisco de Paula, los monjes Jerónimos, los religiosos Mercenarios, Trinitarios, Carmelitas, Agustinos, Franciscos y Dominicos; los monjes Basiliros, Premostratenses, Bernardos y Benitos. Las tres Ordenes militares de Calatrava, Alcántara y Santiago, con mantos capitulares, la Cruz de la Iglesia Mayor, la del Hospital de la Corte. La clerecía iba en medio de las Ordenes militares. Luego los Consejos, ocupando el lado derecho los de Indias, Aragón, Portugal y Castilla, y el izquierdo los de Hacienda, Ordenes, Inquisición e Italia. El cabildo de la clerecía de Madrid, 24 sacerdotes con hachas, la Capilla Real con su guión, sus caperos, llevando el del medio el báculo del arzobispo de Santiago, que seguía

de pontifical. Seis pajes del rey con hachas, las andas del Santísimo Sacramento, cuya custodia de oro y plata pesaba 14 arrobas, y el relicario todo de oro. Cercábanle 25 sacerdotes, revestidos con incensarios. El palio de rico brocado, llevaba la Villa; 24 capellanes del rey con capas de oro y seda, que, al salir y entrar en Santa María, llevaron las varas del palio; luego los mayordomos y predicadores del rey, y algunos grandes que no eran de Orden militar; su majestad y el infante don Carlos a su lado izquierdo; el cardenal Zapata al derecho un poco atrás, al otro el cardenal Espinola y en medio de los dos el Nuncio de Su Santidad. Inmediatos el obispo de Pamplona, el inquisidor general, el embajador de Polonia y el patriarca de las Indias y los embajadores de Francia, Venecia, Inglaterra y Alemania. Los títulos y señores, esparcidos por la procesión, las dos guardas española y tudesca por los lados desde que entró el guión de la Capilla Real, y detrás de todo la Guarda de Archeros» (1).

XI.—Galanteos del Corpus

Como en todas las fiestas, en la del Corpus, los incentivos profanos superaban a los religiosos para muchos concurrentes. Tanto lujo y tal exhibición de acicaladas beldades, estimulaban las siempre frecuentes ocasiones de galanteo. Zabaleta, observándolo *de visu*, nos presenta a los almibarados mancebos, que «sálense de las líneas de la procesión, quédanse allí parados, y en lugar de atender a lo que se canta, atienden a lo que encanta: pónense a hablar con las mujeres hermosas que se hallan por allí cerca. Uno de ellos alza los ojos a un balcón que tiene enfrente, ve a una mujer, parécele muy hermosa..... Llega la Custodia y no quita los ojos del balcón. Pónense todos de rodillas, y él se queda ni de rodillas ni de pie, hecho cinco de guarismo..... Acábase la procesión, y él se queda allí con intención de ver salir a la dama en quien ha puesto su gusto..... Entrase la mujer en un coche, va el galán siguiéndola y sabe su casa. Parécele que allí no hay más que hacer por entonces, y entonces que no hay más que hacer, le da gana de oír misa: vala a buscar y no la halla..... Vuélvese, en fin, de la fiesta del Cuerpo de Cristo, enamorado y sin misa» (2).

* * *

Tan típicas como la procesión eran, en la solemnidad del Corpus, las representaciones de los *autos sacramentales*; pero, por su índole dramática, reservaré su estudio para cuando, en esta misma sección, examine las fiestas escénicas.

* * *

(1) *Anales de Madrid hasta el año 1658.*

(2) Ob. cit.

Los textos coetáneos aducidos en este artículo, nos hacen ver que, en el Madrid del siglo XVIII las más solemnes fiestas religiosas, como las de Semana Santa y el Corpus, eran—según se vió en artículos anteriores con relación a otras fiestas eclesiásticas o populares—un alarde a la vez de piedad y disipación, de ascetismo y sensualidad, de penitencias y goces, de devoción y mogigatería. Pero, en conjunto, más feria de vanidades, exhibición teatral y piedra de escándalo, que recatado ejercicio de puras virtudes cristianas.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA

Universidad de Valencia.

EL CRIMEN DE DON MARTÍN MERINO

En el *segundo* día del *segundo* mes del *segundo* año de la *segunda* mitad del siglo XIX, un sacerdote cuyo nombre y apellido se inician con *dos* M. M., y que vivía en el piso *segundo* del número *dos* de la calle del Arco del Triunfo, asestó una puñalada a Isabel *segunda*, causándola *dos* heridas.

Esta cantinela, que yo he repetido cien veces cuando era muchacho para probar la fatalidad de ciertos numerales, jamás la creí verdadero relato de un hecho histórico madrileño de tanta importancia jurídica y social como envuelve el enunciado al principio de estas líneas.

Al registrar tiempo hace los papeles de un archivo particular tropecé con un legajo en cuyo lomo se leía: *Proceso íntegro del exclaustro Martín Merino*; y como recordaba varias anécdotas referentes al que siempre oí llamar *Cura Merino*, picóme la curiosidad, y con el deseo de deslindar hechos históricos en ese campo de embarulladas consejas populares, leí detenidamente el infolio y durante su lectura me asaltaron fuertes impresiones, ya de odio en contra del delito, ya de piedad y de compasión en favor del delincuente.

Comprendo bien que el terreno en donde quiero moverme es harto resbaladizo y que el asunto no es muy propicio para un artículo de esta REVISTA, tan armónicamente encuadrada en el carácter hidalgo y regocijado del pueblo madrileño; pero ¡qué jardín, por hermoso que sea, no tiene un rincón oculto donde se reserva un montón de negro mantillo! ¡Qué palacio, por muchas riquezas artísticas que atesore, carece de un lugar destinado a recoger las últimas consecuencias de un opiparo banquete! Por esto, la historia de Madrid debe tener también algo y aun *algos* de mantillo de los jardines y de cubículos reservados de los palacios.

En el principio de la segunda mitad del siglo XIX tiene la historia madrileña un momento horripilante, un trayecto de angustia en el que resurgen de sus páginas: una reina, de cuyo cuerpo herido brota sangre; un sacerdote, de cuyo cerrado puño no puede desprenderse un puñal alevoso; una hoguera que convierte en ascua negruzca lo que antes fué carne humana y unos mandatarios de la ley que aventan cenizas execradas.

Todo este luctuoso cuadro no debe, sin embargo, arredrar al escritor que, siendo como debe ser, tiene la misión de que el lector sienta repercutir en su alma el rumor de hechos que no pudo presenciar y el eco de voces que no pudo oír.

Prologado el artículo quizá más de lo conveniente, y prescindiendo de noticias aclaratorias respecto al ambiente político de España en la época de este relato, entramos en él empezando por el principio, cosa poco acostumbrada por cronistas parciales, que sólo presentan los hechos por el lado que a ellos conviene.

Martín Merino, nacido en Arnedo, ciudad con aspecto de villa en la pro-

vincia de Logroño, en el año 1789, es un tipo español que aunque tiene varios semejantes, no se ha estudiado sino desde el punto de vista más negro de su existencia, o sea en el de aquellos días en que el desenfreno de sus ideas le llevó a cometer un crimen realmente odioso.

Dotado Martín de un temperamento recio y sintiendo ansia de saber, sus primeras lecturas fueron las emanadas del espíritu de la Revolución francesa, es decir, las que predicaban el desmoche de toda soberanía que se imponga a la libertad de acción del individuo; y como esta teoría, encarnada en un cerebro macho, es la más a propósito para convertir al hombre en santo o en fiera, produjo en Merino una que puede llamarse tempestad psicológica de poderosos aunque indecisos resultados, que se deberían definir en consonancia del ambiente en que se moviese la víctima de ella.

En estas circunstancias llega a sus manos una historia de San Francisco de Asís, ese gran santo que en la lucha inexcusable a todo joven al entrar en la edad viril venció tan por completo a sus contrarios, que acabó por decir al lobo: tú eres mi hermano; y esa historia le descuajó a Martín del campo de sus dudas, y dejando su casa se dirigió presuroso en busca del retiro donde creía refugiado el espíritu del atleta de Asís, y entrevistado con los frailes franciscanos solicitó y obtuvo el ingreso en el convento de Santo Domingo de la Calzada, dentro de su misma región.

Tendría al tiempo de su ingreso en religión diez y seis años de edad y al cumplir los diez y ocho salió del convento, no movido por pasión ruin, sino por una consecuencia de su ideal predilecto o su intolerancia para cualquier poder que pretendiera avasallar la debilidad con la fuerza; por esto, sintiendo de cerca la invasión francesa vuela a Sevilla y se alista como voluntario guerrillero en la llamada *Partida de los cruzados*, en cuyas filas peleó durante lo más crudo de la guerra de la Independencia, o sea hasta 1813, en que vuelve al convento de donde salió y se ordena de sacerdote, haciendo los votos solemnes religiosos. Aunque no consta en documento alguno, es muy probable que algún miembro de las sociedades secretas, que tanto abundaban en España en ese tiempo, infiltrase en fray Martín alguna de sus teorías subversivas en bien poco opuestas a las que rumiaba en su cerebro este hijastro de San Francisco, enterado ya de que, no sólo el lobo debía ser su hermano, sino también la pisoteada hormiga, y no conformándose con esta escondida modalidad de la regla franciscana salió por segunda vez del convento con fines bien diversos a los de la primera, pues huyó a Francia amistándose con los compatriotas de quienes años antes había sido terrible enemigo.

Hasta esta época de su vida puede calificarse a Martín Merino de tipo español; de aquí en adelante pierde este carácter y aparece como tipo del egoísta desequilibrado, sin patria conocida, como tantos otros engendros que gangrenan la humanidad.

Los amplios decretos sancionados por las Cortes en septiembre del 1820 estimularon al exclaustro fray Martín a regresar a España, y avocándose en Madrid trabajó cuanto pudo para conseguir su secularización, que obtuvo en 1821, quedando adscrito al clero secular madrileño. De su conducta en este

tiempo no quedan detalles, aunque se pueden deducir por uno de sus hechos comprobados y que él mismo confesó en los autos de su proceso. En la madrugada del 7 de julio de 1822 los milicianos a las órdenes del brigadier Palarea estaban reconcentrados en la Plaza Mayor en espera del ataque de la Guardia Real que según se murmuraba pretendía proclamar como rey absoluto a Fernando VII; pretensión que pugnaba contra el concepto sobre la vida social que tenía Merino, y por esto, más que por su sed de derramar sangre, como afirmó el fiscal del proceso, se unió al grupo de milicianos apostados en la calle de Boteros (hoy Siete de Julio), y cuando apareció el primer núcleo de soldados de la Guardia Real gritando: *¡Viva el rey absoluto!* Del grupo en que militaba Martín Merino salió otro grito: *¡Viva la Constitución!* *¡Viva Riego!*

Para nadie son desconocidas las cruentas escenas de esta memorable jornada que produjo en Martín Merino un motivo más para el desarrollo de sus instintos de salvaje libertad, a los que siguió dando pasto hasta merecer ser encarcelado, tal vez sintiendo complacencia en el hecho, para darse el gusto de escaparse de la cárcel, como en efecto lo hizo, y de este modo burlarse de las autoridades, sorteando peligros hasta internarse en Francia, en cuya nación consiguió que le nombrasen párroco de un pueblo próximo a Burdeos, en el que estuvo hasta 1841, posiblemente laborando más que en ganar almas para Jesucristo en ganar dinero con que poder vivir a sus anchas en la capital de España, donde en 1842 estaba adscrito como capellán en la parroquia de San Sebastián.

Su carácter, saturado de brutal independencia, no le consentía estar amarrado al cumplimiento de un cargo, y así él mismo declara en su proceso que se halla en la corte desde diez años antes *hecho un salta-tumbas*.

Según se deduce del proceso, la idea del crimen, por el que fué sentenciado a muerte, debió ocurrírsele hacia el año 1844, es decir, ocho años antes de perpetrarle, pues dice en la declaración que había comprado el puñal para matar a Narváez, a Cristina o a Isabel cuando ésta fuera mayor de edad, y que entonces (cuando lo compró), aunque estaba declarada mayor de edad, todavía no lo era, y como esta mayoría de edad se declaró en noviembre de 1843, resulta que la citada arma estuvo en casa de Merino tiempo suficiente y aun sobrado para probar que su poseedor era una especie de higuera loca vestida con un ropaje sacerdotal y, por tanto, inconsciente de la calidad de sus frutos.

El campo en que se desarrolla el criminal propósito es el menos adecuado para hallar en él motivos de arrepentimiento. Es *El Rastro*, donde lo mismo se venden herramientas que sirven para matar como chucherías que para nada valen. El mal acuerdo que tuvo Merino fué el de ir a El Rastro con una idea preconcebida, ignorando que de dicho lugar sólo se escapa bien cuando se va a él *a lo que salga*.

Filosofía aparte, lo tristemente cierto es que en la mañana del 2 de febrero de 1852 salió de su casa a las nueve; fué a celebrar misa a la parroquia de San Justo; tomó parte en la procesión de las Candelas, y después de

dejar en su casa la vela que había llevado en la citada procesión, se dirigió al Palacio Real, llevando clavada y remachada en su cabeza la idea del regicidio.

Un testigo presencial del hecho lo relata así: «Salía la reina de la capilla y estaba en la meseta de la gran escalera. La felicidad se pintaba en su semblante; no quitaba los ojos de la infantita, que acababa de entregar al aya. Iba espléndidamente vestida, pero saltaba a la vista que debajo de aquel traje latía un corazón henchido de sentimientos maternos y enteramente vacío de vanidad y orgullo. En aquel momento, en que el mísero suplicante, arrodillado ante ella, le alargó el memorial tendió ella la mano para recibirlo.

»Pasó la cosa como un relámpago. Fué cuestión de un momento. Viósele llevarse la mano al corazón y caer tambaleándose contra la pared. Todos los que estaban cerca de ella pudieron ver la sangre que salía de la herida. Sus primeras palabras fueron para su hija: «¿Y mi hija? ¿Y mi Isabel?»

»La confusión fué espantosa. Relucieron espadas; sujetóse al criminal, que se salvó, por milagro, de ser hecho trizas allí mismo. La muchedumbre oscilaba como un mar agitado. Vi a un alabardero de gran talla levantar a la infantita sobre aquel mar de cabezas para que la reina pudiera verla y convenirse de que nada le había pasado. Sacaron de allí desmayada a la reina entre gritos, lágrimas e imprecaciones. Es bien sabido que cuando volvió en su acuerdo exclamó con vehemencia, refiriéndose al criminal: «Por mí, que no se le haga daño», y que costó mucho trabajo conseguir de ella que consintiese en que se le aplicara la pena capital.»

En las declaraciones que constan en el proceso se dice que al herir a la reina, dijo el criminal: «Toma, ya tienes bastante», y al prenderle, sujetándole, dijo: «Sí, yo he sido; no huiré».

La explicación que dió este desgraciado al preguntarle con qué fin vino a Palacio en el día del crimen, es, sin duda, la reproducción de un párrafo de novela barata de las que habían secado su cerebro; véase la prueba:

«He venido a Palacio con objeto de lavar el agravio de la humanidad, vengando, en cuanto está de mi parte, la necia ignorancia de los que creen que es fidelidad aguantar la infidelidad y el perjurio de los reyes.»

A un ex fraile franciscano que a los sesenta y tres años de edad se expresa de esta manera se le puede calificar de todo menos de hombre que esté en sus cabales.

Es natural y justo que a este reo se le procesase y que en el proceso se llenaran todos los trámites exigidos por las leyes, a saber: declaraciones, acusación fiscal, defensa y sentencia; todos ellos fueron cumplidos, aunque tal vez dentro de un ambiente en el que la fuerza de la justicia impidió la soberanía de la caridad.

Las declaraciones, incluso la del reo, tuvieron toda la aspereza del chirrido de un tronco que se chamusca; la acusación fiscal hecha por el abogado Antonio Sánchez Milla empieza así: «El fiscal de Su Majestad quisiera en esta ocasión ser tan breve y al mismo tiempo tan severo como lo exige la impaciencia pública». En el curso de la acusación tiene estos párrafos: «¿Cuáles son los antecedentes en que se funda esta acusación? Metióse de joven en

una casa de San Francisco, y San Francisco le adoptó por hijo y le educó, y apenas supo gobernarse por sí abandonó la casa y renegó de su padre y de su religión. Después tomó parte en la acción del 7 de julio, no como un hombre liberal, no; D. Martín Merino no es un liberal; tomó parte en este acontecimiento como un hombre sanguinario, sediento de sangre por el gusto de derramarla. Estos son los antecedentes de D. Martín Merino.

»¿Quién es responsable de que su mente se haya perturbado con esas ideas venenosas que han alimentado su cerebro y estragado su alma? El hombre que por satisfacer sus pasiones o por lisonjearlas ha ido a beber en las fuentes más impuras esas doctrinas de que están llenos los libros que se le han encontrado, si ellas han perturbado su mente a sabiendas, él es el único responsable.»

El final del discurso de acusación dice así: «D. Martín Merino no es un español, y si es un español no es un hombre; es un tigre con forma humana; es un tigre con hábitos clericales; es una furia, y una furia enemiga de la España, que se ha escapado del Averno. El regicidio ha quedado frustrado, pero el artículo 160 del Código impone la pena de muerte a los autores de tentativa de este delito. Por manera que si hubiera mayor pena que la impuesta por el juez debería sufrir la mayor... Pero, ¿a qué fin ocuparme de las circunstancias que pudieran agravar el atentado? Sería perder un tiempo precioso, y el fiscal va a concluir, y en cumplimiento de su deber pide... que se le mande ejecutar inmediatamente».

El discurso de defensa del reo, pronunciado por D. Julián Urquiola, empieza así: «Yo vengo a defender un cadáver, porque un cadáver será dentro de poco el acusado D. Martín Merino; pero la suerte me ha designado para defenderle, y en cumplimiento de tan imperioso deber que me impone vengo a hacer presentes algunas consideraciones que en mi humilde opinión no carecen de importancia y que merecen ocupar la atención de V. E. Inútil es detenerme en reflexiones sobre el hecho que completa prueba...»

De las varias consideraciones que expone en su discurso el abogado defensor, son dignas de publicarse las siguientes:

«Se trata de un hombre que ha estado casi siempre envuelto en nuestras contiendas políticas. Le vemos en las diversas fases de su vida: *fraile, guerrillero, exclaustrado*; le vemos alimentar su espíritu con la lectura de obras políticas, y de ello hay una prueba en el proceso que demuestra que alimentaba su imaginación con esta clase de lecturas; consta por su confesión que en las altas horas de la noche se dedicaba a leer; le vemos asimismo alejado de todo trato social, viviendo aislado, sin trato ni comunicación con nadie. Vemos en este hombre un hastío marcado a la vida, un odio inextinguible a la sociedad, manifestándonos en sus declaraciones que este odio no tiene objeto determinado, que tan pronto se dirige contra el general Narváez como contra S. M. la reina regente, como contra S. M. la reina doña Isabel II, y hasta contra todo el mundo.

»En la perpetración de crímenes de esta especie hay siempre un momento en que, desvanecida la primera impresión, el ánimo decae, faltando las

fuerzas físicas y morales, y llega el abatimiento y la postración, ya por efecto del remordimiento, ya por miedo al castigo cierto e inevitable. Nada de esto acontece al procesado Martín Merino. ¿Puede deducirse en virtud de estos antecedentes que haya en estos hechos algún resto de sentido común? Y en caso de que le concedamos algún pensamiento racional, ¿podrá ser otro que el de hastio de la vida y la consumación de un suicidio que, no atreviéndose a intentarlo por su propia mano, quiere que venga a consumarlo la justicia?

»Pero hay, excelentísimo señor, más altas consideraciones en el caso presente. Se trata de un crimen del que por primera vez en tantos siglos se oye hablar en los Tribunales españoles, el primer ejemplo de esta especie que registran los anales de la Historia de España; se trata de un hecho que, a nuestro pesar, arroja una mancha sobre la hidalguía y proverbial lealtad de nuestro pueblo, y al decidir V. E. esta causa, al fallar que Merino ha cometido el delito en el uso completo de sus potencias, V. E. va a sancionar que en España ha habido un regicida, y sancionado que esto sea echaremos sobre España un borrón que no tuvo hasta hoy.»

No es ocasión la presente para aquilatar los valores jurídicos de las anteriores acusaciones y defensa de tan desgraciado reo. Por el decreto publicado en el Tribunal competente para el caso, y cuyo texto se verá más adelante al pie de la letra, se puede entender que ni una ni otra sirvieron de base para redactarle; es indudable que se forjó bajo la presión de un ambiente en el que se debatían dos fuertes y contrarias opiniones, a una de las cuales se la quería aniquilar; pues en tal decreto se dice que, en atención a que el Gobierno no podría evitar que se sustrajese en todo o en parte el cadáver de Martín Merino, se proceda a quemar el dicho cadáver dentro del mismo cementerio y a esparcir en seguida sus cenizas dentro de la sepultura común.

El fiscal acusador sólo dijo que el artículo 160 del Código imponía la pena de muerte al autor de casos semejantes, y lamentaba que no la hubiera mayor para pedirla en nombre de la ley; sin embargo de esto, la sentencia supone o impone en el Código un apéndice que traspasa los límites de la muerte y da por resuelta la ineficacia de este dicho: «la paz del sepulcro».

Cuando leyeron al reo la sentencia íntegra de que se hace mención, dijo: «No me sorprende; sólo siento no haber presenciado el acto de la vista pública; allí hubiera pedido que se me alzara un alto y soberbio cadalso desde donde me viera bien todo el mundo».

A las once de la noche del día 6 de febrero, pocas horas antes de la ejecución, la horrible silueta de la muerte se destacaba en todo lugar del calabozo en que se asfixiaba D. Martín Merino, y éste, sintiendo próximo el frío y seco golpe de su guadaña, desgajando de su alma las pasadas arrogancias, pidió papel y pluma y escribió a S. M. la siguiente exposición:

«Señora: Martín Merino, indigno de contarse entre los súbditos de V. M., no puede menos, para calmar la inquietud de su conciencia, de acudir a suplicar rendidamente a V. M. se digne como cristiana perdonarle su atroz injuria que en un momento de deplorable extravío ha tenido la desgracia de cometer contra la persona de V. M. La infinita misericordia del Rey de los reyes le

hace esperar haber obtenido su perdón, y para morir tranquilo quiere alcanzar, o cuando menos, si de esto no es digno, implorarle de V. M. En esta atención y a presencia de los que le rodean, a quienes ruega firmen con él, declarando no haber tenido cómplices, rendidamente suplica se digne añadir una prueba más de caridad cristiana a tantas otras como tiene dadas, echando en perpetuo olvido el horroroso atentado del infeliz *Martín Merino*.»

La vista de la muerte propia aclaró las nebulosidades de conciencia del reo; en cambio la perspectiva de la muerte ajena enturbió las del público, pues según un testigo presencial «el día de la ejecución fué un jubileo. Pronto se descubrió que no tenía cómplices y que era sólo un maniático. Le vi ir al cadalso, hablando por el camino de cosas indiferentes, por ejemplo: de que una torre que se le ofreció a la vista estaba desplomada y amenazaba ruina. No se mostró arrepentido. Presenció la horrible escena de quemar su cuerpo. El verdugo no quiso hacerlo so pretexto de no ser de su incumbencia. Varias personas respetables se encargaron de esa tarea. La cabeza del regicida, que estaba en el suelo separada del tronco, fué empujada a puntapiés a la hoguera y sus cenizas fueron esparcidas al viento. Fué un espectáculo espantoso».

El anterior relato está en consonancia con el decreto dado por el Gobierno en orden a la ejecución del reo, y en el que, como se ha dicho, se deja traslucir el sentir de algunas gentes que no estaban conformes con la severidad de la ley en este caso; y temiendo las consecuencias a que podía llegar esta parte de opinión, se remacha, digámoslo así, el mandato ejecutivo, como puede verse con la lectura íntegra del decreto, que dice así: «Teniendo en consideración que por más eficaces que fuesen las medidas que adoptara el Gobierno no podría tal vez evitar que se sustrajera bien en todo o en parte el cadáver de *Martín Merino*, o con el objeto de especulación o con el pretexto de estudiar su disposición orgánica, que lo primero debe impedirse como vergonzoso e inmoral y que de lo segundo no puede resultar ningún beneficio a la humanidad; y a fin de que no quede motivo alguno de recuerdo del horrendo crimen cometido contra la real persona de S. M. la reina, de acuerdo con la autoridad superior eclesiástica del muy Rvdo. cardenal arzobispo de Toledo y en cumplimiento de lo resuelto por el Consejo de ministros, prevengo a V. E. disponga lo conveniente para que a presencia de su secretario, del eclesiástico encargado en el cementerio y nombrado al efecto por el muy reverendo cardenal y del juez y escribano que han estudiado en la causa se proceda a quemar el cadáver de *Merino* dentro del mismo cementerio, a la hora que V. E. designe y a esparcir en seguida sus cenizas dentro de la sepultura común, y que de ello se levante acta que firmada por los concurrentes se remita por V. E. al ministerio de Gracia y Justicia de mi cargo.—De Real orden lo digo a V. E. para su inteligencia y cumplimiento.—Dios guarde a V. muchos años.—Madrid, 7 de febrero de 1852.—*Ventura González Romero*.—Sr. Gobernador de la provincia».

Cumplida la sentencia, y antes de realizar la orden del ministro de Gracia y Justicia, el Sr. Cordero, teniente cura de Santa Cruz, se dirigió al público y habló así:

«Españoles: Mirad esa sangre de que está salpicada esa túnica de horror y de ignominia. Es la sangre del inocente Abel que clama venganza al cielo; es la sangre de nuestra augusta soberana derramada a impulsos de un puñal regicida. Crimen tan horroroso ha abierto una herida muy profunda en nuestros leales corazones. Todos hemos levantado la voz para pedir justicia severa en ofensa de la humanidad, de la religión y del Estado, y acabáis de ver que la cuchilla inexorable de la ley ha descargado su terrible pero justo golpe sobre la cabeza del regicida. Este ya no existe. Miradle. ¡Qué horror!» El señor Cordero terminó su fogosa alocución diciendo: «Unámonos todos y recemos un Padre nuestro por el descanso de su alma».

No consta en el proceso si se rezó ese Padrenuestro indicado por el teniente cura de Santa Cruz; tal vez se murmurase sólo con los labios, especialmente en aquellas palabras *Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, pues así parece deducirse de la siguiente acta remitida al Ministerio: «En la villa de Madrid, y en el cementerio extramuros de la Puerta de Bilbao, siendo las cinco menos cuarto de la tarde de hoy 7 de febrero de 1852, hallándose reunidos el excelentísimo señor Gobernador de la provincia, su secretario, el Sr. D. Antonio Guerola, el Sr. D. Antonio Tiburcio Acebedo, capellán del excelentísimo señor cardenal arzobispo de Toledo, comisionado por su eminencia; el Sr. D. Pedro Nolasco Auriolles, como juez de la causa, y el infrascrito, como escribano de ella, se procedió a quemar el cadáver de D. Martín Merino, según lo dispuesto de Real orden de esta fecha comunicada por el excelentísimo señor ministro de Gracia y Justicia al expresado señor Gobernador: al efecto se hallaba preparada la leña y útiles necesarios, y en el patio de la izquierda, entrando en dicho camposanto inmediato a la sepultura común, colocando sobre las llamas el cadáver del repetido Martín Merino, sacándole al efecto de la caja en que se hallaba y quedando reducido a cenizas, que fueron esparcidas dentro de la indicada sepultura, y quedando finalizada esta diligencia a las siete y veinte minutos, y habiendo concurrido igualmente a este acto el capellán del cementerio P. José Losada y lo firmaron todos los señores concurrentes, de que doy fe.—Ante mí, *José Pérez Martínez*».

Termino aquí la aportación de datos histórico-oficiales acerca de este acontecimiento de Madrid, en el que tuve que forcejear con la pluma para no hacer cien comentarios que saltaban a cada paso; mas no puedo resistir a uno que la fatalidad de los números trae a mi mente para concluir, a saber: En este proceso hay *dos* nombres entre la grey escogida del Señor: el presbítero Sr. *Cordero* y el presbítero Sr. *Merino*.

IGNACIO CALVO.

Museo Arqueológico Nacional.

VARIEDADES

Incendio de la Plaza Mayor en 1631

El volumen de *Relaciones del siglo XVII* que acaba de publicar D. José Palanco Romero (1), incluye (2) una, por varios conceptos interesante, en que su anónimo autor relata el incendio acaecido en 6 de julio de 1631 en la Real Plaza de Madrid. Imprimióse dicha *Relación* en Granada, en casa de Martín Fernández, y su autor, a juzgar por los detalles en ella consignados, debió ser testigo presencial de la catástrofe.

En la madrugada del 6 al 7 de julio del ya indicado año, y al parecer, por descuido de un criado, prendióse fuego a un barril de pólvora que un mercader portugués tenía en el sótano de su casa; y fué tan voraz el incendio y creció con tal rapidez «que saltando de vnas [a] otras casas, abrasó de todo punto y puso por el suelo veinte y siete que fueron las que están en la Real plaza de Madrid, enfrente de la Panadería della, desde la esquina de la calle de Toledo, hasta la imperial calle, cuyo passadisso se cortó y derribó, con que se atajó no saltasse a la parte de Provincia y calle de Atocha, y, según crecía el fuego, si no se vsara deste remedio, abrasara toda la plaza en contorno».

Pereció en esta ocasión, víctima del incendio, la casa de las Carnicerías, edificio frontero a la Panadería que, años adelante, en 1672, se vió a su vez destruida por un accidente análogo. Si de la traza primitiva de este último edificio podemos hoy formarnos idea aproximada, gracias a haberse conservado alguna representación gráfica, no sucede lo mismo con el primero, desaparecido en 1631. Jerónimo de Quintana, cuya obra bien conocida (3) salió a luz dos años antes de la desgracia, hizo de la casa de la Carnicería una descripción que, por lo breve, contrasta con la minuciosa que dedicó a la Casa Real de la Panadería, notable por su arquitectura y suntuosidad. El antiguo cronista, tras de hablar de la totalidad de la plaza, de sus casas con frontispicios de ladrillos colorados y del remate de los edificios «en terrados de catorce pies de ancho con su pretil de hierro alrededor, cubiertos de plomo con su corriente para la vertiente de las aguas», escribe (4): «Enfrente desta panadería en la misma plaza, está la carnicería con soportales muy bien labrados, que sustentan columnas con sus basas, y capiteles de piedra gruesas alrededor de vn gran patio, debaxo de los quales están las tablas donde se pesa el mantenimiento. Tiene vivienda para el Alcayde della, y otras piezas para los repesos; entrase a ella por dos puertas; vna sale a la plaza y otra

(1) Facultad de Filosofía y Letras. Granada, 1926.

(2) Págs. 149-151.

(3) *A la muy antigua, noble y coronada Villa de Madrid. Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza*. Por el licenciado Gerónimo de Quintana, clérigo Presbítero, notario del Santo Oficio de la Inquisición. Rector del Hospital de la Latina, y natural de la misma Villa. Con privilegio en Madrid en la Imprenta del Reyno. Año M.DC.XXIX.

(4) Fol. 376 r.

a otra calle para el desahogo de la gente y entrambas con sus portadas de cante-
ría y escudos con las armas de la villa».

Escribe el desconocido autor de la *Relación* antes mencionada, que el rey y su valido el conde duque se personaron en la plaza desde los primeros instantes del incendio, y que viendo el primero «que no eran posibles fuerças humanas a apagar la más minima parte dél, acudió al remedio verdadero, mandando hacer en solene processión a la misma casa a la Santíssima Virgen de Atocha, la de los Remedios, la del Rosario, la de la Mudena y la de la Soledad, y el glorioso cuerpo de San Isidro... todo lo qual. . se colocó en vn Santuario y altar... en la dicha plaza, sin otros muchos altares que en toda ella se hicieron... y en todos ellos, hasta cerca de la vna del día, no cessó de decirse Missas».

Atento asimismo al remedio el Concejo de Madrid (1) tomó medidas en su reunión de 8 de julio de 1631 para atajar el mal y evitar la sustracción de los balcones y antepechos de las casas quemadas o derribadas para cortar el incendio y, en previsión de futuras desgracias acordó proponer al rey y a su Consejo las acertadas prevenciones que, por juzgarlas de interés, reproducimos a continuación:

Libros de Acuerdos, tomo 47, folios 542 r-543 r.

[8 de Julio de 1631]

«En este ayuntamiento auiendo dado fé los porteros del que an llamado a todos los caualleros regidores que están en esta villa para tratar del remedio que puede auer para acauar de matar el fuego que auido en la plaza en la açera de las carnicerías que enpeço desde ayer a las tres de la mañana y aun no está acauado de matar, para cuyo remedio se acordó que los caualleros regidores que están nonbrados para asistir en las partes donde está el fuego para hazerlo acauar de matar y hacer apartar los cascotes y tierras para descubrir las lunbre-
ras y cuebas y se pueda ver si en ellas ay alguna persona, y la hazienda que ubiere la saquen y lleuen sus dueños y tengan quenta con todos los maestros y oficiales que andan en ello, acudan con cuydado.

»Que porque se a entendido que muchos de los valcones y antepechos de yeso que se an caydo de las casas que se an quemado y de las que se an derribado para evitar no pase el fuego adelante, se an llebado de la plaza con dezir que son los mesmos dueños los que los an lleuado, se acordó y el señor corregidor mandó se pregone que todos los herreros y demás personas que los vbieren llebado, los registren ante vno de los scriuanos del ayuntamiento, para que se lleben a la obrería desta villa y desde allí se buelban a los dueños cuyos fueren y que Sebastian García obrero desta villa haga lleuar los valcones de las casas de las carnicerías desta villa que son veynte, por auer como hauia cinco ventanas y tener quatro altos y mas los antepechos de los terados, a la obrería desta villa y tambien haga llebar a la dicha obrería todos los demas valcones y antepechos que ubiere en la plaza para que de allí se entreguen a cuyos fueren (2).

(1) Existen en el Archivo de Villa algunos documentos que sirven para precisar más las proporciones de aquel incendio. Corresponden a las signaturas 1-72-53; 1-72-44; 1-72-42; 1-73-28; de esta documentación y de la referente a los demás incendios nos ocuparemos en un próximo artículo.

(2) «Para remedio...—dice la *Relación*, págs. 150-151—, se dió arbitrio y pregón, que todos los que quisiessen lleuassen de los materiales de las casas lo que quisiessen y pudiessen, y así con la codicia acudieron gran número de esportilleros, y gente desta data, todos cargauan con puertas, ventanas, tablas, maderos a medio quemar, pedaços de balcones de hierro, y demas fagina de las casas, con que se le quitó gran parte de la materia al fuego.»

»En este ayuntamiento se acordó que para que de aquí adelante se eviten otros fuegos se suplique a su magestad y señores de su real consejo lo siguiente:

»Que el pasadiço de la calle ynperial que se derribó para atajar que no pasase adelante el fuego por aquella parte, no se buelva a labrar, antes se acabe de derribar el pasadiço para que la calle quede libre como antes que se labrara solía estar.

»Que las casas que de aquí adelante se labraren en la plaça, no se ponga en los terados ni en los tejados plomo ninguno y que las casas de la plaça que al presente están buenas y labradas y tienen plomo en los tejados y terados se quite, y los dueños lo tejen de teja como están algunas casas de la plaça porque por el plomo que hauiá en las casas que ayer se quemaron, no se atreúan muchas personas a subir a matar el fuego por lo que se derretía el plomo y temer los que subían no cayese sobre ellos y porqué sino viera el dicho plomo, no fuera tan grande el fuego cómo fué.

»Que ningún cerero (1) ni confitero pueda en las casas donde vibieren dentro de Madrid labrar cera ni confitura, ny hazer otras conseruas, sino que lo hagan en casas que para obradores tienen obligazion a tener en los arrabales desta villa como otras veces está mandado.

»Que los esparteros cunplan el acuerdo desta villa confirmado por el consejo para que viban en la calle del aue maria o en otra calle tan remota como ella y no dentro de Madrid y en lo mejor della.

»Que los cabestreros no puedan tener cáñamo en çero en cantidad considerable.

»Que ninguna persona pueda tener polbora para vender ni para otra cosa dentro de la villa sino en los arrabales della, pena de la vida.

»Que los coheteros no puedan hacer cohetes ni otro ningún genero de ynbençion de fuego, si no fuere con licençia del consejo y quando la tengan no ayan de labrarlo ni tenerlo en sus casas sino fuere fuera desta villa en los arrabales della.

»Que a los pasteleros y vodegoneros que estubieren en la plaça mayor y mançana de las casas de la parroquia de Santa Cruz les ayan de visitar sus ornos y chimineas los regidores desta villa que fueren fieles executores del mes, con un alarife que les pareçiere, sin les llevar el dicho regidor ni alarife cosa alguna por la dicha visita.

»Y todo lo susodicho se lleue a los señores del consejo a quien suplican lo manden confirmar y mandar se guarde y execute y poner las penas que les pareçiere a los que contravinieren a ello.»

AGUSTÍN MILLARES CARLO Y T. DÍAZ GALDÓS.

Archivo de Villa.



Una descripción topográfica de Madrid en el siglo XVI

Hasta bien entrado el siglo xvi, Madrid era todavía, en cuanto a extensión se refiere, casi un villorrio, de reducidísimo perímetro, de estrechas, tortuosas y empinadas calles, y de escaso número de habitantes. Todo lo urbanizado, y donde

(1) La *Relación* recuerda (pág. 150) que la mayoría de los moradores de la plaza eran «confiteros, cabestreros, especieros, carpinteros, boticarios y pasteleros, y otros cuyas mercaderías, no sólo perecían abrasadas, sino que aumentaban más las llamas».

se desarrollaba la totalidad de la vida tranquila del Madrid del siglo xv, no iba más allá del espacio ocupado por las modernas calles de Bailén y plaza de Oriente, calle Mayor (entonces de la Almudena), desde el Arco de Santa María hasta las Platerías, que comenzaron en la plazuela de la Villa, situada, aunque en distinta forma y distribución, donde la actual plaza del mismo nombre, hasta la Puerta de Guadalajara, cuyo emplazamiento debió ser el ensanche de la actual calle Mayor en su confluencia con la de Ciudad Rodrigo; y las calles que aún conservan todo el sabor y los encantos de su antigüedad que circundan a la de Mayor a uno y otro lado: Sacramento, Segovia, Cava..., por un lado; Santiago, del Espejo, de la Escalinata..., por el otro (1).

El corazón de la Villa era la plazuela de San Salvador, nombre primitivo de la que después se llamó «de la Villa»; allí, en su iglesia, se reunía el Concejo, allí se hacían los pregones, allí se reunían los braceros en espera de contratas, se juntaban los desocupados y los que tenían algo de que murmurar y protestar.

La calle principal del Madrid de entonces era la calle Mayor, que comunicaba la sede oficial del Concejo con la de los representantes del rey: el Alcázar; y unía casi en línea recta los dos templos más socorridos por el público devoto dentro de los muros de la Villa: San Salvador y Santa María de la Almudena.

Toda la parte ocupada hoy por la Plaza Mayor y calles de Toledo y Atocha, como principales, por un lado, y la parte alta de la de Mayor, Puerta del Sol y Arenal, eran entonces arrabales no urbanizados ni mucho menos comprendidos dentro de las murallas de Madrid: la calle de Toledo aparece citada en los documentos de la época con el nombre de «camino de Toledo»; la calle de Atocha, «camino de Ntra. Sra. de Tocha»; la de Arenal, con el de «el Arenal de S. Martín». Los barrios importantes hoy de Santo Domingo y San Martín eran sendos arrabales del mismo nombre. La Puerta del Sol no aparece citada ni una sola vez.

El año 1513, según Fernández de Oviedo (2), no tenía la Villa más de 3.000 habitantes dentro de sus muros y otros tantos en toda la extensión de su jurisdicción (3).

Pero el gran crecimiento material cuyo advenimiento se inicia con la vida eminentemente madrileña de los reyes Don Juan II y Enrique IV; aquel convertir a Madrid en centro de la actividad literaria de su época, residencia casi ininterrumpida de la corte y de los magnates con toda la serie de intrigas, lances caballerescos y amorosos, fiestas y bullicio que lleva consigo, y, centro de la actividad política, fué atrayendo cada vez más vecinos. Con los Reyes Católicos, no obstante el carino que siempre tuvieron, especialmente Doña Isabel, a esta Villa, el movimiento migratorio tuvo un descenso, y lo que es más, aumentó la emigración con las guerras de Granada y expediciones a Ultramar, actividad política y guerrera que acaso no se había visto desde los tiempos de Alfonso VIII; pero Carlos I,

(1) Vid. Núñez Granés, Pedro.—*Ayuntamiento de Madrid. El problema de la urbanización del Extrarradio de dicha Villa*. Madrid, 1920, págs. 31-3^ª, donde, con el acierto y competencia que le caracterizan publica un extracto de lo que acerca del particular se sabe en la actualidad. En la primera edición de esta obra (Madrid, 1910) se inserta un gráfico en colores de los diversos ensanches del recinto de Madrid desde la época mora hasta la actualidad, gráfico que se puede ver también en la *Historia de la Villa y Corte de Madrid* por D. José Amador de los Ríos y D. José de la Rada y Delgado, Madrid, 1862, vol. I.

(2) *Las Quincuagenas* (Ms. de la Biblioteca Nacional).

(3) Cfr. Mesonero Romanos, Ramón de.—*El Antiguo Madrid. Paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta Villa*. Madrid, 1861, pág. XXIV.

con las franquicias que concedió a la Villa, provocó una nueva era de crecimiento y esplendor, crecimiento que dió el paso más formidable de los registrados, a mediados del siglo xvi, con el traslado de la corte desde Toledo en 1561, reinando el rey Prudente (1).

Para que se aprecie el crecimiento de la Villa durante el corto espacio de tiempo que va desde 1513 (2) a 1565, damos al público una descripción de la topografía de Madrid, que incidentalmente se halla incluida en un libro de actas del Concejo, de la época: se trata de una distribución de la población, en cuarteles, para que un munícipe tenga a su cargo la vigilancia de la limpieza (3).

Obsérvese cómo aparecen ahora la calle Mayor (4), Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, calles del Príncipe, de Atocha, de Toledo, plazas de la Santa Cruz y Mayor, calle de Arenal, Puerta de Santo Domingo, etc., que no existían cuarenta años antes y que casi se formaron en los cuatro años, desde 1561, que llevaba de residencia constante la corte en Madrid.

El documento a que nos referimos es la primera parte de un acta del Concejo, de fecha 15 de junio del mencionado año de 1565 (5), y dice así:

«En XXV de junyo de MDLXV años, lunes, en la tarde.

»Estando en el ayuntamiento de la dicha Villa los corregidores Francisco de Sotomayor e Diego de Vargas e don Pedro de Cardena y el doctor Gerónimo de Pira e don Lorenzo de Vargas, e Pero de Herrera e Melchor de Herrera, e Joan Capata de Villafuerte, e el contador Luys de Peralta.

Limpieza de calles.

Quarteles.
Don Pedro de Ribera.

»En este ayuntamiento se juntaron los dichos señores a dar orden cerca de la limpieza desta villa y tratado y conferido cerca dello, acordaron e ordenaron lo siguiente:

»Vn quartel desde la puerta de Guadalajara por la Calle de Santiago y calle del señor Pedro de Herrera a San Juan y a palacio (6) hasta la puerta de Valnadu, todo lo que dize lo cercado de la Villa aquella parte, a de tener cargo deste quartel, el señor don Pedro de Ribera.

»[fol. 81 vto.] Otro quartel desde la puerta (7) Cerrada hasta el arco de Santa María, todo lo que dize hasta la calle que va de la puerta de Guadalajara a palacio, cupo al señor don Francisco Herrera.

(1) León Pinedo «Anales» determina esta fecha. Según Quintana, el traslado tuvo lugar en 1563. Mesonero Romanos lo coloca en la primera de las citadas fechas; antes había dicho que en 1560. (*El Antiguo Madrid*, pág. XXIV), lo que se admite generalmente como seguro. En 1601, Felipe III trasladó la corte a Valladolid. Sobre este punto concreto ha publicado un erudito trabajo el Sr. Sánchez Alonso (D. Benito: *Madrid ante el traslado de la corte (1600-1601)*, en *Rev. de la Bibt., Arch. y Mus.*, I (1924), págs. 327-340. Sobre el traslado de la corte a Madrid desde Toledo en tiempos de Felipe II. véase el discurso del académico Sr. Llanos Torreglia (D. Félix): *Isabel de la Paz, la reina con quien vino la corte a Madrid*. Madrid, 1926, págs. 23-25.

(2) Fecha de la descripción que trae Fernández de Oviedo.

(3) Por ello se verá que debe haber exageración en el calificativo de «sucio» que se da a Madrid por los extranjeros, calificativo que por muchos cronistas modernos se recoge y se explota con delectación morosa.

(4) La moderna parte alta de la misma, desde Platerías a la Puerta del Sol, fué la que llevó este nombre hasta el siglo xix en que se llamó también *Mayor* a la parte baja, desde la plaza de la Villa a la calle de Bailén.

(5) *Libros de Acuerdos*, tomo XVI, fols. 81 r a 81 v.

(6) Y desde el arco de la Almudena hasta *tachado*.

(7) «De Guadalajara», *tachado*.

- Diego de Vargas. »Otro quartel desde el arco de Santa María a la puerta Çerrada, a la mano derecha, todo lo que está çercado de la villa hasta la puerta de Moros, cupo al señor Diego de Vargas.
- El contador Peralta. »Otro quartel como salen por la puerta de Valnadú y van por las fuentes de en medio la calle del Arenal adelante por detrás de las casas de doña María de Aragón a dar a la puerta del Sol, por la calle de San Luys, todo lo que queda hasta la parroquia de San Martín y puerta de Santo Domingo, cupo al señor contador Peralta.
- »Otro quartel saliendo por la puerta de Guadalajara para la calle Mayor a la Puerta del Sol por la calle de la Carrera de San Geronimo y la calle del principe que va hasta la casa de Pedro Dias Laso y de allí por la calle derecha, por el horno de ladrillo de Juan Alonso con todo lo que ay hasta la calle del Arenal, cupo al señor Pero de Herrera.
- »Otro quartel, la plaça Mayor y plaça de Santa Cruz y calle de Tocha con todo lo que hay hasta la calle Mayor y calle del Principe que va a dar a la casa de Pero Dias Laso y horno de ladrillo de Joan Alonso, cupo al señor dottor Gerónimo de Pisa.
- Alvaro de Mena. »Otro quartel como salen de la puerta Çerrada por la calle de Toledo y por la calle de los Tatinos hasta el ospital de Antón Martín con todo lo que ay hasta la plaça Mayor y calle de Tocha y entrando por la cana de tras de la plaça, cupo al señor Alvaro de Mena.
- Don Lorenzo de Vargas. »Otro quartel desde enmedio de la calle de Toledo que comiença desde la esquina de la casa de Villa Real, pintor, por la calle de Diego Sanchez, carretero, a dar en casa de Joan Cavallero, con todo lo que queda a mano izquierda, hasta la calle que va de los Teatinos al ospital de Antón Martín, cupo al señor don Lorenzo de Vargas.
- Don Pero de Ludeña. »Otro quartel en que entra desde la casa de Francisco de Rojas que está en la calle de Toledo y casa de Pinedo y el matadero de la villa, a mano derecha hasta la puerta de San Francisco y puerta de Moros y calle de San Francisco y puerta Çerrada, cupo al señor don Pero de Ludeña.
- Muladares para vazien las ynmundicias. »Las cuales dichas ynmundicias se echen al arroyo de San Geronimo y barranco de la cuesta de Toledo y puerta dal Vega y barrancón de Lavapiés.
-
-

RAMÓN GARCÍA PÉREZ.

Archivo de Villa.



Notas sobre la población de Madrid durante el siglo XVII (1)

Don Agustín G. de Amezúa, en su trabajo: «Las primeras Ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid» (2) vuelve sobre el tema tantas veces ya planteado, de la población de la Villa en la mejor época austriaca. Son abundantes los

(1) Estas notas fueron publicadas por nosotros en *El problema de algunas clases sociales inferiores en Castilla durante el siglo XVII*. Tesis 1925.

(2) REVISTA DEL ARCHIVO, BIBLIOTECA Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid, III, 1926 XII-401.

testimonios literarios que ensalzan a Madrid. En su entusiasmo llegan a dar cifras, con carácter absoluto, del vecindario madrileño. Las más de las veces no son otra cosa que una forma numérica de elogio y alabanza a la Corte. La autoridad de Jerónimo de Quintana ha dado un tipo de censo—sin duda excesivo—que, casi invariablemente, ha sido citado y repetido. Así, pues, Silva o Pérez de Herrera no hacen más que confirmar estas cifras máximas. En realidad, estos datos, sólo tienen el valor de índices que marcan, de una manera imprecisa, el acrecentamiento civil y urbano. El Sr. Amezáa se inclina, ante los datos conocidos, a rebajar. «Si se quiere hasta una prudente mitad la cifra de 300.000 almas» computadas por Jerónimo de Quintana.

Veamos si nos es dable concretar, lo más posible, la cuestión. Tomás González intentó resolverla desde un punto meramente documental. Publicó *La planta de la población de Madrid en el año 1597 formada por las matrices originales del cumplimiento pascual* (1). Fué reproducido por Madoz en su *Diccionario* clásico. Según este primer censo el caserío de Madrid estaba formado por 7.061 casas, habitadas por 11.357 familias que arrojan un total de 45.422 almas. Por tanto, la ciudad no era excesivamente grande, sin embargo, estos datos, por sí, son suficientes para entrever el crecimiento de la Villa durante el siglo xvi. Si comparamos este censo con la magnitud del poblado años antes a 1561, el avance es verdaderamente grande. No tenemos datos documentales de la población en la primera mitad del siglo xvi y del xv (2); pero podemos aducir el testimonio de Guicciardini, embajador veneciano, todo sagacidad y perspicacia, que en 1512 informaba a la Señoría y cita, entre las ciudades españolas, a «Barcelona, Zaragoza, Valencia, Granada, Sevilla», omitiendo por su insignificancia la humilde Villa. No podemos ofrecer, siquiera fuesen noticias aproximadas, estados anteriores a 1597 que aclaren, en lo esencial, el problema.

De pocos años después—cuando Madrid se había estabilizado definitivamente—poseemos ya algún que otro dato que es más preciso. Madrid aumentaba de manera prodigiosa, atraído por el relumbré y pompa de las cosas reales y por la facilidad de vida. De aquí que la población de Madrid fuese abigarrada, heterogénea y sin cohesión alguna. «Sayas y más sayas, camisas y más camisas; hombres y más hombres» (3). Esta es la impresión más fina de aquella vida en común. A ella acudían las gentes de todas las regiones en coincidente emigración «porque—vienen—los ricos por la comodidad de su vida y pretensión destos y de los pobres, por darse a la ociosidad y tener muchas trazas como ganar el comer en cosas que no solamente son útiles a la república, excusando trabajar en las que conviniese, de los menestrales y oficiales que exercen sus tratos y oficios con más aprovechamiento a veces se hallan engañados» (4). Esta turbamulta de personas iba a hacer a Madrid,

(1) Censo de población de las provincias y partidos de la corona de Castilla en el siglo xvi. Madrid, 1829.

(2) Respecto a la población de Madrid durante la Edad Media no se ha trabajado nada. Sin embargo, es sumamente interesante llegar a su conocimiento, no tanto por poseer un dato más, sino por estudiar, comparativamente con otras ciudades, el proceso formativo. Esperamos poder llegar a alguna solución respecto al siglo xv en presencia de un censo de parroquias que se conserva en nuestro Archivo de Villa y el estudio de censos para la recomposición de las murallas, base de un cálculo seguro y rigurosamente exacto.

(3) Correas.—Vocabulario de refranes.

(4) *Actas de las Cortes de 1617-1670*. Actas de las Cortes de Castilla, pág. 436.

según la frase de Moncada, «un mar sin suelo de vicios» (1). De este momento de plenitud tenemos ya documentos exactos:

«Relacion de las personas de comunión que hay en la Villa y Corte de España un año con otro y en particular los que hubo de 1617 y cuantas parroquias y conventos de frailes y monjas que hay en ellos (2).

PARROQUIAS

Santa María tuvo de almas de comunión el año pasado de 1617, dos mill y ochenta.....	2.080
San Salvador, mill ciento.....	1.100
San Juan, dos mill y setenta.....	2.070
San Pedro, mill quinientos.....	1.500
San Andrés, cinco mil y seyscientos.....	5.600
St. tiago, tres mill y ciento.....	3.100
St. ^a Cruz, catorce mill y ducientos.....	14 200
San Martín, diez y seis mill trescientos vte.....	16.320
San Gines, diez y ocho mill.....	18.000
San Justo y Pastor, doce mill y ducientos.....	12.200
San Miguel, cinco mill y quinientos.....	5.500
San Nicolás, seyscientos setenta.....	670
San Sebastian, veintitres mill trescientos cinquenta.....	23.350
	<hr/> 105.690

Por manera que las parroquias son trece y ay ciento y cinco mill seiscientos noventa almas de comunión.

Conventos de frailes y otros religiosos calçados y descalços

Nr. ^a S. ^a de Atocha, Dominico.....	0.066
El colegio de Santo Thomas, de la mesma horden.....	0.080
St. Franc. ^o Calçado.....	0.144
San Bernardino, Francos. descalços.....	0.020
Los Capuchinos de la mesma horden descalços.....	0.054
St. Phelipe de la horden de St. Agustin.....	0.148
El collegio que llaman de doña Maria de Aragon de la mesma horden..	0.007
Agustinos Recoletos.....	0.076
El Carmen Calçado.....	0.120
Los Carmelitas descalços.....	0.060
La Merced.....	0.110
Santa Barbara, mercenarios descalços.....	0.038
La SSm ^a . Trinidad.....	0.140
Los Trinitarios descalços.....	0.060
La Vitoria.....	0.094
St. Gerónimo.....	0.052
St. Basilio.....	0.050
St. Benito.....	0.030
St. Bernardo.....	0.016
Los Premotenses.....	0.018
La Comp ^a . de Jhs.....	0.100
El noviciado de la mesma horden.....	0.042
La Casa profesa de la mesma horden.....	0.014
Los clérigos menores.....	0.048
	<hr/> 1.602

(1) *Discurso de la Restauración política de España*, pág. 144. Madrid, 1746.

(2) Biblioteca Nacional. — Sección de ms., sign^a. 2.274.

Por manera que ay veinte y cinco conventos de frailes y en ellos asisten en la Corte mill e seyscientos dos.

Conventos de monjas cuantos ay calçadas y descalças en ellos

El monasterio Rl. de las descalças francas.....	0.040
Santo Domingo el Real	0.120
La Encarnación Real, agustinas descalças.....	0.026
Santa Isabel, agustinas.....	0.028
La Magdalena, agustinas.....	0.061
Santa Clara.....	0.052
Constantinopla de la Merced, horden francas.....	0.064
Los Angeles de la Merced, horden francas.....	0.064
El Caballero de Gracia, franciscas. descalças.....	0.005
El convento de las Vallecas Bernardas.....	0.060
El convento qe llaman de Pinto Bernardas, ochenta y cuarenta seglares.	0.080
El Sacramento, monjas bernardas descalças.....	0.014
Concepción Gerónima.....	0.080
Corpus Xpti, geronimas descalças.....	0.020
Las carmelitas descalças.....	0.021
Las mercenarias descalças.....	0.027
Santa Catalina de Sena y 57 seglares.....	0.070
	<hr/>
	0.943

de monjas calçadas y descalças ay conventos veinte y en ellos 943 monjas.»

Los datos proporcionados por el Censo de 1597, comparados con el de 1617, ofrecen diferencias. La creación de dos nuevas parroquias. La concentración en el interior, correspondiendo a las parroquias de San Sebastián, San Ginés, San Martín, Santa Cruz, un total de 71.550 habitantes, cifra superior, en mucho, a la totalidad del Censo primero. Las cifras generales son, añadiendo al vecindario los religiosos, 107.195 almas. Es decir, que en un plazo de veinte años, Madrid aumentó en 61.775 habitantes, correspondiendo por cada año 3.084,53.

Crecimiento que tuvo una gran importancia económica. Ciudad de tan densa población exigía que su territorio circundante fuera rico, feraz para poder ser abastecida cumplidamente. No era así. Media Castilla la Nueva era absorbida por las necesidades vitales de la Corte. Así en las Cortes de 1616 se dijo que «viene a estar tan poblada y llena, que para su sustento y gobernación es menester traer de los lugares más apartados, y que tienen necesidad de ello para sí, y no pudiendo excusarlo, el trigo, la cebada y otros bastimentos, con daño y descomodidad de los pueblos y sus vecinos, y en falta de sus mantenimientos y comunicación a diez y ocho y veinte leguas alrededor, reciben grandísimas molestias y vejaciones, obligándoles traer pan cocido y demás cosas necesarias». De aquí que los economistas buscaran un medio para llegar a descongestionar la Corte, que estaba enclavada en un semidesierto, provocando el abandono del campo, problema cuya solución nunca fué entrevista por el Estado en su total complejidad (1); mas éste no es lugar para exponer exactamente el estado de la cuestión.

(1) «Relación de lo que han informado los corregidores de Castilla la Vieja y Nueva, la mancha, estremadura y andalucía cerca del remedio que se tendrá para la conservación de la labrança y criança.» (Biblioteca Nacional, Sec. Ms.)

En cuanto al aspecto político, para evitar la concentración urbana en Madrid, es suficiente recordar las disposiciones generales insertas en la *Novísima Recopilación*.

Censo posterior a 1617 no conocemos ninguno. Sin embargo, Julián Juderías inserta uno que atribuye a 1646, según el cual Madrid tenía 74.435 vecinos, «incluso 1.134 clérigos (sin contar 20.000 personas más fuera de matrícula); es decir, alrededor de 350.000 almas». Estos datos no se pueden comprobar, ni se sabe la procedencia, cuidadosamente ocultada (1). Tan sólo tenemos noticia del vecindario general de 1723, extractado en una hoja suelta que se conserva en la Biblioteca Nacional (2), que ofrece este estado:

«Relación de las parroquias, casas, vecinos y personas que tiene la Villa de Madrid.»

PARROQUIAS	Casas	Vecinos	Personas de comunión
San Salvador.....	0.017	0.076	0.360
San Nicolás.....	0.073	0.102	0.521
San Pedro.....	0.061	0.257	1.136
Santa María.....	0.049	0.420	1.563
San Miguel.....	0.099	0.618	2.261
Santa Cruz.....	0.336	1.915	6.741
San Juan.....	0.057	0.181	0.821
San Sebastián.....	1.901	4.255	17.636
San Ginés.....	1.460	5.564	21.346
San Tiago.....	0.094	0.506	2.025
San Martín.....	2.336	4.821	20.920
San Justo.....	1.167	3.779	12.789
	8.082	24.344	95.473

En este año de 1723 tiene la Villa de Madrid las dichas parroquias, casas, vecinos, personas de comunión, sin los niños, soldados ni Hospicios.

Plaza Mayor incluye casas 136, ventanas 467, personas 5.700, lo ancho 334 pies, de largo 434 y circunferencia 1.563.»

Si comparamos las cifras del Censo de 1617 con éste, veremos que había crecido en 10.217 habitantes, cosa muy probable; pero si aceptamos la de Juderías, tendremos un descenso de 254.527 almas, hecho difícilmente comprensible.

De los datos anteriores, por aún ser incompletos, poco puede deducirse. Ahora bien; creemos que, en cuanto al siglo xvii, hablar de las cifras máximas no reflejan exactamente el estado de población absoluto de la Villa. Es de esperar que puedan completarse, algún día, estos datos estadísticos con mayor precisión y seguridad.

E. VARELA HERVIAS.

Archivo de Villa.

(1) Carlos II.

(2) Biblioteca Nacional. Mms. Sign.^a 2.274.

RESEÑAS

LYELL JAMES, P. R.—*Early Book illustration in Spain*. Con una introducción del doctor Conrado Haebler. Ilustrado con numerosas reproducciones. Londres, W. C. I. Crafton & C.^o Coptic House, 1926. 331 páginas, fol., 247 grabados, 500 copias numeradas a mano.

Libro, cuya aparición deben celebrar con entusiasmo los amantes de los buenos libros y muy en especial los españoles. Con doble motivo: por su asunto y por la forma en que ha sido presentado. Con él, el Sr. Lyell entra en la lista de los grandes hispanófilos que, con ardor y fe, más de agradecer en extranjeros, colaboran con nuestros eminentes investigadores en el descubrimiento y puesta en valor de las inmensas riquezas culturales de nuestro pasado. Felicémosle y felicitémonos.

Abarca los incunables y los libros ilustrados del siglo xvi. Limitación muy justificada. Es el primer período y el más brillante de florecimiento del libro español. El segundo, en el siglo xviii y principios del siguiente, no es tan original ni tan sobresaliente. El Sr. Lyell ha tenido, por tanto, un acierto al escoger el término de su estudio: el juicio no es nuevo, pero no había sido demostrado irrefutable y gráficamente como lo hace su libro. El nivel va decayendo con el siglo... y podía añadirse, con la riqueza y con el rango político de la Nación.

Hasta ahora no se había atacado el tema, atrayente como pocos, de examinar en conjunto nuestra tipografía del xvi. El plantear el asunto es un éxito indiscutible y una benemérita iniciativa del Sr. Lyell. Digo «plantear» porque no pretende haber desarrollado el tema con la amplitud que éste se merece; su aspiración es animar a otros a que recojan su ensayo, lo trabajen a fondo y lo completen. ¡Ojalá se cumplan sus deseos! No faltan bibliografías ni faltan reproducciones ilustradas de esa época. En especial en monografías de impresores locales hay obras muy importantes, de todos conocidas. Lo que faltaba era el conjunto: ese primer paso que ha dado el Sr. Lyell.

Todas las clasificaciones tienen su pro y su contra. La adoptada en el libro que analizamos distribuye las imprentas por ciudades, y en cada ciudad se prosigue sistemáticamente la obra de cada impresor, siendo esta última directriz la predominante cuando uno mismo trabaja en varias poblaciones. Ofrece la ventaja de una gran claridad y sencillez, permitiendo, además, seguir de cerca la obra de cada artista y justipreciar su labor; pero con el inconveniente de dificultar la apreciación del ambiente general y el no ser fácil formarse idea exacta del conjunto ni seguir la evolución del arte de la imprenta en el tiempo y en la Nación; cuestiones apasionantes como datos culturales. Dificultad menos grave cuando, como aquí, el período de tiempo no es muy largo; de todos modos, se siente la conveniencia de una ojeada demostrativa sobre la totalidad y sobre la marcha

general, que cuando se llegue a un estudio sistemático del tema, creo yo no deberá omitirse, so pena que el trabajo resulte una especie de armario gráfico, clasificador de papeletas. Es un ruego y una advertencia a los continuadores de Lyell.

El contenido de su libro es de gran interés, aunque no es completo. Trae y reproduce portadas, grabados, bulas, y páginas de multitud de ejemplares únicos, lo que por sí solo le da una valía desusada. Los hay entre ellos de interés histórico, cual el *Tractatus* (sic) *de matrimonio Reg. Angliae*, del benedictino Fray Alfonso Virués, impreso en Salamanca en 1530 para discutir el divorcio de Enrique VIII y la Reina Catalina de Aragón; de interés literario e iconográfico, como la obra, presunto primer impreso de Lope de Vega *La Arcadia* (en la prensa de Luis Sánchez, año 1598), con un retrato juvenil del autor, que figura también en la edición —hasta ahora tenida por príncipe— de 1599, y que difiere del que traen las posteriores impresiones; de interés histórico-geográfico, como el *Libro tercero de la cronyca de Valencia*, de Martín de Vicyana, impreso por Juan Navarro en 1564, con el curioso grabado, vista de Alicante, que reproduce Lyell; de interés bibliográfico es la probablemente primera edición del *Flos Sanctorum*, de Pedro de la Vega, en que el gran impresor de Zaragoza, Jorge (G.) Coci, hace el por ahora primer alarde conocido de impresión en cinco colores. (*Las Décadas*, de Tito Livio tienen la portada en tres colores), admirablemente reproducida en el frontispicio del libro que estudiamos. De las reproducciones, alrededor de una cuarta parte lo son de ejemplares rarísimos o únicos de la biblioteca del autor, y otra cuarta parte de libros selectísimos que figuran asimismo en su colección. Es, tal vez, lo que resta amplitud a la materia, si bien, por otro lado, ha prestado más interés, calor y ambiente al conjunto, por el cariño con que se tratan individualmente los volúmenes descritos y por las curiosas vicisitudes que nos cuenta de algunos de ellos con la satisfacción de coleccionista afortunado, amenizando de paso las notas técnicas, bibliográficas y literarias. En junto tiene el libro 247 grabados, exactos facsímiles de los originales (aunque algunos de ellos reducidos en su tamaño), todos ellos excelentemente ejecutados, llenos de ese indescriptible sabor y exquisitez de los viejos grabados, tan difíciles de transcribir; sobresale, entre todos, el citado frontispicio en colores.

Y hétenos ya de lleno en la «forma» de presentarlos. Este libro, sobre libros, es un libro estupendo. De un gusto y de una corrección poco vulgares. Estilo tradicional, puro, clásico. Nada de atrevimientos ni de combinaciones ni de elementos modernistas; tranquilo, serio, correcto, distinguido como de noble abolen-go. Un alarde de dominio tipográfico. La impresión que deja recuerda al Mantegna, al *Francia*, a algunos flamencos; sobre todo al Mantegna en sus insuperables frescos, correctísimos de dibujo, y sin embargo, bien lejos de la frialdad de los clasicistas franceses, llenos de ambiente y espontaneidad. El arte moderno del libro, los extravíos posteriores a William Morris, no han hecho irrupción en éste. A buen seguro que con ello su valor artístico será menos llamativo, pero más permanente.

La tarea resuelta ha sido difícil. Lo digo por convicción íntima. Largo tiempo llevo yo dentro el germen de un libro sobre *El libro español*; siempre me han aterrado las dificultades técnicas, y, sobre todo, las artísticas de su ejecución. Por eso celebro un éxito como el de Lyell en un campo en que abundan los fracasos. Así, por ejemplo, hace dos años se publicó uno de los últimos ensayos, resultado de la Exposición del Libro francés en el Pavillon de Marsan. Frío, dentro de una ejecución pretenciosa; nada de arte verdadero y sentido; composiciones

desequilibradas, cientos de defectos elementales de que huían instintivamente los productores de incunables. Podría multiplicar los ejemplos. Citaré sólo el de uno de los bibliófilos más salientes, especializado en libros ilustrados precisamente del xv y xvi. Masséna, que ha publicado a todo lujo, sin reparar en gastos, los libros más espléndidos que yo conozco de bibliografía. Como Duque de Rívoli dió a luz *Les Missels imprimés a Venise de 1481 a 1600*, Paris, J. Rothschild, 1896. Con el título de *Príncipe de Essling* el todavía más importante *Les livres à figures vénitiens*, Paris, Leclerc; Florencia, Olschki, 1907. Pues bien, yo considero estas obras unos verdaderos monumentos bibliográficos, pero unos enormes fracasos de tipografía artística, pese a su esplendor y lujo y pretensiones.

Me lleva esto a decir dos palabras sobre cuestiones que yo estimo fundamentales en la interpretación del tema. Confieso que es crítica sólo aplicable a obras maestras a que haya derecho a exigir refinamientos, exquisiteces muy por encima del vulgo. Aseguro, además, que el propio autor piensa y siente como yo, pues del epílogo y muchos otros lugares de su libro así me atrevo a deducirlo.

En la época que abarca la materia tratada no teníamos grabadores de mérito extraordinario. Multitud de bloques utilizados en ilustrar nuestros volúmenes habían nacido fuera, principalmente en Alemania. Otros grabados se copiaban, muchos se imitaban. La obra original española tiene un sello especial, un atractivo, una ingenuidad especiales; pero, por lo regular, no pasa de medianía. Nuestra característica, nuestra especialidad no es el grabado para el libro, sino *el libro ilustrado*. De éste puede decir con razón Lyell, completando ideas que viene repitiendo en párrafos anteriores, que «en la decoración e ilustración de libros sólo se logran grandes éxitos cuando decoración e ilustración se unen al texto tipográfico para formar un conjunto armonioso. Mirados bajo este nivel, los libros españoles del siglo xv ocupan una posición elevadísima, si no dominante»; y más adelante agrega con justicia que «en la primera mitad del xvi las obras españolas en su modo de ser peculiar propio, especialmente en lo que toca a *la decoración de la página impresa* (subrayo yo) sostienen ventajosamente la comparación con cualquiera otra comarca europea. Y, en efecto, así es. Y por ello, y porque es en ese campo donde los impresores extranjeros que vienen a España y aquí trabajan, se españolizan y adquieren los rasgos inconfundibles que los hacen nuestros, como nuestro es el Greco, creo yo, que no es reproduciendo grabados aislados con lo que puede juzgarse la obra artística de nuestros antiguos impresores, sino reproduciendo sus páginas completas, cuya composición, cuya armonía, cuyo balance, cuyos tipos de letra con sus tamaños y un reparto admirablemente acertado, sin afectación, espontáneas, naturales, las hace verdaderamente insuperables, maravillosas obras instintivas de arte, al par que demuestran un dominio de la técnica, nitidez y perfección de la impresión sorprendentes, no igualados o, por lo menos, no sobrepasados después. Nótese también que si se quisiera estudiar nuestro grabado de aquella época habría que seleccionar mucho más y en mayor número de libros (del innumerable caudal del xvi) para llegar a formarse una idea y dar un concepto verdad de lo que era. Dice muy bien el señor Lyell, que España es de los países en que menos se conoce y se sabe lo que tenemos en libros. Un excelente método para ir apreciando la evolución suele ser, en muchos casos, coger una serie de ediciones sucesivas de un mismo libro. En miniaturas tenemos la serie estupenda de las *Apocalipsis de San Beato*. Por análogas razones, también, soy de oponión que sólo en casos muy especiales es aceptable variar la escala o tamaño de una página reproducida; el efecto cambia

radicalmente. Por ello, finalmente, diría yo, que no se debe prescindir de los colores cuando el impresor los ha dado. No es posible, para tomar un ejemplo, formarse idea de la maravillosa página colofón y de la elegancia sin igual de la marca de impresor en las *Décadas*, de Tito Livio (Coci, 1520) sin reproducir el total de la página y sin el encarnado de los escudones de la marca y de parte de la inscripción y del texto. En todo el libro de Lyell se encuentran casos parecidos, y se ha visto impulsado a poner la página entera cuando había dado parte de ella en otro grabado (el mismo frontispicio). Repito: nuestros impresores sobresalen en el libro ilustrado, no en la ilustración del libro, en aquella época refinada.

Se defiende el Sr. Lyell en su prólogo de no haber hecho una obra de técnica bibliográfica. Démosle gracias por ello. Nos lo explica él mismo con su epílogo. El Sr. Lyell, que en primer lugar es un artista del libro, no debe aspirar a llamarse bibliógrafo. Es un *bibliófilo* de «cepa», diríamos en España. El bibliófilo no puede serlo de veras si no es bibliógrafo. Es una categoría superior, el doctorado.

Antes de acabar, unas pequeneces. La encuadernación, en tela, se halla con idéntica disposición y colores en un libro español: mi *Arquitectura Naval Española* (1920) que la lleva en pergamino auténtico y cretona. Por cierto que varias de las reproducciones que trae el libro de Lyell se hallan en mi dicha *Arquitectura* (y para satisfacción de mis lectores españoles agregaré que los Oliva Vilanova del libro español no parecen arredrarse ante la Aberdeen University Press, ni ante la Emery Walker C.^o que han impreso el libro inglés y el frontispicio en colores). Es una lástima que libro tan hermoso acabe «mal»: Mal la última de las láminas, por una pequeña equivocación, pues el libro reproducido (*Ordenanzas del Consulado de Bilbao*, por Juan de Iorza), no puede ser del siglo xvi sino pasada la mitad del xvii. Las características del grabado y en especial el tipo y forma de la tipografía confirmaron mi primera impresión debida al barco que figura en la portada. Mi querido amigo, erudito bibliófilo, D. Luis de Lezama-Leguizamón, me lo corrobora en unas interesantes notas con detalles sobre el impresor bilbaíno Elorza, que debe ser el *Iorza* del colofón de referencia. Y he dicho que acaba «mal» porque la última palabra, el *finis* con que finaliza ni armoniza, con el tipo de letra del texto, junto al cual está inmediatamente colocado, ni equilibra bien la página. No hay libro sin defectillos.

En definitiva: un libro importantísimo, un libro interesante en alto grado y por varios conceptos, un libro bello, un libro impulsivo.

GERVASIO DE ARTIÑANO.



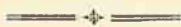
Asocio de la extinguida Universidad y tierra de Avila. Bosquejo histórico del mismo y reglamento por que ha de regirse su Junta administrativa.—Avila, tipografía de Antonio M. Ibáñez, s. a., 171 + IV páginas + 2 hojas de erratas.

Establecidos los Concejos medievales con sus atribuciones, derechos y obligaciones, hubieron pronto de unirse entre sí para la lucha con los árabes y la defensa de sus intereses comunes. El libro que comentamos no determina, por falta de docu-

mentos, la fecha en que debió comenzar la comunidad de Avila y sus pueblos y otras análogas. «Desde el momento—leemos en la página 11—en que D. Raimundo de Borgoña repobló la ciudad, es lógico suponer que constituiría el Concejo de Avila, del que dependieron los de los pueblos próximos, que repobló también, a los cuales había señalado términos, tierras y pastos, siendo la necesidad el motivo y causa de la unión de unos y otros Concejos, con lo que se formó la Comunidad de Avila y sus pueblos.» Hallábase ésta dividida en siete sesmos o regiones, cuya distribución se conoce por un repartimiento del servicio ordinario de 1710. Estúdiense en este libro los bienes que poseyó la Universidad y tierra, y los que en la actualidad disfruta, así como las noticias referentes a la administración de sus bienes (que remontan a un privilegio de Fernando III de 1222 para que la ciudad de Avila pudiese elegir aportellados y adelantados), primeros administradores, sexmeros, procuradores generales, representantes de los pueblos y Consejo de Administración. Termina la obra con el reglamento para régimen y gobierno de la Junta de Administración del Asocio de la extinguida Universidad y tierra de Avila; pero antes se incluye (págs. 41-145) una importante serie de documentos que se hallan copiados y testimoniados en el pleito promovido sobre propiedad de Cauce viejo, fallado en 1414 y conservado en el Archivo del Asocio. Iniciase dicha colección con un privilegio otorgado por Alfonso VIII, en Burgos, a 21 de abril de 1181, a la ciudad de Avila, concediéndole el disfrute de pastos comunes con Segovia en el Campo Azálvaro, señalándole términos y cediéndole el castillo de Castro, en las riberas del Tajo; siguen otros cuatro del mismo monarca, uno de Enrique I (Avila, 21 de abril de 1215), tres de Fernando III, seis de Alfonso X, uno de Enrique III (impropiamente llamado *cédula*), un *Ordenamiento* de Alfonso XI, dado en 1330 y confirmado por Pedro I en las Cortes de Valladolid de 1351, y, finalmente, las *Ordenanzas municipales* de Avila de 1384.

El interés del volumen que reseñamos radica, principalmente, en esta colección diplomática, y revela en sus autores un deseo, digno de aplauso, de contribuir eficazmente al mejor conocimiento del pasado de su región. Es sólo de sentir que no se haya puesto mayor cuidado en la transcripción de los documentos latinos, modo de evitar una lista de erratas que, con ser nutrida, no incluye todas las que ocurren en el texto.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.



La Cueva de Altamira y la villa de Santillana del Mar (Santander).

Publicado por la Junta protectora de la Cueva de Altamira. Madrid, 1926.

La Cueva de Altamira ha podido desaparecer. En ese trance —por obra de desidia— se hallan más de una cueva o abrigo de valor único. Ya vimos en 1917 perderse la Cueva de los Caballos (Valtorta, Castellón), coincidieron en su ruina la incultura campesina, de un lado, y de otro, la rapacidad erudita; no se pudo evitar su desaparición total a pesar de avisos honrados. Innúmeras son las cuevas que viven en exposición constante. Algunas han sido defendidas por iniciativa particular; ejemplo, la Cueva de la Vieja (Alpera, Albacete). La desaparición de

las cuevas pintadas significa pérdida irreparable de obras de singular belleza. Bien es verdad que Altamira tuvo una leve protección, siempre deficiente, pues quedaba reducida a un guarda-guía y a una cancela que cerraba su ingreso. Contra las acciones conjuntas de tiempo y erosiva —pertinaces y sempiternas— no se previno nada. En el año de 1925, cabalmente en el cincuentenario de su descubrimiento por Marcelino S. de Santuola, la mejor cueva española se hubiera derrumbado sin remedio.

El duque de Alba sintió la responsabilidad en que se incurría al no poner eficaz empeño. En tono de elogio debemos citar su afán por conservar, para España y para el mundo, esta reliquia única del arte cuaternario. Atención constante, perdurable por las cosas del espíritu que descubre actividades altas, nobles, selectas en el hacer cotidiano del duque de Alba. Así, bajo su presidencia se constituyó una Junta protectora de la Cueva de Altamira. La tarea a seguir era espinosa, difícil. No solamente había que resolver un problema técnico sumamente complicado y complejo, sino que la mayor exigencia estaba en la dificultad económica. Gracias a la liberalidad del de Alba se llegó —rápida y espléndidamente— a un resultado magnífico y ejemplar. Las vicisitudes de la restauración de Altamira han sido las siguientes: la compra de los terrenos circundantes a la cueva, construcción de la Casa-Museo. La obra interna, dirigida por el maestro Hugo Obermaier, principalísimo colaborador del duque de Alba, entrañaba la mayor responsabilidad. He aquí el resultado: «Los caminos interiores han sido mejorados, y, sobre todo, se ha practicado un camino circular en la *Sala de las pinturas*. En lugar de las lámparas de acetileno, peligrosas por todos conceptos, se ha instalado reflectores eléctricos. Al mismo tiempo, se ha llevado a cabo, por vez primera, el estudio sistemático del yacimiento del vestíbulo, y se ha construido en éste último un gran muro de contención que asegura para siempre la estabilidad de la techumbre». Palabras sencillas que encierran en sí el trabajo ininterrumpido de un año.

La salvación de Altamira se ha conmemorado noble y sencillamente con la publicación de esta excelente guía. La parte referente a la cueva está redactada por Hugo Obermaier; es un primor de lo esencial, no cabe precisión mayor en palabras tan modestas. Una segunda parte, escrita por Elías Ortiz de la Torre, describe la villa de Santillana del Mar.

He aquí una acción altamente bella. El duque de Alba goza con esta especie de edificación de nuestra mejor riqueza, exenta —por tanto tiempo— de una atención constante y desinteresada.

E. VARELA HERVIAS.



HURTADO DE LA SERNA, J. Y GONZÁLEZ PALENCIA, ANGEL.—*Antología de la literatura española*. Madrid, 1926, VI + 586 págs. + 1 hoja, 4.º

No es, ciertamente, empresa fácil componer una Antología manual de la literatura española. Aun separando los textos en prosa de los poéticos peligra semejante tarea sobre dos escollos opuestos: o es la selección extremadamente

rigurosa, en cuyo caso apenas hay espacio más que para insertar los trozos consagrados y repetidos en todas las antologías anteriores; o, si se intenta reunir cuantos fragmentos merecen, por su mérito o por detalles curiosos o técnicos, ser ofrecidos a los estudiosos de nuestra literatura, hay que salirse de los límites de un volumen y consagrar varios al empeño. Calcúlese cómo subirá de punto la dificultad de querer seleccionar a la vez pasajes en prosa y verso, y aun dedicar algún espacio a las literaturas hispanoromana y arábigoespañola. Tal ha sido el propósito de los Sres. Hurtado y González Palencia. Apresurémonos a decir que han salido bien airoso del aprieto, formando una de las mejores antologías de nuestra literatura y, dentro de sus límites materiales, desde luego la más completa y comprensiva que poseemos.

En un solo volumen de cerca de 600 páginas puede encontrar el lector, no sólo las piezas literarias consagradas por la admiración unánime de los doctos, sino también otras muchas igualmente acreedoras a esta distinción, y hasta fragmentos que «representan lo más escogido e interesante en obras raras o de difícil acceso.» No menos de 532 (y hay algunos números con *bis*) son los textos recogidos. En más de tres pliegos, al final del tomo, se agrupan interesantes notas sobre la mayoría de los pasajes, relativos a fuentes, trabajos de investigación, relaciones de unos trozos con otros o versiones extranjeras de los mismos. Un índice alfabético de autores facilita el manejo del volumen. Quizá no hubiera estado de más otro índice que permitiera abarcar de una sola ojeada los títulos de los *excerpta* y el orden en que han sido insertos; más la tabla de autores y la agrupación cronológica que éstos tienen en el libro no le hacen del todo necesario. La obra forma el lógico complemento de la excelente *Historia de la literatura española* (2.^a ed., Madrid, 1925) que debemos al celo y a la erudición de los mismos autores. Las notas a que hemos aludido ponen al día, en lo más esencial, la bibliografía del manual histórico. En algunas de ellas se insertan también, según hemos dicho, traducciones de otras lenguas de determinadas poesías célebres castellanas. Sería injusto no citar, entre estas versiones, las latinas del padre Tomás Viñas de San Luis, Sch. P., donde fidelidad y elegancia se alían en estrecho consorcio. Descuellan la de la *Epístola moral* (pág. 554) y la de *Amor y orgullo* de la Avellaneda (pág. 574); pero todas son felicísimas, y revelan un raro y extraordinario talento de latinista, que reverdece los lauros humanísticos que han decorado siempre la ejecutoria literaria de la Orden calasancia.

En una *Advertencia* previa, afirman los autores que han atendido «no sólo al criterio estético, sino al histórico, descuidado muchas veces u olvidado completamente en algunas colecciones manuales de trozos escogidos, hechas en el siglo anterior.» Es ésta, sin duda, la buena doctrina. No se trata ya sólo de presentar desligados los mejores fragmentos de nuestra gran literatura clásica, sino de excitar y de facilitar la *comprensión* de todas las formas artísticas que esa literatura ha revestido en la historia; de explicar un acierto por los ensayos y aun por los fracasos precedentes, con lo cual, a la par que se encadena la atención del lector a estos interesantes procesos evolutivos, se logra formar en su mente clara idea de lo que es la tradición literaria. En este sentido, una obra mediana, origen de otra genial, enseña más y ofrece mayor interés que una obra perfecta, pero aislada y estéril, sin entronque en la tradición literaria nacional.

Aun quisiéramos extender más la influencia de este criterio histórico en las antologías. Muchas de éstas se ven afeadas por el prurito de sus autores de querer actualizar la literatura clásica y proponer, dentro de ella, modelos para los

escritores de hoy. El *Florilegio español* de Campillo (Madrid, Hernando, 1835), que es por muchos respectos un libro excelente, nos suministra un caso de esta índole. El autor, influido aún por la tendencia neoclásica que viene de Lista, escoge en nuestra literatura antigua casi únicamente las composiciones que mejor casan con su propia orientación estética o con la dominante en su tiempo, como paradigmas que conviene imitar. De las restantes manifestaciones literarias sólo ofrece parvos ejemplos, y eso para censurarlos. Todo esto no quita para que el *Florilegio* sea, por su anotación fina y minuciosa, redactada con el más chispeante ingenio y el mejor gusto, dentro de la limitación aludida, una de las mejores antologías españolas. Mas tal manera de proceder no es hoy posible. Debemos respetar la historia como tal historia. Lo pasado, pasado. Hay que estudiar lo mismo al Garcilaso de las *Églogas* que al Góngora del *Polifemo*; al fray Luis de los *Nombres de Cristo* que al Gracián del *Oráculo manual*. No hay que limitar el campo de nuestro goce estético, ni recordar la enorme, la característica y a veces contradictoria variedad de nuestra literatura; antes hay que esforzarse en comprender históricamente todas las maneras, aun las más lejanas de nuestra orientación actual, sin sujetar la historia a las veleidades del gusto presente. Por eso es de agradecer que en una *Antología* como la que comentamos se nos ofrezcan, imparcialmente, muestras de todas las manifestaciones de nuestra literatura clásica. Lo cual es mejor que la imposición de determinados modelos. Una literatura no progresa por la imitación servil de algunos autores, sino por la influencia y la continuación de toda su tradición, formada por muchos escritores y muy distintos. Lo esencial es poner al alcance de la comprensión de los jóvenes nuestras más características modalidades literarias; lo mismo el teatro que la mística o la picaresca; igual el culteranismo que el conceptismo o el prosaísmo. La influencia beneficiosa no tardará en hacerse sentir.

Dentro de ese criterio histórico en que los trozos de antología tienen, más que su propio valor el que les da el ser muestras de la posición de las obras de que forman parte en la tradición artística y en el proceso literario evolutivo de un país, es de desear que en esos trozos coincidan el interés de su fondo—noticias útiles para la historia literaria, para pintar las costumbres de una época, etcétera—, con el interés de la forma—muestra del estilo y de la manera técnica característica del autor de que se trate—. Pero cuando ambas cosas no coincidan, creemos que debe darse preferencia a la segunda. Así como hay que juzgar de los cuadros por la calidad de su pintura y no por su asunto, así las piezas literarias, deben juzgarse, de un modo estrictamente literario, sólo por el estilo. Si un fragmento, ininteresante desde el punto de vista estilístico, ofrece una noticia de importancia, será ocasión de recoger ésta avaramente para la historia, pero no de incluir el trozo como pieza de antología. Conforme a estas consideraciones, la selección de los *excerpta* es en esta *Antología* excelente, en una gran mayoría de casos. Sólo en contadas ocasiones—por poner algún reparo—se nota cierta fluctuación. Así, el fragmento de Abenbassam sobre la *invención de la moaxaha* (número 8) ofrece una noticia del más alto interés literario, que aprovechó oportunamente el maestro Ribera. Mas, fuera de esto, el lector no podrá allí formarse idea de cómo escribía Abenbassam. Para ello, dentro de los pasajes de la *Dajira* traducidos a lenguas europeas, hubiera quizá sido más útil el texto referente al Cid que publicó Dozy en sus *Recherches*. Lo mismo sucede con el fragmento de Capmany (numero 387). Los juicios sobre fray Luis de León que allí se leen son muy interesantes, mas el lector no podrá formarse idea de la técnica literaria de

Capmany por las cuatro líneas que de él se insertan como simple trabazón de las citas.

Hemos aludido, sólo brevemente, a las exigencias de orientación y método que los tiempos piden en obras de esta índole. Todas las encontramos cumplidas de modo plausible en la obra de los doctos profesores de la Central. Descender a elogiar cuantos detalles lo merecen, es empresa, a la que, por exigencias del espacio y no sin sentimiento, hemos de renunciar aquí. Haremos notar tan sólo que, en la elección de trozos poéticos, han procurado los autores destacar muchos que, a la belleza de su fondo y de su elocución, unen la cualidad de estar versificados en combinaciones métricas poco frecuentes. Es interesantísimo, y avalora la *Antología*, ver reunidos estos curiosos intentos, y observar de qué manera encuentran precedentes en nuestra literatura libertades métricas que podrían parecer privativas de los tiempos modernos.

En casi todos los géneros—véase, sobre todo, la prosa de los siglos xvi y xvii—la selección es completísima y acabada. Aún en la difícilísima tarea de escoger unas cuantas páginas representativas en el mar insondado de nuestra dramática, predominan con mucho los aciertos. Si algún reparo hubiéramos de poner—p. e., la fragmentación de algunas composiciones poéticas que hace de la *Antología* una selección de lo selecto y que impide ver, en algunos casos, algo tan esencial como la general arquitectura de la oda—está disculpado por el lógico deseo de no engrosar desmesuradamente el volumen. Los Sres. Hurtado y González Palencia han realizado, en efecto, el milagro de incluir el mayor número de textos interesantes en el menor número de páginas posible. Por eso decíamos antes que, dentro de los límites que se han impuesto, su *Antología* es la más completa y comprensiva que poseemos. Y por eso también creemos que, junto con la *Historia* de los mismos autores, sirve este libro de excelente manual iniciador para los estudiantes de la literatura española y de obra de consulta indispensable para cuantos se ocupan de estas materias.

EMILIO GARCÍA GÓMEZ



SCHNEIDER, GEORG.—*Handbuch der Bibliographie*.—Dritte, unveränderte Auflage. Leipzig, Karl. W. Hiersenmann, 1926, 24 × 16 cm., 544 págs.

Ofrecemos hoy a nuestros lectores una detallada noticia, dentro de la im-puesta brevedad, de la *Bibliografía* de Schneider, que ya dejamos anunciada en el último número de esta REVISTA.

La obra de Schneider comprende dos partes distintas: una *teórico-histórica* y otra descriptiva, que frente a la primera puede ser llamada *práctica*.

La parte teórica estudia la esencia de la Bibliografía, sus relaciones con la vida ordinaria y en especial con la intelectual, los nombres, clases y formas de catálogos y repertorios y los tres grados esenciales de la Bibliografía (colección, descripción y ordenación). La parte histórica da a conocer la evolución de los principios fundamentales de dicha ciencia, la sucesión de nombres y designacio-

nes de los elementos bibliográficos en sus principales clases y modelos y los nombres de los más notables trabajadores especializados en estas materias.

La segunda parte, la práctica, es un buen repertorio de las obras que constituyen la *Bibliografía viviente*, el auxiliar indispensable a todos los estudiosos, el instrumento continuamente manejado en gabinetes y bibliotecas. Las fuentes y materiales son los verdaderos repertorios y bibliografías, ya generales, ya especiales; tan sólo usa materiales de segunda línea (catálogos, enciclopedias, historias literarias, biografías), sobre todo las historias de la Literatura «para países en los que por ser las Bibliografías poco numerosas, deficientes, difícilmente utilizables o poco accesibles, como en los Estados eslavos». El autor ha adoptado una agrupación sistemática, dentro de la cual las bibliografías nacionales aparecen unidas, según las regiones lingüísticas, frente a los grupos de otras lenguas.

Es más fácil aplaudir que enjuiciar la presente obra. Y tan difícil como enjuiciar es *extractar*; empleamos esta palabra, porque ya que no exista traducción castellana de la obra de Schneider, hemos creído sería conveniente hacer una síntesis de la misma. Como dicha síntesis exigiría varias páginas de la Revista y creemos de sumo interés que los lectores conozcan el contenido de la misma, nos limitamos casi exclusivamente a darles a conocer el contenido de dicho *Manual de Bibliografía*, obra maestra (especialmente desde el punto de vista alemán) en que se estudian con sumo cariño y con pleno conocimiento los diversos problemas (técnicos, literarios, históricos) que ofrece la Bibliografía.

He aquí el contenido de la obra de Schneider:

Parte teórico-histórica.—I. Fundamentos literarios.—II. La esencia de la Bibliografía: 1. Su contenido. 2. Sus relaciones: A) La Bibliografía y el trabajo. B) La Bibliografía y los libros. C) La Bibliografía y sus cultivadores: a) clases de cultivadores de la Bibliografía; b) el público.—III. Nombres, formas y clases de catálogos.—IV. La ordenación de los catálogos. 1. Colección de títulos: a) clases de colección; b) contenido; c) catálogos generales; d) estadística de libros.—2. Selección de títulos: a) sus clases; b) fuentes; c) partes; d) procedimientos.—3. Ordenación de los títulos:

A) Ordenación alfabética según autores y materias: 1) separación y distinción entre ambos criterios; 2) ordenación según nombres de autores; 3) ordenación según las materias.

B) Ordenación sistemática: 1) Relación del sistema bibliográfico con los otros sistemas científicos: a) los filosóficos; b) especiales. 2) Contenido del sistema bibliográfico. 3) Evolución de los sistemas bibliográficos. 4) Sistema general.

C) Ordenación por referencias y palabras-ideas tipos (*Schlagwortordnung*): 1) Críticos y distintivos generales. 2) Esencia y clases de las referencias. 3) Selección y tratamiento de las referencias. 4) Las referencias y los escritos.

D) Ordenes cruzados y formas mixtas.

V. Desarrollo de la Bibliografía. (Se expone sistemáticamente la evolución de la misma desde su prehistoria—*veniam verbo*—, que el autor pone en los *Messkataloge*—catálogos de ferias, subastas—de Leipzig y de Francfort en el siglo XVI hasta nuestro tiempo. Hablando del siglo XVII dice literalmente Schneider, luego de referirse brevemente a Alemania y Francia: «Pero la mejor bibliografía nacional corresponde a la nación que entonces logró el máximo de su

desarrollo espiritual. Nos referimos a España con la *Bibliotheca Hispana*, de Nicolás Antonio, Roma, 1672 y 1696. Esta obra, así como la que luego le siguió para Portugal, *Bibliotheca Lusitana*, de Antonio Machado, Lisboa, 1741-59, son dos creaciones grandiosas, gigantescas, que con razón hacían pensar a Garnett en los mamuts de la prehistoria.» (A mediados del siglo xvii comienza a usarse, junto a *Bibliotheca* y *Catalogus*, la palabra *Bibliographia* para designar los catálogos y noticias bibliográficas que todavía relegaban a segundo término la parte biográfica. Al mismo tiempo comenzaron las bibliografías *especiales* (por ciencias y materias); la triple *Bibliotheca realis theologica, philosophica, medica*, de Lipeño corresponde a los años 1685, 1682 y 1679.)

Parte descriptiva

I. Bibliografía de bibliografías (203-210).—II. Bibliografías generales internacionales (216).—III. Catálogos bibliófilos (219).—IV. Catálogos—repertorios y facsímiles—de incunables (230).—V. Listas de las mejores obras (235).—VI. Catálogos generales (248).—VII. Revistas generales bibliográficas (255).—IX. Bibliografías generales nacionales:

1) Ojeada de conjunto.—2) Alemania y Suiza.—3) Francia, Bélgica, Luxemburgo y Holanda.—4) Inglaterra.—5) Italia.—6) Alemania del Norte y Finlandia. 7) España y Portugal.—8) Eslavos.—9) Otras regiones europeas (Albania, Bascos, Grecia, Lituania, Rumania, Hungría, etc.)—10) Sección oriental, páginas 266-372.

X. Bibliografía de revistas (394).—XI. Bibliografía de las Sociedades eruditas (404).—Bibliografía de las publicaciones de Universidades e Institutos (416). XIII. Bibliografía de las imprentas oficiales y privadas (425).—XIV. Bibliografía de anónimos, pseudónimos, etc. (440).—XV. Bibliografías (479).

Con referencia a nuestra Bibliografía—*española*—hace notar Schneider (página 331), y no sin razón, que no hemos vuelto a adquirir ya el rango que tuvimos con la gran obra de Nicolás Antonio, y que entre las dos naciones peninsulares (España y Portugal) no existe la unión espiritual y bibliográfica que podemos encontrar entre otros pueblos del Norte.

Cita Schneider, entre otras publicaciones, el *Catálogo de la Biblioteca Municipal de Madrid*, de Cambronero (Madrid, 1902); pero en cambio desconoce obras como los catálogos de la biblioteca de El Escorial (PP. Antolín y Zarco), repertorios como el de Sánchez Alonso para la historia (*Fuentes para la historia de España*), revistas como, entre otras, la REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid y el *Boletín de la Academia de la Historia* y el de la *de la Lengua*, las de *Filología Española*, Universidad de Zaragoza, donde pueden encontrarse noticias y juicios acerca de no pocas obras, y, a veces verdaderas listas bibliográficas, ordenadas por materias, como las que publica el *Boletín de la Real Academia Española* con referencia a todas las obras y revistas ingresadas en la Biblioteca. Cita también Schneider, como guías bibliográficas para la Literatura, entre otras, las obras de Ticknor, de Fitzmaurice-Kelly y de Merimée (el *Precis d'histoire de littérature espagnole*, París, 1908); creemos que con mayor razón venía obligado a citar obras como la de Hurtado y González Palencia (*Historia de la Literatura española*, 1.^a edic., 1921-1922; 2.^a edic., 1925) y de Cejador (*Historia de la Lengua y Literatura castellana*, Madrid, 1915-1922

14 vols.), que ayudarían grandemente a los lectores, sobre todo cuando son extranjeros, a ponerse algo al corriente de nuestras publicaciones.

Schneider lamenta, como hemos visto, la falta de unidad espiritual y bibliográfica entre España y Portugal, consecuencia, sin duda alguna, de la falta de una organización técnica de carácter bibliográfico que uniera a ambos países, y a su vez mantuviera una incesante correlación con el movimiento bibliográfico universal. Obra y organización es ésta que sumamente nos honraría y nos daría a conocer a los demás; ¿no podría ser ese el cometido de un *Instituto bibliográfico* que organizara el Ayuntamiento de Madrid y del que ya hemos oído hablar alguna vez como de un proyecto acariciado por altas personalidades? Su fundación, con una cuidada y estudiada organización, honraría grandemente a nuestro Ayuntamiento, a Madrid y a España. Creemos tanto más necesaria esa organización cuanto que en otro lugar el mismo Schneider nos coloca, y no sin razón, en plano de inferioridad desde el punto de vista bibliográfico con relación a Portugal y el Brasil, pues (pág. 330) «mientras estos dos Estados, de lengua portuguesa, publican algunas veces bibliografías generales nacionales, no existe ningún repertorio bibliográfico español de tal naturaleza».

PASCUAL GALINDO ROMEO.



TORRE REVELLO, JOSÉ—*Archivo General Central en Alcalá de Henares, reseña y clasificación de sus fondos*. Facultad de Filosofía y Letras. *Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas*. Número XXX. Buenos Aires, 1926.

En 1858 se fundó el Archivo de Alcalá de Henares. Al principio fueron dos las clases de documentos destinados al nuevo establecimiento: administrativos e históricos. Estos últimos, representados, casi en su totalidad, por los ricos fondos procedentes de las Ordenes militares, la de San Juan de Jerusalem, y, sobre todo, lo referente al tribunal de la Inquisición. Pronto se cambió este sistema, excluyendo definitivamente la documentación histórica, quedando, de esta manera, reducido a un archivo administrativo. Este cambio ocurrió en 1896. Su creación respondió a una urgente necesidad, desde largo tiempo sentida, de centralizar en un establecimiento todos los fondos antiguos de los archivos ministeriales, descongestionando así aquellas dependencias. La administración, pues, posee un archivo íntegramente consagrado a clasificar y conservar sus papeles. Archivos existen aún que precisarían un deslinde de ambas documentaciones, consiguiéndose así una mayor eficacia en sus diversas y utilísimas funciones. El ejemplo que se tuvo en cuenta para la fundación del Archivo General de Alcalá de Henares lo proporcionó Francia.

El Archivo tiene gran importancia. Especialmente para el estudio de la administración — en toda su complejísima urdimbre — implantada por los Borbones. Estos — Felipe V muy especialmente — renovaron, de manera profunda, los pro-

cedimientos y la técnica austriaca. Existe aún zonas de aquella organización por estudiar. Hay filones sumamente sugestivos que hoy se conservan intactos para la investigación. Ha sido estudiado el Archivo en diversas ocasiones por Julio Melgares, Hernando Lesmes y Santa María. A pesar de ello es poco conocido. Torre Revello ha perseguido ese fin esencial, ofreciendo una guía útil, precisa y clara a todo investigador. Es muy loable el esfuerzo del autor para hacer asequible los magníficos fondos complutenses.

Se estudia con gran detalle la organización actual del establecimiento, precedida de una breve pero exacta noticia sobre su fundación y vicisitudes más señaladas. Queda una parte final en que se detalla la organización del Archivo minuciosamente, utilizando los datos recogidos en las fuentes oficiales. Se trata, pues, de un estudio meramente informativo en donde no cabe más que la discreta y precisa utilización de los datos publicados.

MARIANO MUÑOZ RIVERO.



RIVERA MANESCAU, SATURNINO.—*Ordenanzas dadas a su villa de Peñafiel por Don Juan, hijo del infante Don Manuel*. Valladolid, imprenta de la Casa Social Católica a cargo de Valentín Franco, 1926, 46 páginas + 2 láms.

El Sr. Rivera Manescau, del Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos y profesor de la Universidad de Valladolid, ha tenido la suerte de descubrir en el Archivo de la parroquia de San Miguel de Peñafiel, el cuaderno original de las Ordenanzas dadas a la Villa por el famoso infante Don Juan Manuel en 10 de abril de 1345. El folleto cuyo título encabeza estas líneas, nos ofrece una cuidada edición del texto de las Ordenanzas, precedida de un erudito estudio acerca de sus antecedentes. La fecha de 947 correspondiente al primer fuero, que se dice haber sido otorgado a Peñafiel por el conde D. Sancho García, queda indecisa y pendiente de nuevas investigaciones. Por de pronto nos limitaremos a recordar que el texto latino, sacados los manuscritos originales del P. Liciniano Sáez (Silos), fué publicado por el P. Alonso Andrés (*Peñafiel y su carta-puebla* en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXVI (1915), 366-379), quien señaló como su probable autor al infante D. Sancho, hijo de Ramiro II de León. El mismo Boletín insertó a continuación un *Informe sobre Peñafiel y su carta-puebla*, del Sr. Ureña, en que con razones no desatendibles se pone en duda la autenticidad del documento en cuestión y se le somete a detenido análisis diplomático. Reseña el autor la serie de cartas forales concedidas a la misma villa, a partir de la de Fernando III (23 de julio de 1222) que no es en sí cosa nueva, sino la confirmación de las leyes contenidas en el perdido fuero del conde D. Sancho. Analiza asimismo las Ordenanzas de D. Juan Manuel, a quien desde niño correspondía el señorío de Peñafiel, estudiándolas en sus diversos aspectos, Ordenanzas del campo, de mercados, policía de la villa, arbitrios, justicia, ordenanzas del vino, prueba de los

delitos, penas y sus clases, etcétera. Sigue una minuciosa descripción del Códice, cuaderno de 18 folios útiles, en papel maltratado por el uso y la carcoma, escrito en letra cursiva y con pocas abreviaturas. Ocupa el texto de las Ordenanzas las páginas 25 a 46 y se incluyen, en facsímil, los folios 6 y 18 del original. La edición, por su escrupulosidad, acredita de paleógrafo al Sr. Rivera Manescáu. Sólo hemos notado (pág. 30), la omisión de la cedilla en las palabras *çercada* y *çerca*, la forma *alualares* por *alualaes*, *façiendo mençion en que* por *faziendo mençion que*, *podia* por *podria* en la página 46 correspondiente al folio 18 del original, atribuibles en su mayoría a descuido del impresor. Estas observaciones probarán el interés con que hemos leído el folleto del Sr. Rivera Manescáu, quien, por su laboriosidad y erudición honra al benemérito cuerpo a que pertenece.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.



GARCÍA GÓMEZ, EMILIO.—*Un cuento árabe, fuente común de Abentofáil y de Gracian*. (De la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, año XXX, 1926), Madrid. Imprenta de la *Revista de Archivos*, 1926; 92 págs. + 2 hojas, 25 × 17 cm.

Emilio García Gómez, amante como pocos de las letras orientales, a quien la Universidad Central acaba de llamar a su seno, ha dado al público, reunido en un solo volumen su primera obra de cierta extensión, que venía publicando en la *Revista de Archivos*, obra que, a nuestro juicio, no desmerece nada de lo que de él se esperaba, y que nos anuncia lo que habrá de ser la de mayores pretensiones que él mismo nos dice que prepara (pág. 3), sobre la leyenda de Alejandro en la literatura española musulmana, que actualmente le ocupa y del que es sólo una fase episódica, tal vez *un cuento árabe*.

Ésta, bajo apariencias más humildes y con un título que, aun siendo suficientemente preciso y sugestivo, todavía no da el valor exacto de la importancia del estudio que encabeza, nos plantea en forma nueva e insospechada, mejor dicho, resuelve, acaso definitivamente, el viejo problema de literatura comparada surgido de las numerosas coincidencias entre el *Filósofo Autodidacto* de Abentofáil y *El Criticón* de Baltasar Gracián, semejanza tal, que ha hecho llegar a la conclusión de que entre uno y otro monumento de nuestras literaturas, es necesario exista relación de modelo a copia. Pau en 1763 (*Institutiones Historiæ Philosophiæ Libri XII*), ya lo apuntó y Menéndez Pelayo en 1900. *El Filósofo Autodidacto de Abentofáil*, traducido por Francisco Pons Boigues), lo pregona concretamente; reafirmando en 1909, Gautier (*Ibn Thafail*) y Coster en 1913 (*Baltasar Gracian en Rev. Hisp.*, tomo XXIX, teoría que hoy estaba ya corrientemente admitida. hasta el punto de que el problema, dado por resuelto en este aspecto, había derivado a la discusión acerca del medio por donde había llegado la novela de Abentofáil a conocimiento de Gracián, toda vez que cuando en 1651 apareció la primera edición de *El Criticón*, todavía no había traducción alguna

en lengua occidental de *Hayben Yacdan* de Abentofáil, cuya primera latina, hecha por Pocke, fué impresa en 1671, veinte anos más tarde.

El feliz encuentro y edición del *Cuento* que publica García Gómez, da un giro completamente nuevo a la cuestión. El *Cuento del ídolo y del rey y su hija*, tal es el título, traducido, del que nos ocupa, puede muy bien ser la fuente común de Abentofáil y de Gracián. García Gómez demuestra con argumentos concluyentes, que lo es: primero, mediante una comparación paciente y minuciosa entre el fondo y la forma del *Risala* y del *Cuento* de un lado, y del *Cuento* y *El Criticón* por otro; con acertadas y eruditas disertaciones después, llega el autor a la misma conclusión.

Los pasajes de la obra dedicados a explicar el modo de llegar a Abentofáil y a Gracián la narración oriental contenida en el manuscrito de El Escorial y encontrada por García Gómez, son dignos de los mayores elogios: según él, Abentofáil conoció el cuento (que no es español, seguramente, sino indio) por tradición o por vía escrita, importa poco para el fondo de la cuestión, pero muy probablemente este conocimiento no es ajeno, pensando con Basset (*Essai sur la littérature des bereberes*. Alger, 1920, pág. 117), a los viajes, que de un lado los peregrinos y de otro, los mercaderes, hacían de Oriente a Occidente y viceversa.

En cuanto a Gracián, conoció el cuento por mediación de los moriscos aragoneses, «resagados», los llama García Gómez (pág. 63) con los que, por razón de su ministerio apostólico, es natural que estuviera en contacto nuestro jesuita. Ahora bien, ¿llegó la versión a Gracián «por tradición oral, o por la traducción de un morisco sobre el texto árabe, o por una versión aljamiada? He aquí, dice, una cuestión hoy por hoy insoluble.» De todas formas, y sea el que sea el medio de transmisión, no hay diferencia notable entre la versión que llegó a Gracián y el *Cuento* de El Escorial.

Está el estudio donosamente salpimentado con felices escapatorias hacia otro terreno en que también se nota la firmeza de los pasos del autor: el de la crítica literaria, exponiendo oportunas ideas sobre el género alegórico (pág. 4); la esencia íntima del cuento (*ibid*), sobre la imitación y el plagio (pág. 61), etc.

Todo el trabajo está redactado con elegancia y fluidez de lenguaje que para algunos será una revelación y para los que recordamos gratamente las *Canzonetas* de la revista *España*, firmadas por Emilio García Gómez, es más una confirmación que una sorpresa.

Cierra el autor su estudio con una traducción castellana del *Cuento*, profusamente anotada, y seguida de su edición crítica en caracteres árabes.

J. A. R.



Relaciones del siglo XVIII. Publicadas por José Palanco Romero. Facultad de Filosofía y Letras. Granada, 1926, XVIII págs. + 2 hojas + 202 páginas.

El Sr. Palanco Romero, catedrático de la Universidad de Granada, ventajosamente conocido por sus estudios acerca del reinado de Enrique IV y por su excelente *Manual de Historia de España*, ha reunido en el volumen que resena-

mos 21 relaciones del siglo xvii y ha puesto de relieve en un *Estudio preliminar*, sobrio y erudito, el carácter y valor de tales escritos, de escasa importancia literaria por lo común, llenas de falsedades y exageraciones, pero notables por abundar en ellas detalles históricos «que sería inútil buscar en otros lugares y que, además, nos permiten conocer el ambiente lleno de luz y de color en que se mueve la sociedad de la época en que se escribieron» (pág. xi).

Muy vario es su contenido: «Las empresas militares y navales, el ajuste de paces, las embajadas ordinarias y extraordinarias, la acción colonial..., la vida cortesana y nobiliaria..., las fiestas de toros, juegos de cañas, mascaradas y mojigangas..., solemnidades religiosas, autos de fe, milagros, martirios de misioneros, redención de cautivos, inundaciones e incendios, terremotos y pestes y curiosos discursos astronómicos y pronósticos llenos de las invenciones más peregrinas.» De las relaciones incluidas por el Sr. Palanco en este libro algunas interesan particularmente a la historia de Madrid: tales las que se refieren a la entrada en la Villa del Príncipe de Gales en 1623 (págs. 43-49); la que cuenta la salida de Felipe IV a dar gracias a la Virgen de Atocha por el nacimiento del príncipe de España, y la que narra el incendio acaecido en la Plaza Mayor de Madrid en 1631, suceso de que nos ocupamos en otro lugar de esta *Revista*. La última relación da cuenta «del prodigioso toque que día Jueves Santo próximo pasado hizo la milagrosa campana del Rey Bamba, llamada vulgarmente la campana de Bililla. Año 1679». Como es sabido, el P. Feijóo en su *Teatro Crítico* incluyó una *Disertación sobre la campana de Velilla*, que puede verse en el tomo III, págs. 51-95 de nuestra edición. Es curiosa la comparación del texto publicado por el Sr. Palanco y de la relación de fines del siglo xvii dada a conocer por Feijóo, quien la sacó de un libro compuesto por el marqués de Osera D. Juan de Funes y Villalpando, señor entonces de la baronía de Quinto y de Velilla. En ninguno de los dos relatos se cita una curiosa información de 1569, hecha en la Iglesia de Santa María del lugar de Velilla, cuyo conocimiento debemos a la bondad del ilustrado notario de Las Palmas D. Pedro Bañón. La obra del señor Palanco merece nuestro aplauso sincero, que debemos hacer extensivo a la Facultad de Filosofía y Letras de Granada.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.

TORRE REVELLO, JOSÉ.—*Contribucion a la historia y bibliografia de la imprenta de Montevideo*. Facultad de Filosofía y Letras —*Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas*. Número XXX. Buenos Aires, 1926.

Es interesante la cuestión de la introducción de la imprenta durante la época colonial. La parte correspondiente a los países del Plata ya ha sido estudiada en repetidas ocasiones. Los libros—ya clásicos—de Medina Angelis, Dardo Estrada han trabajado sobre la cuestión; ahora bien, sin agotar el material. El presen-

te estudio viene a completar estos libros, en la parte documental e informativa, y así se hace constar desde la primera página. Sirve de pórtico, al catálogo, un documento procedente del Archivo general de Indias; carta de José María Salazar, comandante del Apostadero de Montevideo, al ministro de Marina, Gabriel de Ciscar, en la que se pide una imprenta como medio más adecuado de propaganda de las ideas de la metrópoli frente a la recia agitación interior. A continuación se copia el aviso de llegada de la imprenta, remitida por la infanta Carlota, en 1810; este documento fué publicado por Dardo Estrada. Por tanto, la oficina de Montevideo comienza a trabajar a raíz de su arribo, siendo la primera pieza publicada el prospecto del periódico titulado *Gaceta de Montevideo*. A éste sigue, en número de 18, las piezas reseñadas, de las cuales son aportaciones nuevas las correspondientes a los números 12, 14, 15 y 16. De esta manera se completa la serie de impresiones de la época más antigua de la imprenta platense. En esta contribución es de señalar la precisión con que son descritos los impresos que colocan al Sr. Torre Revello entre los mejores catalogadores.

MARIANO MUÑOZ RIVERO.



KEHR P., 1.—*Das Papsttum und der Katalanische Prinzipat bis zur Vereinigung mit Aragon* (Einzelausgabe aus den Abhandlungen der preussischen Akademie der Wissenschaften, Jahrg. 1926: Phil.-Hist. Klasse n° 1). Berlín, 1926, 4.º mayor, 91 págs.

— 2.—*Die ältesten Papsturkunden Spaniens, erläutert und reproduziert von...* (Einzelausgabe aus den Abhandlungen der preussischen Akademie der Wissenschaften, Jahrg. 1926: Phil.-Hist. Klasse n° 2). Berlín, 1926, 4.º mayor, 61 págs., con 12 reproducciones.

Señalan estas dos interesantes publicaciones, de carácter monográfico, el comienzo de las dedicadas por el doctor P. Kehr a la investigación, colección y estudio de los documentos pontificios, tocantes a España, conservados en archivos españoles o extranjeros.

Kehr, jefe superior de los archivos de Prusia, dedica su extensa e intensa actividad de investigador, desde hace unos treinta años, a reconstituir en un *Corpus* orgánico todos los documentos pontificios de los siglos VI-XII (hasta Inocencio III, año 1193). Fruto de esa admirable actividad han sido hasta ahora las siguientes publicaciones:

I.—*Italia Pontificia*: tomos I-VI, dedicados a las provincias o regiones de Roma, Etruria, Umbría, Pícono, Marsia, Emilia o provincia de Rávena, Piamonte, Liguria marítima, Lombardía y Aquileya. Han sido publicados durante los años de 1906-1923.

II.—*Germania Pontificia*: tomo I. Comprende las provincias de Salzburgo y Trento.

III.—Las investigaciones preliminares o preparatorias de Kehr y sus colaboradores se han extendido ya también a Francia meridional y a Escandinavia. Los resultados de dichas investigaciones, así como los de las llevadas a cabo en Italia y Alemania, han aparecido en las *Nachrichten der Goettinger Gesellschaft der Wissenschaften* desde el año 1896 hasta el actual.

Ahora ha tocado su vez a España y Portugal, donde Kehr y sus colaboradores están laborando con diligente actividad, serio método y óptimos frutos desde hace ya dos años. Primer fruto de todo ello ha sido *Papsturkunden in Spanien*, I y II, que tal vez nos ocupemos en otra ocasión. Hoy queremos dedicar un comentario sólo a las dos interesantes monografías arriba señaladas.

I.—«El Papado y el Principado de Cataluña hasta su unión con Aragón».

Es monografía harto interesante, no sólo desde el punto de vista de la historia eclesiástica, sino aun desde la meramente civil, si es que dichas dos concepciones pueden separarse de la época medieval.

El profesor Kehr parte de la afirmación, por él netamente comprobada, que «[Cataluña] hasta principios del siglo XII no fué una unidad, ni política ni eclesiásticamente», y, por consiguiente, que, dada la conexión de Cataluña (hasta el siglo XII) con el Mediodía de Francia, no se puede hablar de una historia *propia e independiente* de Cataluña.

La documentación conduce a Kehr a tratar, con pleno conocimiento de causa, de las *primeras relaciones con Roma*, que se manifiestan inicialmente en la oposición de los obispos catalanes a depender del metropolitano de Narbona (tiempo de Esteban V, año 835-891). Las lagunas de noticias histórico-eclesiásticas continúan empero, siendo aún frecuentes hasta mediados del siglo X, en que surge una florescencia de monasterios y religiosos amantes del arte y de las ciencias, y que son a su vez los que hacen converger hacia Roma el monaquismo catalán. Cuxá y Ripoll son los focos principales. El momento y la evolución son de suma importancia; desde entonces queda para siempre activa e ininterrumpida la unión con Roma.

Mas en esto, como en los demás fenómenos que van apareciendo, por ejemplo: la erección de Tarragona en metropolitana, la iniciativa parte de la misma Cataluña: Roma no hacía sino aprobar y bendecir lo que se le proponía, aceptando todas las consecuencias jurídicas.

Mas la influencia, excitada unas veces, directa y espontánea otras, de Roma en Cataluña, continúa creciente y cada vez más intensa: Kehr examina los intentos de formar la provincia eclesiástica de Ausona (Vich), y los privilegios, cada vez más frecuentes y mayores, que Roma otorga sucesivamente en los siglos X y XI a los monasterios catalanes, así como los viajes de condes catalanes a Roma.

Con la época de la lucha de las investiduras coincide en Cataluña un período de actos, calificados no pocas veces por Roma de *simoníacos*, una de cuyas características es la captación de las sillas episcopales y aun de la metropolitana para miembros de las familias condales. Aumentan los privilegios otorgados a los monasterios, y Roma termina esta época, en lo material, con las posesiones en Cataluña de no pocos bienes y derechos reales; en lo jurídico, con la rápida *romanización* (intensa dependencia de la Santa Sede) de las tierras catalanas.

El punto culminante de la actividad pontificia coincide, como era de esperar, con Gregorio VII, que desarrolla plenamente una política *romana*, convergente a

someter los Estados españoles al *servicio* y *honor* de la Santa Sede, política que indudablemente encontró mejor eco en Cataluña y en Aragón que en Castilla.

Los mayores éxitos de la actividad pontificia en España corresponden a los legados y enviados de Gregorio VII: en su mayoría eran benedictinos, íntimamente unidos con Cluny. Estos, en sus relaciones con los monasterios ya existentes o con su intervención en la fundación de otros nuevos, determinan una gran unidad monástica plenamente afecta a Roma y propicia a la independencia frente a potestades seculares y a toda clase de privilegios y exenciones frente a los obispos. Tan perfecta unidad tiene como autor a Gregorio VII; el llamado a llevarla a cabo en su conjunto y en sus detalles fué el astuto abad de San Pons de Thomières, el tan conocido Frotardo, «político eclesiástico, hombre de negocios, incansable agente de Roma, influyente consejero de los príncipes y estados todos de Francia meridional y de la España cristiana», hombre de la plena confianza de los papas Alejandro II, Gregorio VII y Urbano II, quien directamente, o por medio de sus monjes, fueron ocupando sucesivamente las más de las sedes episcopales; influyó como ningún otro en las Cortes cristianas del Norte de España.

El pontificado de Urbano II encuentra nuevos campos de actividad pontificia con la conquista de Toledo, acaecida el mismo día de la muerte de Gregorio VII (25 de mayo de 1035) y con el restablecimiento de la metrópoli de Tarragona, al a vez que se restablecía también el de Toledo y el nuevo arzobispo era nombrado *primado de España* (15 de octubre de 1038). Los acontecimientos militares de las fronteras castellana y aragonesa hicieron que la política pontificia mirara con preferencia a Castilla y a Aragón, quedando relegada entonces a segundo término Cataluña, que hasta entonces había sido objeto preeminente de los documentos y de los legados del papa. «El A y O de la política pontificia en España era la expulsión de los moros y el restablecimiento de la Iglesia cristiana; a esto quedaba subordinado todo lo demás; e indudablemente, con el nombre de Urbano II, van unidos los grandes avances de tal ideal.»

Son episodios accidentales ya, en lo eclesiástico, los acontecimientos correspondientes a la época de Ramón Berenguer III y de Ramón Berenguer IV. Los más interesantes, o no son ya catalanes (la cuestión de Roda-Barbastro), o se desarrollan por igual en Cataluña y Aragón (introducción de los Templarios). Interesante es la posición de Cataluña-Aragón durante el cisma entre Alejandro III y Víctor IV.

La documentación pontificia (española) en el siglo XII se multiplica y se intensifica, a la vez que muestra la perfecta organización burocrática de Roma, que se introduce en toda clase de actividades y relaciones. Los documentos catalanes (y pontificios para o en Cataluña) revisten un interés que no presentan los de otros países, sobre todo para poner de relieve las características administrativas de Roma y la actividad de sus legados.

El mayor interés de este trabajo de Kehr y del conjunto de sus investigaciones ha sido cambiar el aspecto de la historiografía alemana acerca del pontificado en la Edad Media, sacando los estudios del limitado marco de las luchas del Pontificado y del Imperio, y llevando por una seria y luminosa investigación a un pleno conocimiento de la actividad del Pontificado en sus más variadas manifestaciones y en la organización de su curia, cancillería y administración, así como en los subsiguientes efectos jurídicos y canónicos.

2.—*Los documentos pontificios más antiguos de España.*

De sumo valor diplomático es la segunda monografía del profesor Kehr. Constituye un estudio acabado, completo, *omnibus modis perfectum*, de los documentos pontificios en papiro conservados en los archivos catalanes.

Después de una breve introducción, a la que habremos de volver al final de este breve comentario, Kehr, luego de señalar todos los documentos pontificios en papiro correspondientes al siglo ix, conservados en diversas bibliotecas y archivos, estudia con pleno conocimiento, con minucioso análisis y críticas observaciones los elementos diplomáticos —protocolo, contexto y data— de tal suerte de documentos.

La segunda parte de la monografía está constituida por un estudio análogo de los documentos en papiro de los siglos x y xi hasta el papa Juan XIX (1024-1033), y se termina señalando la especial importancia de un documento pontificio que puede corresponder a la época de Juan XVIII o de Juan XIX: documento es éste de sumo interés, pues su contenido, por su forma y redacción diplomática y por su lenguaje, constituye un ejemplar único, hoy por hoy sin precedentes ni continuación.

Después de estas dos partes o capítulos, de contenido netamente diplomático, siguen en la monografía del profesor Kehr: a) la publicación del texto, señalándose toda clase de correcciones y de notas diplomáticas de los trece documentos pontificios conservados en papiro tocante a iglesias y monasterios de Cataluña; b) una serie de doce magníficas reproducciones, en las que nada queda por desear, donde están los facsímiles de los trece documentos estudiados.

El interés de los documentos estudiados con tanta precisión y con tan fino espíritu crítico-diplomático por Kehr es extraordinario, si pensamos en el interés que dichos documentos catalanes representan dentro de la historia de la diplomática pontificia. Baste hacer notar, como ya lo hace Kehr, que, hoy por hoy, la región meridional de los Pirineos (Cataluña) conserva más documentos pontificios en papiro que todos los demás países; curioso por demás es el caso de Italia, que sólo posee tres documentos (sólo uno de ellos completo), mientras Cataluña sólo guarda aún trece documentos de tal género.

Kehr, en la introducción de su monografía, hace la historia de los estudios de estos documentos. Pasando por Villanueva y Pascual hace una pequeña alusión a Mora y Catá, quien ya en 1753 señaló la existencia de tales documentos en papiro, no obstante lo cual Marini (1805) los desconoció plenamente.

Y luego de referirse Kehr a estudios de Ewald, Bresslau y Brutails, dedica con toda justicia una página de su monografía a un joven investigador, colaborador de nuestra Revista, a quien cabe parte tan importante en el estudio de los documentos pontificios en papiro existentes en los archivos de Cataluña. Nos referimos a D. Agustín Millares Carlo. Aun arriesgándonos a herir su modestia, no podemos sustraernos a traducir íntegra la página del Dr. Kehr, no tanto por lo que tiene de laudatoria, cuanto por lo que contiene de justicia en lo tocante a los trabajos del Sr. Millares y a la falta de medios con que él —como tantos otros investigadores— tropezó en España para llevar a cabo la obra ya emprendida y proseguida con afán e interés dignos de mayor auxilio en lo que tocaba a su publicación. Dice literalmente (pág. 4-5) el profesor Kehr:

«Tan sólo a un joven erudito español debemos no sólo datos concretos acerca de todos los documentos en papiro todavía conservados en España, sino también una definitiva descripción desde el punto de vista paleográfico y diplomático y una reproducción exacta (del texto), según los originales, completada o comparada con copias antiguas, ediciones y cartorales. *Agustín Millares Carlo*, discípulo de *l'Ecole des Chartes*, de París, profesor actualmente de Paleografía en la Universidad de Madrid y archivero del Ayuntamiento, fué el primer español que, animado por Maurice Prou [profesor de *l'Ecole des Chartes*, de París] (1), intentó una definitiva y completa diplomática de estos documentos en su libro *Documentos pontificios en papiro de Archivos catalanes* (Madrid, 1918). Mas ya comprendió él [Millares] que tal trabajo, sin ir acompañado de facsimiles, no podía tener ninguna fuerza probativa, por lo cual quería, en una *segunda parte*, ofrecer un álbum con las reproducciones de los diez papiros españoles. Pero tal deseo, *por falta de medios* (2), no pudo realizarse. También es de lamentar que la primera parte, publicada durante la guerra, no haya sido conocida en Alemania hasta liace poco.

»Al presentar yo ahora, en circunstancias más favorables, un álbum, aumentado con otros tres nuevos documentos, de los más antiguos documentos pontificios en España, está muy lejos de mi ánimo el impedir al benemérito colega de Madrid, que ha aplaudido nuestros trabajos y proyectos en la forma más amistosa y desinteresada, lo que a él correspondía con tanto derecho. Y aprovecho gustoso esta ocasión para dar a conocer a los colegas alemanes el nombre de este sabio español, del que todavía se ha de esperar mucho. Hasta había pensado utilizar las fotografías hechas por Millares; mas no me fué posible en atención a diversas razones técnicas. También en el estudio científico de los documentos eran distintos los fines perseguidos por mí y por Millares. Este trató el asunto como *maestro* (3) de Paleografía y Diplomática, y explicó todo el conjunto de cuestiones relacionadas con su estudio ofreciéndolas a sus lectores españoles, con un criterio parecido al trabajo, desgraciadamente no terminado, que hizo el difunto archivero del Vaticano profesor *D'Angelo Melampo* en su monografía *Attorno alle balle papali di Pasquale I a Pio X* en las *Miscellanea di storia e cultura ecclesiastica*, III-IV (1905-11); trabajo también poco conocido, que por eso pasó inadvertido a Millares. Si se toman juntos estos dos libros (el de Millares y el de Melampo), tendremos la lista más completa de los antiguos documentos en papiro con descripción introductoria, bibliografía y noticias sobre los facsimiles. Por eso me creo relevado de tratar yo esas cuestiones ya por ellos estudiadas.»

Hemos transcrito este juicio tan laudatorio de Kehr para el trabajo del señor Millares Carlo, no tanto por lo que tiene de alabanza cuanto por lo que tal juicio indica que había de esperarse de quien en edad juvenil presentaba como *tesis doctoral* un trabajo tal que no le faltó para ser perfecto en toda línea sino ir acompañado de un álbum de fotografías. Y no queremos ocuparnos del Sr. Millares Carlo, si no de dos hechos principales que pone de relieve su trabajo: es el primero la necesidad en que se halló de formarse solo, *autodidacto* (4); caso obligado y frecuente en la investigación española, no obstante lo cual dio cima a una empresa y trabajo que denunciaban ya la vocación paleográfica de quien había de llegar a la cátedra de Paleografía de la Universidad Central por sus méritos y

(1) Véase lo que decimos más abajo acerca de las relaciones entre Prou y Millares.

(2) La afirmación, literalmente, es de Kehr: hemos añadido el subrayado.

(3) Literalmente: «Dieser [Millares] hat den Stoff als Lehrer des Paläographie und Diplomatie behandelt». El trabajo de Millares, sin embargo, no fué sino su *tesis doctoral*, la obra de un alumno que salía entonces de las clases de la Facultad, no la del maestro, como supone Kehr. Bien es verdad que ya en tal obra se denunciaba el *futuro maestro*.

(4) El Sr. Millares no fué, como cree Kehr, alumno de *l'Ecole des Chartes*, de París; sus relaciones con dicha Escuela se limitaron a haberse puesto en comunicación con M. Prou, quien le animó por cartas a que llevara a cabo su tesis sobre los *papiros catalanes*.

trabajos. El segundo hecho, muy frecuente en los anales de la investigación española, es que corporaciones y entidades obligadas a ello no prestasen su concurso, siempre bien pagado por el Estado, para editar, con la perfección que el asunto requería, las reproducciones de los documentos en papiro, labor que tal vez hubiese quedado sin hacer, dado el aislamiento en que fué encerrada la obra de Millares Carlo, si no hubiesen venido ahora extranjeros a reproducir, con la magnificencia requerida por el asunto, los tan celebrados documentos. Aunque nos alegremos del hecho y por ello felicitemos al profesor Kehr y a Alemania, lamentamos el poco favor que con ello alcanzan nuestra cultura y nuestras entidades culturales, y lo peor del caso es que lo sucedido a Millares Carlo se repite con suma frecuencia en los trabajos serios de investigación.

PASCUAL GALINDO ROMEO.

PÉREZ DE BARRADAS, JOSÉ. — *Estudios sobre el terreno cuaternario del Valle del Manzanares*, Madrid, Imprenta Municipal, 1926, VIII + 140 págs. + 54 láms. + 2 mapas en color, 4.º

Idem. — *Etudes sur le terrain quaternaire de la Vallée du Manzanares*, Madrid, Imprenta Municipal, 1926, 80 págs. + 54 láms. + 2 mapas en color, 4.º

Constituye para mí una verdadera satisfacción ver realizadas las iniciativas que, en diciembre de 1923, tuve el honor de presentar al excelentísimo Ayuntamiento de Madrid. Creí entonces conveniente que el Municipio colaborara al XIV Congreso Geológico Internacional, que iba a reunirse en esta Corte, presentando un estudio geológico de sus alrededores, y propuse a mi discípulo D. José Pérez de Barradas como la persona más indicada para llevarlos a efecto, pues desde 1913 se había ocupado del estudio y recolección sistemática de los yacimientos prehistóricos del Valle del Manzanares y había publicado numerosos trabajos, en parte en colaboración con P. Wernert y conmigo mismo, sobre geología y prehistoria madrileña.

Tuve la suerte entonces de que el Excmo. Sr. D. Alberto de Alcocer, en aquella fecha alcalde de Madrid, y el Excmo. Sr. D. Francisco Ruano, secretario del Ayuntamiento, acogieran mis iniciativas con cariño y que pronto fueran aprobadas oficialmente, dándose los medios necesarios para llevarlas a cabo. Es un deber para mí manifestar que el actual alcalde, el excelentísimo señor conde de Vallellano, ha contribuido también en esta empresa prestándole su apoyo eficaz.

En el número anterior de esta Revista se ha hecho mención de la cooperación científica del Ayuntamiento de Madrid en el XIV Congreso Geológico Internacional, por lo que he de limitarme a reseñar las publicaciones del Sr. Pérez de Barradas, que han sido repartidas gratuitamente a todos los miembros del mismo.

La geología y prehistoria de los alrededores de Madrid permanecían sin estudiar desde los tiempos de D. Casiano de Prado, habiéndose practicado investigaciones solamente en el célebre yacimiento paleolítico de San Isidro. Yo mismo, con motivo del estudio de la estación prehistórica de Las Carolinas, y algo más tarde con el de Las Delicias, hice notar que había mucho que estudiar en los alrededores de Madrid, lo que no tardó en comprobarse por la serie de descubrimientos llevados a cabo por mis amigos y discípulos P. Wernert y J. Pérez de Barradas.

El último trabajo de este autor constituye un resumen de las investigaciones realizadas hasta 1926.

Como para estudiar con fruto el terreno cuaternario hay que partir del conocimiento de la geografía y geología de la región, J. Pérez de Barradas dedica el primer capítulo de su obra a la delimitación del Valle del Manzanares, a la resena de sus accidentes orográficos, al estudio de su hidrología, a la indicación de sus cuevas, a la descripción estratigráfica y topológica de los diferentes terrenos, para terminar presentando un resumen de cuanto se ha dicho sobre su tectónica y orogenia.

La delimitación del terreno cuaternario la ha efectuado J. Pérez de Barradas con todo detalle; da brevemente las razones que le han guiado para establecer la separación de los terrenos, así como las delimitaciones propuestas por autores anteriores.

La minuciosidad con que ha procedido el autor se aprecia sobre todo en las descripciones de cortes y localidades interesantes, de los capítulos III y IV. En aquél, que está dedicado al estudio del terreno terciario, Pérez de Barradas prueba estar libre de ideas preconcebidas, y no fuerza a la realidad a acomodarse en el marco estrecho de una teoría. La estratigrafía por él establecida es acertada, e interpreta las anomalías en el contacto de las capas como producto de erosiones contemporáneas al depósito de los materiales. Con mucha razón no considera esto como discordancias, ni a los pliegues e inclinaciones les asigna otro valor que el puramente local.

La clave de la obra que reseñamos es el capítulo IV, dedicado al estudio descriptivo del terreno cuaternario. Su autor da toda clase de detalles sobre los depósitos superficiales, y enumera y describe toda clase de cortes del terreno, tanto naturales como artificiales. Lo más interesante, aún para los que no son geólogos, es la mención y estudio somero de numerosos yacimientos paleolíticos de superficie y de treinta y nueve con estratigrafía definida, descubiertos a partir de 1918, en cuya fecha sólo se conocían los de San Isidro, Carolinas y Delicias.

Estos estudios prehistóricos, y especialmente los relativos al Paleolítico, no sólo han tenido importancia para acrecentar los fondos del Museo Municipal, sino que tienen un papel importantísimo para la geología matritense, pues se ha comprobado que muchos terrenos, que geólogos anteriores han considerado como terciarios, han resultado de edad cuaternaria, gracias a estos «fósiles determinativos», los que han permitido llevar a cabo una división detalladísima de los terrenos pleistócenos, que no se hubiera podido realizar aplicando solamente los métodos ordinarios geológicos y paleontológicos.

La gran cantidad de materiales presentados por J. Pérez de Barradas constituye una buena base para sus estudios sintéticos. Reconoce en el Cuaternario del Manzanares tres formaciones diferentes: la de arrastre lento, la fluvial y la eólica.

La primera la constituyen arcillas rojas, arenas y gravas procedentes de la erosión de la Sierra del Guadarrama, y forman la segunda arenas y gravas depositadas por el río. Es, por último, de gran interés la existencia en el Valle del Manzanares de estratos de arcillas y arenas finas depositados por el viento y relacionados con el loess del Norte de Europa. Además, J. Pérez de Barradas se ocupa en el capítulo V de los estratos plegados e inclinados, compara el Pleistógeno del Manzanares con los valles vecinos del Jarama y del Guadarrama, y establece, por último, un corte ideal de la sucesión de las capas cuaternarias.

El problema de las formas del terreno es objeto del capítulo VI. En él se ocupa con detenimiento de las terrazas; da una serie de cortes muy instructivos y una explicación del fenómeno completamente nueva, pues las teorías existentes son demasiado simples para un fenómeno tan complicado.

No menos interesante es el capítulo VII, dedicado a la Paleogeografía del Valle del Manzanares durante el Cuaternario. J. Pérez de Barradas, después de presentar y discutir las opiniones de los autores anteriores, expone su opinión sobre el desarrollo de la red fluvial en la vertiente meridional del Guadarrama, así como sobre la sucesión climática, detallando especialmente lo que se refiere al tercer período interglaciar y a la última glaciación.

Completa la obra una copiosa bibliografía de publicaciones referentes a geología y prehistoria del Valle del Manzanares.

La parte gráfica está formada por cincuenta y cuatro láminas, con croquis geológicos, fotografías, cortes y dibujos representando los ejemplares más típicos de las industrias paleolíticas de cada yacimiento, y dos mapas en color.

Al mismo tiempo que me complazco en felicitar al excelentísimo Ayuntamiento de Madrid por la labor realizada, he de manifestar mi confianza en que esta obra de J. Pérez de Barradas no será el término de una labor, sino al contrario, un punto de partida para el porvenir, lo que me permite esperar de la próxima creación del Museo Municipal. Es mi opinión que esta institución cultural debe ser, ante todo, un centro de trabajo científico, en el que se atienda sobre todo a la labor de investigación. Espero, por consiguiente, que se conceda al estudio de la Prehistoria de Madrid y su provincia la importancia que su riqueza e interés requieren, máxime cuando la Historia madrileña comienza en tiempos relativamente modernos.

HUGO OBERMAIER.



HERNÁNDEZ PACHECO, F.—*Un nuevo yacimiento de vertebrados fósiles del Mioceno de Madrid. Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural.* Tomo XXVI, págs. 392-395. Madrid, 1926.

El autor de esta nota se ocupa de un nuevo yacimiento de fósiles, que está situado en la orilla derecha del río Manzanares, 200 metros aguas arriba del Puente de los Franceses. Entre la marga terciaria han aparecido restos de *Anchitherium aurelianense* Cuv., una falange de ciervo, restos de una pequeña tortuga y de *Testudo Bolívari* H-Pacheco, y otros indeterminables.

Estos datos, nuevos sobre la fauna terciaria madrileña, son muy interesantes y prueban, una vez más, el alto interés geológico de los alrededores de Madrid.

Sin embargo, resulta extraño que se prefiera dar algunas generalidades sin trascendencia sobre el terreno cuaternario, a admitir o discutir los resultados obtenidos en su estudio desde 1918.

JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

Generalidades

824. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 519-523.

Prehistoria

825. Hernández Pacheco, F.—*Un nuevo yacimiento de vertebrados fósiles del Mioceno de Madrid*, en Bol. de la Real Sociedad Española de Historia Natural, 1926, t. XXVI, págs. 392-395.

Escritores madrileños

826. Beltrán y Rózpide, R.—*La pericia geográfica de Cervantes demostrada con la historia de los «Trabajos de Persiles y Sigismunda»*, en Revista de Segunda Enseñanza. Madrid, 1926, IV, págs. 148-161.

827. Benavente, Jacinto.—*La mariposa que voló sobre el mar*. Madrid, Editorial Hernando, 1926, 64 págs., 8.º

828. Boussagol, G.—*Quelques mots sur la genèse de «El Curioso impertinente»*, en Revue de l'Enseignement des Langues vivantes. Paris, 1926, XLIII, págs. 258-263.

829. Calderón de la Barca, P.—*Autos Sacramentales*, I. Edición de A. Valbuena Prat. Madrid, La Lectura, 1925, 261 págs., 8.º

830. Calderón de la Barca, P.—*Der roundertätige Magier*. In neuer Übertraguns von A. Potthoff. München, 1925, 163 págs.

831. Calderón de la Barca, P.—*Three Plays*. [*Casa con dos puertas, mala es de guardar. La vida es sueño. La cena del rey Baltasar.*] Edited with Introduc-

tion and Notes by G. T. Northup. New York, D. C. Heath and Co., 1926, LV + 358 págs., 8.º

832. Cameron, E.—*Woman in «Don Quijote»*, en *Hispania*. California, 1926, tomo IX, págs. 137-157.

833. Castrovido, Roberto.—*La casa en que habitó en Madrid D. Leandro Fernández Moratín*, en *La Voz*, 11 diciembre, 1926.

834. Castrovido, Roberto.—*Memorias de un sesentón* [de Mesonero Romanos], en *La Voz*, 8 noviembre, 1926.

835. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*Aventura de Don Quijote*. Adaptado para los niños por Pablo Vila. Cuarta edición, Barcelona, Imprenta de Núñez y Compañía, 1926, 2 tomos, 16.º

836. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*Don Chisciotte*. Episodi e frammenti a cura di G. Marone. Napoli, Casella, 1925, 128 págs.

837. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*Don Chisciotte*. A cura di L. di S. Giusto. Torino, Paravia, 1924, 312 págs.

838. Cervantes.—*Don Chisciotte della Mancia*. Traduzione e note di A. Giannini. Vol. III, Firenze, G. C. Sansoni, 1926, 16.º

839. Cervantes.—*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Compendiado por un apasionado de su autor. Madrid, Edit. Hernando, 1925, 560 páginas, 8.º

840. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*Entremeses*. Anotados por Adolfo Bonilla y San Martín. Publicalos la Cámara Oficial del Libro de Madrid, 1926, 4.º

841. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*La Gitanilla*. Zaragoza, Tip. «La Academia», 1926, 100 págs., 8.º

842. Cervantes.—*Obras completas. Novelas ejemplares*. Edición publicada por R. Schevill y A. Bonilla San Martín. Tomo III. Madrid, Gráficas Reunidas, 1925, 406 págs., 8.º

843. Cervantes, Miguel de.—*Rinconete y Cortadillo*. Edited with Introduction. Notes and Vocabulary by J. Th. Lister. New York, A. A. Knopf, 1926, 66 págs., 8.º

844. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*Viaje del Parnaso*. Edición crítica anotada por J. T. Medina. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1925, 2 vols., 4.º

845. Cossío, J. M. de.—*Lección de rigor por Lope de Vega*, en *Revista de Occidente*, 1926, págs. 130-134.

846. Dotor, Angel.—*«El Quijote» y la Mancha. Ante la ruta caballeresca*, en *Blanco y Negro*, 5 diciembre, 1926.

847. Eguía Ruíz, C.—*Sobre el modelo vivo de Don Quijote*. Leves indagaciones en *Razón y Fe*. Madrid, 1926, tomo LXXXIV, págs. 316-328.

848. Givanel Mas, J.—*La col.lecció cervantina de n'Isidre Bonsoms*, en *La Revista dels Llibres*. Barcelona, 1925, tomo I, págs. 72-75.

849. Martínez Sierra, G.—*Mamma. Il sogno di una notte d'agosto*. Milano, Mondodozi, 1925, 132 págs., 16.º

850. Menéndez y Pelayo, M.—*Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*. Edición ordenada y anotada por A. Bonilla y San Martín. Tomo V. Madrid, R. Velasco, 1925, 401 págs., 4.º (Obras completas. Tomo XIV.)

851. Mesonero Romanos, R.—*Dos cuadros de costumbres. (Escenas matritenses)*. Herausgegeben von A. Günther. Frankfurt a M., Diesterweg, 1926, 34 págs., 16.º

852. Mesonero Romanos, Ramón de.—*El antiguo Madrid*, por *El Curioso Parlante*. [Seud.] Tomo V. (Vol. I.) Madrid, Imprenta Latina, 1925, 346 páginas + 1 hoj. + 10 láms., 8.º

853. Mesonero Romanos, Ramón de.—*El antiguo Madrid*, por *El Curioso Parlante*. [Seud.] Tomo VI. (Vol. II.) Madrid, Imprenta Latina, 1926, 315 páginas + 1 hoj. + 13 láms., 8.º

854. Mesonero Romanos, Ramón de.—*Memorias de un setentón*, por *El Curioso Parlante*. [Seud.] Tomo VII. (Vol. I.) Madrid, Imprenta Latina, 1926, 332 págs. + 1 hoj. + 9 láms., 8.º

855. Morales, María Luz.—*Miguel Cervantes. (Su vida gloriosa)*. Barcelona, Imprenta de Núñez y Comp.^a, 160 págs. con 9 láms., 8.º

856. Muro, R.—*Páginas cervantinas. Datos y probabilidades acerca de la existencia de doña Dulcinea*, en *Toledo*, 1926, tomo XII, págs. 1.343 - 1.345.

857. Quevedo, Francisco de.—*Poesías escogidas*. Madrid, Imprenta Gráfica, 1926, 96 págs., 8.º

858. Romano, Julio.—*El 9 de octubre, aniversario de la fecha en que fué bautizado Cervantes*, en *La Esfera*, 9 octubre, 1926.

859. Sussmann, J.—*Calderon in bisheriger Auffassung*, en *Spanische Philologie und spanischer Unterricht...* Hamburgo, 1925, núm. 5, págs. 1-2.

860. Téllez, Gabriel.—*El Burtador de Sevilla y El Convidado de piedra*. Madrid, Edit. Hernando, 1926, 190 págs. 16.º [Biblioteca Universal, tomo CV.]

861. Vega Carpio, Félix Lope de.—*Colección escogida de obras no dramáticas*. Madrid, Edit. Hernando, 1925, XVI + 568 págs., 4.º [Es el tomo XXXVIII de la Bibl. de Autores Españoles.]

862. Vega, Lope de.—*El castigo del discreto*. Together with a Study of Conjugal Honor in his Theater by W. L. Fichter. New York, Instituto de las Españas, 1925, 280 págs., 8.º

863. Vega, Lope de.—*La moza de cántaro*.—Madrid, Editorial Hernando, 1926, 170 págs. 16.º [Biblioteca Universal, tomo CLXIX.]

864. Vega, Lope de.—*Romances y sonetos*. Madrid, Bruno del Amo, 1926, 94 págs., 8.º

865. Vising, J.—*En Comedia om drottning Kristina av Pedro Calderon de la Barca*, en *Ord och Bild*. Stokolmo, 1925, XXXIV, págs. 65-76.

866. Winkler, E.—*Über ein Innsbrucker Exemplar der Erstausgabe des Don Quixote*. Fesgabe für K Luick, en *Die Neueren Sprachen*. Marburgo, Beiheft, 6.

Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

867. Castrovido, Roberto.—*La casa del Colegio Internacional*, en *La Voz*, 2 octubre, 1926.

868. Castrovido, Roberto.—*Madrileñas. La plaza de la Villa*, en *La Voz*, 3 noviembre, 1926.

869. Figueroa, Augusto.—*Un cementerio romántico. La Sacramental de San Martín*, en *La Esfera*, 13 noviembre, 1926.

870. Gómez de la Serna, Ramón.—*La plaza de la Paja*, en *El Sol*, 26 diciembre, 1926.

871. Navas, Conde de las.—*La tertulia de Puerta Cerrada*, en *La Epoca*, 9 y 30 octubre, 1926. Vid. 781.

872. Pérez, Dionisio.—*Las tres lonjas de las Salesas Reales: Bárbara reina, bárbara obra, bárbaro gusto*, en *La Voz*, 20 diciembre, 1926.

873. Pérez, Dionisio.—*Paseando por Madrid con Carlos III. Del portillo de San Vicente al portillo de Gil Inón*, en *La Voz*, 27 diciembre, 1926.

874. Répide, Pedro de.—*Una institución madrileña: Los hermanos de la Caridad y Paz*, en *La Esfera*, 2 octubre, 1926.

875. Roch, León [Seud.].—*Una salve en Atocha hace cuarenta años*, en *La Epoca*, 13 noviembre, 1926.

876. Velasco Zazo, Antonio.—*Rincones de Madrid. La Puerta del Sol*, en *La Esfera*, 30 octubre, 1926.

Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

877. Antolín, G.—*Códices visigóticos de la Biblioteca de El Escorial*, en *Bol. de la Real Acad. de la Historia*, 1925, págs. 805-635.

878. Martínez de la Riva, R.—*La Biblioteca del Ayuntamiento de Madrid*, en *Blanco y Negro*, 10 octubre, 1926.

879. Subirá, José.—*Un sainete olvidado: La Academia de Bolero*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, III, págs., 500-503.

880. Trend, J. B.—*Musikschätze auf Spanischen Bibliotheken*, en *Zeitschrift für Musikwissenschaft*. Leipzig, mayo 1926, págs. 499-504. [Cita diversas Bibliotecas de Madrid.]

Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

881. Alcántara, Francisco.—*La infancia del Círculo de Bellas Artes*, en *El Sol*, 5 diciembre, 1926.

882. Beroqui, Pedro de.—*Tiziano en el Museo del Prado*, en el *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, año XXXIV, 1926, págs. 233-252 (con 3 láms.). Vid. 516, 571, 634 y 799.

883. Blanco-Belmonte, M. R.—*El Real Monasterio cartujo de Santa María del Pualar*, en *Blanco y Negro*, 12 diciembre, 1926.

884. Castrovido, Roberto.—*Del antiguo Madrid*, en *La Voz*, 28 diciembre, 1926. [Sobre la Exposición organizada por la Sociedad Española de Amigos del Arte.]

885. Estévez-Ortega, E.—*En la Escuela de pintura, escultura y grabado*, en *La Esfera*, 4 diciembre, 1926.

886. Francés, José.—*El Museo romántico*, en *La Esfera*, 20 noviembre, 1926.

887. García Bellido, A.—*En el Museo del Prado. Conferencias de Arte*

cristiano, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, tomo XXXIV, 1926, páginas 277-286.

888. Gómez de la Serna, Ramón — *Vicisitudes de la Cibeles*, en *El Sol*, 12 diciembre, 1926.

889. Larrubiera, Alejandro.—*La extravagante y famosísima portada*, en *La Esfera*, 30 octubre, 1926. [Trata del edificio del Hospicio]

890. Martín Eztala, Federico.—*Excursion a Boadilla del Monte y a Villaviciosa de Odón*, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, año XXXIV, 1926, págs. 183-198.

891. Martínez de la Riva, Ramón.—*Un palacio madrileño. El Círculo de Bellas Artes*, en *Blanco y Negro*, 21 octubre, 1926.

892. Peñuelas, José.—*Visita al palacio de los marqueses de la Romana*, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, tomo XXXIV, 1926, págs. 274-276 (con 2 láms.).

893. Pérez, Dionisio.—*La Latina, fundadora. El convento de las Franciscas y el Hospital de la Concepción*, en *El Sol*, 5 diciembre, 1926.

894. Romano, Julio.—*Una gran obra. Las reformas importantísimas del Teatro Real*, en *La Esfera*, 11 diciembre, 1926.

895. Romano, Julio.—*Una mañana en el Museo de Historia Natural*, en *La Esfera*, 13 noviembre, 1926.

896. Sociedad Española de Amigos del Arte. — *Exposición del antiguo Madrid. Catálogo-Guía*. Madrid, Gráficas Reunidas S. A., 1926, 344 págs., 8.º

897. Sorribes, Pedro C.—*Exposición de arte religioso en Alcalá de Henares*, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, año XXXIV, 1926, págs. 209-216.

898. Suárez Bravo, F. — *Una visita al palacio de la Excma. Sra. duquesa de San Carlos*, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, año XXXIV, 1926, págs. 215-222.

899. Valdeavellano, Luis G.—*La Exposición del antiguo Madrid*, en *La Epoca*, 18 diciembre, 1926.

900. X.—*El Palacio Real de Madrid. Sus esplendores y bellezas*, en *Blanco y Negro*, 7 noviembre, 1926. [Con 7 láms.]

Administración municipal, Instituciones y Servicios municipales

901. Amezúa y Mayo, Agustín G. de.—*Las primeras Ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, tomo III, págs. 401-429.

Obras y proyectos

902. Castrovido, Roberto.—*Madrileñas. Calles de periodistas*, en *La Voz*, 18 diciembre, 1926.

903. Castrovido, Roberto. — *Pontejos, arrinconado*, en *La Voz*, 8 octubre, 1926

De las publicaciones de que se remitan dos ejemplares a la *Biblioteca Municipal*, plaza del Dos de Mayo, 2, se dará cuenta en esta REVISTA.

IMPRENTA MUNICIPAL